

ORIGENES DEL HOMBRE

Los primeros
americanos (I)

11

TIME
LIFE
folio

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

Los Primeros Americanos (I)



ORIGENES DEL HOMBRE

Los Primeros Americanos (I)

TIME
LIFE

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé

Autor: Robert Claiborne

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology, London)

Coordinación técnica: Pilar Mora

Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:

Ediciones Folio, S.A. 15-11-93

Muntaner, 371-373

08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rights reserved

© Ediciones Folio, S.A., 1993

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)

84-7583-450-7 (volumen I)

Impresión:

Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B-8486-93

Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN I

Capítulo primero:

Pobladores del Nuevo Mundo 8

Secuencia gráfica: América fue descubierta por accidente 23

Capítulo segundo:

Los Grandes Cazadores. 34

Capítulo tercero:

Forrajeadores en la Plétora 54

Secuencia gráfica: La buena vida en el Noroeste 77



Introducción

Los primeros europeos que llegaron al Hemisferio occidental en el siglo xv encontraron un mundo rico y diverso, pero un mundo habitado ya desde hacía miles de años. Los europeos no estaban en modo alguno preparados para los pueblos que hallaron; no pudieron entender culturas que parecían tan exóticas y diferentes de la suya, y consideraron salvajes a los indios: era necesario convertirlos a su propia imagen tan rápidamente como fuera posible.

En su celo por conquistar la tierra, los europeos no repararon en las raíces que anclaban a los indios a un pasado fascinante y antiquísimo. Eran pueblos que casi no habían recibido ninguna influencia exterior. Los americanos habían existido durante siglos, como el continente insular de Australia, sin ningún contacto real con el resto del mundo; pero, a diferencia de Australia, el Nuevo Mundo era un lugar donde habían aparecido culturas avanzadas, se habían domesticado plantas y animales, y habían prosperado el comercio y las ciudades.

Considera, lector, algunos de los logros alcanzados por los primeros americanos tan sólo en América del Norte. Llegaron de Siberia como partidas de cazadores nómadas, persiguiendo animales que han desaparecido desde hace mucho: el bisonte gigante y los mamuts. Miles de años más tarde, sus descendientes cultivaban el árido Sudoeste y construían las casas comunales de muchos pisos llamadas "pueblos"; mientras tanto, en los valles fluviales del Sud-

oeste otros antiguos norteamericanos establecían centros de grandes y complejas ciudades-estado que se basaban en el florecimiento del comercio y de la agricultura; y los pueblos aborígenes de la costa nordoccidental del Pacífico explotaban tan eficazmente la munificencia de la Naturaleza que, sin el apoyo de la agricultura, crearon una cultura espléndida y acumularon grandes riquezas.

Evidentemente, el mundo habría sido muy distinto si los primitivos americanos hubieran invertido el orden de las cosas y conquistado el Viejo Mundo para propagar la cultura americana aborigen hasta los más apartados rincones de la Tierra. Pero como no fue así, lo único que sobrevive de su magnífico pasado prehistórico es lo que sabemos de él. Suele pasarse por alto la importancia de ese pasado; generalmente, los libros de Historia inician la de América con el primer poblamiento europeo y prestan poca atención a los 30.000 años de desarrollo cultural separado. Esta obra nos habla de ese desarrollo, tal como ocurrió en la América del Norte. Es una historia emocionante que debemos reconstruir con los débiles indicios de la arqueología, pues no hay documentos escritos. Pero la búsqueda de la América prehistórica, desde la helada tundra de Alaska hasta las asoleadas riberas del bajo Misisipí, ha revelado una serie de culturas que crecieron, influyeron una en la otra y alcanzaron culminaciones espectaculares en el curso de los siglos.

James Deetz
Universidad Brown

Capítulo Primero: Pobladores del Nuevo Mundo



Se cuenta que un indio americano que oía la discusión entre unos blancos sobre si el verdadero descubridor de América había sido Cristóbal Colón o Leif Ericson, exclamó: “¡No descubrieron nada! Nosotros siempre supimos que allí estaba.” Por supuesto, no cabe la menor duda de que los primeros que llegaron al Nuevo Mundo no fueron normandos ni genoveses, sino miembros de una oscura banda de hombres primitivos, antepasados de los indios actuales. Pero, ¿cómo y cuándo llegaron? Es este uno de los enigmas más discutidos de la Prehistoria, cuya solución apenas se está encontrando en nuestros días. Después de su llegada, crearon una gran diversidad de culturas, comprendiendo sociedades tan increíblemente ricas y complejas como la de los misteriosos constructores de montículos del Medio Oeste, cuyos logros estamos comenzando a apreciar. No eran cazadores rudos; vivieron en grandes centros urbanos sostenidos por plantaciones cultivadas intensivamente, construyeron enormes monumentos y prosperaron como eficientes hombres de negocios manejando fábricas, talleres de alfarería y un comercio de exportaciones e importaciones a través de miles de kilómetros de tierra y vías fluviales.

Al ir creando esta casi civilización, los antiguos indios tuvieron que ocupar una tierra vasta y virgen y aprender a medrar en una extraordinaria variedad de habitats. Si consideramos tan sólo la parte de América que se extiende al norte de lo que hoy es México (el área de que se ocupará esta obra), su

nueva patria comprendía el desierto casi tropical del Sudoeste, las exuberantes selvas y fiordos de la costa del Noroeste, las ilimitadas praderas de las llanuras, las tierras boscosas que iban desde el subártico hasta el subtropical, e incluso la yerma tundra de las regiones circumpolares.

Por supuesto, cuando el Nuevo Mundo quedó habitado, el hombre del Viejo Mundo se había estado adaptando a nuevos habitats y ecosistemas desde hacía algo así como un millón de años, desde que salió de su cuna tropical originaria para esparcirse por la faz de la Tierra. Pero estos exploradores europeos y asiáticos eran seres primitivos, cuyas adaptaciones ecológicas procedían con tal lentitud que no han dejado más que huellas muy exiguas; en cambio, los pobladores del Nuevo Mundo eran, evidentemente, hombres como nosotros, *Homo sapiens sapiens* del tipo llamado Cro-Magnon, y su dispersión en el inmenso habitat, comparada con los anteriores movimientos de la población, procedió a paso acelerado. Aunque todavía son poco claras las primeras etapas del proceso, ayuda mucho a su reconstrucción el hecho de que las etapas finales hubieran sido presenciadas y documentadas por observadores que sabían leer y escribir, aunque no siempre fueran muy exactos. En Europa y (con algunas excepciones) en Asia, el hombre de la Edad de Piedra vivió y murió sin testigos; en el Nuevo Mundo, lo conocieron algunos de nuestros tatarabuelos.

Las especulaciones sobre los descubridores de América comenzaron casi en cuanto se hizo evidente que los aborígenes no eran, como había pensado Colón, naturales de las Indias Orientales, aunque desde entonces ha persistido la designación equivocada que tuvo su origen en este malentendido. En efecto, por un momento se consideró que tal vez no eran verdaderos seres humanos; después de todo, no se les mencionaba en la Biblia. Pero en 1512 el Papa declaró oficialmente que los “indios” del Nue-

Altivo descendiente de los primeros pobladores de la América del Norte, este sioux de Nebraska, fotografiado en 1907, tiene el pelo lacio, los ojos oscuros y la falta de barba que lo identifican como indio. Pese a las semejanzas físicas de los indios, se diversificaron en extremo. Adaptándose en el curso de los milenios a los muchos ambientes del país, crearon culturas muy diferentes y más de 200 lenguas que no tienen semejanza alguna con las de sus antepasados asiáticos.

vo Mundo eran también descendientes de Adán y Eva. Como tales, resultaba patente que tenían que haber venido del Jardín del Edén, del Viejo Mundo.

Una de las primeras teorías, y de las más persistentes, sobre el origen de los indios —y algunos siguen creyendo en ella— los consideraba descendientes de las bíblicas “Tribus Perdidas de Israel”, que de algún modo habían llegado al Nuevo Mundo. Esta creencia fue sostenida, entre otros, por William Penn y Cotton Mather, teólogo de la Nueva Inglaterra, el cual proclamó que los indios no habían emigrado a América, sino que los había llevado allí el diablo. Otros escritores los vinculaban con una variedad increíble de pueblos, tanto reales como míticos, comprendiendo a los griegos, los troyanos, fenicios, romanos, egipcios, etíopes, franceses, ingleses, galeses, daneses y los habitantes de los continentes perdidos de la Atlántida y de Mu.

Pero, cosa curiosa, casi desde el principio otros observadores menos imaginativos habían encontrado indicios de la solución correcta. En 1590, un jesuita español, el padre José de Acosta, escribía: “No es de pensar que hubo otra Arca de Noé en que aportasen hombres a Indias, ni mucho menos que algún Ángel trajese colgados por los cabellos, como al profeta Habacuc, a los primeros pobladores de este mundo... Bien se sigue que si vinieron por mar haya sido acaso por fuerza de tormentas el haber llegado a Indias.” Sin embargo, el padre Acosta comprendió que difícilmente podían las tormentas explicar cómo llegaron los animales a América. Dedujo que en el norte debería de existir una parte de América unida al Viejo Mundo, o, por lo menos, “el nuevo orbe que llamamos Indias, no está del todo diviso y aparte del otro orbe”. Esto sucedió casi un siglo y medio antes de que Vitus Bering navegara por el estrecho que hoy lleva su nombre, donde América y Asia están separadas por menos de cien kilómetros de agua (en un día claro, pueden verse

los dos continentes desde el centro del estrecho).

Una generación después del padre Acosta, el inglés Edward Brerewood intentó determinar el lugar de origen de los indios, y si consideramos los escasos datos de que disponía, lo hizo bastante bien. Por causa de su color, dijo, los indios “no son de progenie africana”. Además, “no tienen gusto ni viso alguno de las Artes, o la cultura, o la civilización de Europa”, ni, en cuanto a eso, de China, la India u otras partes civilizadas de Asia. Lo que quedaba eran los “tártaros” —término vago que servía para designar a los habitantes del Asia central y nordoriental—, con cuya cultura “ruda” y “bárbara” encontró Brerewood paralelos americanos. Al igual que el padre Acosta, presupuso la existencia de una unión o casi unión terrestre entre el Viejo Mundo y el Nuevo, y la colocó precisamente donde la hallaría más tarde Bering: en “esa parte nordoriental de Asia poseída por los tártaros”.

Brerewood se equivocó al considerar idénticas las culturas india y “tártara”. Tienen pocas semejanzas. Pero su conclusión fue correcta: Los indios se parecían más a los habitantes de Asia que a los de cualquier otra región. Unos dos siglos más tarde, el gran naturalista Alejandro de Humboldt señaló las verdaderas semejanzas —rasgos físicos— cuando advirtió una “notable analogía entre los americanos y la raza mongola”, es decir, los pueblos del Asia oriental que los antropólogos llaman hoy mongoloides. La antropología física moderna ha confirmado las analogías de Humboldt. Aunque en modo alguno es cierto que, como solían decir los antiguos viajeros, “quien ha visto una tribu de indios las ha visto todas”, se parecen unas a otras mucho más que los habitantes de, por ejemplo, Europa o África, y la mayoría de los rasgos que tienen en común se encuentra también entre los pueblos mongoloides que viven desde Siberia hasta Indonesia.

Por su color, los indios son “medianos”, lo cual

quiere decir que faltan los matices blanco y moreno oscuro a negro: oscilan desde un blanco amarillento oscuro hasta un color achocolatado claro; y la mayoría son bronceados o cobrizos. Tienen los ojos castaños oscuros; su pelo es negro, grueso y lacio, espeso en la cabeza (es rara la calvicie), pero ralo en el resto del cuerpo. Los pómulos son casi invariablemente anchos, por lo que los ojos se ven un tanto alargados. Quizá la semejanza más notable entre los indios y los pueblos del Asia oriental es un curioso rasgo llamado "incisivo en pala": las superficies internas de los dientes anteriores superiores son cóncavas, como si las hubieran ahuecado. Entre los indios y los asiáticos orientales, su frecuencia es del 90 por ciento o más; entre otros pueblos, del 15 por ciento o menos. Hay otras semejanzas más veladas, pero no es necesario extenderse en la cuestión: ningún hombre de ciencia duda hoy de que los indios americanos son, genéticamente, muy afines a los pueblos del Asia oriental.

Mas si los indios están claramente emparentados con los mongoloides asiáticos, también, claramente, no son idénticos a ellos. La diferencia más evidente es la característica nariz aguileña de los indios. Aunque de ningún modo universal entre éstos, es bastante común; en cambio, casi se desconoce entre los asiáticos orientales, cuya mayoría tiene perfiles notablemente chatos. Además, si bien los ojos de los indios suelen ser rasgados, casi nunca están rodeados por los párpados carnosos y los pliegues que dan a los ojos asiáticos orientales su aspecto oblicuo. En resumen, los indios deben de representar una rama distinta e independiente del tronco asiático, que emigró de Siberia en una época en que los actuales asiáticos orientales no habían adquirido aún muchas de sus características.

El parentesco con los asiáticos orientales es mucho más estrecho entre otros aborígenes americanos: los esquimales y sus parientes, los aleutas de

las islas de Alaska. Muchos, vestidos adecuadamente, no podrían distinguirse en una multitud de Pekín o Tokio. Su gran parecido con los mongoloides indica que los esquimales y los aleutas son inmigrantes mucho más recientes que los indios; corroboran este vínculo físico las afinidades entre las lenguas del grupo aleutiano-esquimal y las lenguas asiáticas orientales que todavía se hablan, como el kamchadal y el chukchi; no es posible señalar relaciones semejantes con las lenguas indias americanas.

Si la mayoría de los antropólogos está hoy de acuerdo en que los primeros americanos salieron del Asia nordoriental y entraron en el Nuevo Mundo por la zona del estrecho de Bering, desde hace mucho discrepan —y a menudo acaloradamente— sobre cómo llegaron los pobladores y, especialmente, cuándo lo hicieron. La contestación a la primera de estas preguntas está muy vinculada con la respuesta a la segunda. Los cálculos de la edad del hombre en el Nuevo Mundo han sido casi tan diversos, y a veces casi tan fantásticos, como las primeras teorías de sus relaciones raciales o culturales; un profesor argentino del siglo xix encontró un cráneo y afirmó que tenía un millón de años de antigüedad, lo cual probaba, según dijo, que *Homo sapiens* había tenido su origen en América (en Argentina, naturalmente). Esta y otras teorías apenas menos endebles provocaron en el siglo xx una reacción que suscitó el parecer de que el hombre llegó al Nuevo Mundo hace relativamente poco tiempo. Según casi todos los antropólogos más destacados de América, entre los que figuraba el más influyente, Ales Hrdlicka, de la Smithsonian Institution, el hombre había ocupado América hacía poco.

Hrdlicka insistía, y con razón, en que las especulaciones sobre la emigración del hombre a América debían basarse en pruebas sólidas —huesos fósiles y utensilios sobre cuya edad fuera posible llegar a

un acuerdo general—, y que todas las pruebas lo habían convencido de que el hombre no llegó al Nuevo Mundo sino mucho después de que terminó el último período glacial, cuando ya habían desaparecido las grandes capas de hielo que en otro tiempo cubrieron gran parte de la América del Norte y se habían extinguido muchos de los animales contemporáneos de ellas. Todo aquel que propusiera la hipótesis de que el hombre había llegado antes del período glacial o incluso poco después de que éste terminó, podía esperar la firme reprobación de Hrdlicka. Por eso, antes de mediados del decenio de 1920, pocos arqueólogos estaban dispuestos a arriesgar su carrera sugiriendo, al menos en público, que América había sido poblada más de unos miles de años antes de la Era Cristiana. Así pues, los primeros que llegaron debieron de haber cruzado en barca los 90 kilómetros del estrecho de Bering, suposición razonable ya que, en esa época, los pueblos marinos de otras partes usaban barcas.

El hallazgo que empezó a desvirtuar la opinión oficial de un viaje postglacial por mar del hombre al Nuevo Mundo fue accidental, realizado no por un arqueólogo, sino por un vaquero negro de Nuevo México. Un día de 1908 —según la versión más verosímil— George McJunkin cabalgaba junto a la hondonada de un río ahondado por una reciente crecida. Al mirar a la orilla opuesta, vio unos huesos blanqueados, dejados al descubierto por la avenida, y situados a unos tres metros por debajo del borde. Por suerte para la ciencia, McJunkin era un hombre de mirada penetrante y, además, curioso. Estaba familiarizado con los huesos de vaca, pero tres metros bajo la superficie del suelo parecía un lugar extraño. Bajó a la hondonada, desenterró algunos huesos con unos alicates y se los llevó al rancho donde trabajaba.

McJunkin quedó perplejo, pues los huesos eran mucho más grandes que los de las vacas, y habló de



Los tres huesos fósiles de un bisonte y la punta de sílex de la lanza (abajo, izquierda) que lo mató, que aquí se ven incrustados todavía en la arcilla donde fueron hallados cerca de Folsom (Nuevo México), rebatieron la creencia de que el hombre era un recién llegado a América. El bisonte era un tipo que se extinguió hace unos 10.000 años, lo cual demuestra que el ser humano que usó la lanza tiene, por lo menos, esa edad.

ellos con los vecinos de la región de Folsom. Durante los 18 años siguientes, otros aficionados a las excavaciones visitaron el "Pozo de las Osamentas" de McJunkin, y en 1926, se envió una muestra de los extraños huesos, para su identificación, al paleontólogo Jesse D. Figgins, director del Museo de Historia Natural de Colorado. En efecto, no eran de vaca, sino de bisonte, mas no del bisonte actual, sino de un pariente extinguido, más grande y con cuernos como los del llamado *longhorn* de Texas, desaparecido con los glaciares hace unos 10.000 años.

Ese mismo año, Figgins dispuso que el museo excavara en el "Pozo de las Osamentas", el cual no sólo dio huesos fósiles, sino también una punta de piedra al parecer relacionada con ellos. Era notablemente distinta de otras puntas de flecha halladas en las cercanías; tenía los bordes casi paralelos en vez de ahusados, la base formaba una curva interna, y ambos lados estaban acanalados.

Pero, ¿puntas de sílex junto con huesos de un bisonte del período glacial? Según la teoría oficial, era imposible. Así, cuando en 1927 llegó al Museo de Colorado la noticia del hallazgo de una punta de sílex semejante, claramente clavada en la tierra entre dos costillas de un bisonte, Figgins, a quien interesaba el problema de la antigüedad del hombre en el Nuevo Mundo, decidió ir a Folsom para verla con sus propios ojos. Fue y la vio, mas no resultó fácil convencer a sus colegas de la relación entre las piedras y los huesos, considerada accidental. Figgins tuvo que invitar a algunos de sus críticos más acerbos a visitar el yacimiento de Folsom para examinar personalmente la punta de sílex hallada entre las costillas del bisonte.

Las observaciones de todos ellos condujeron, por último, a algo muy raro en los círculos arqueológicos: el acuerdo casi unánime de que el hallazgo quería decir lo que parecía significar; el descubrimiento de los cazadores de bisontes de Folsom de-

mostraba que el hombre llegó al Nuevo Mundo en el período glacial. Entonces, en 1932, otro yacimiento de Nuevo México, cerca de Clovis, dio los huesos de animales extinguidos acompañados por puntas de piedra que diferían del tipo Folsom. Pero estas puntas fueron descubiertas bajo capas de tierra que contenían puntas de Folsom, lo cual hacía que la antigüedad del hombre en el Nuevo Mundo retrocediera aún más, hasta hace 12.000 años.

Estos hallazgos concentraron de nuevo la atención en la cuestión afín de cómo había llegado el hombre al Nuevo Mundo. Porque si, como ahora parecía indiscutible, había viajado al sur hasta Nuevo México durante la última parte del período glacial, tenía que haber salido de Siberia por lo menos unos miles de años antes. En esa época no necesitaba haber ido a América en barca, como tal vez hicieron los esquimales y aleutas que llegaron después, ni haber cruzado los 80 y tantos kilómetros de peligroso hielo flotante que todavía hoy, a mediados del invierno, llena a veces el estrecho de Bering. Pudo haber cruzado caminando sobre tierra firme.

Existía en ese entonces un puente terrestre entre Asia y Alaska, que apareció cuando los glaciares del último período glacial estaban en su máximo, aprisionando millones de kilómetros cúbicos de precipitación que normalmente habrían ido a los océanos. La falta de esa agua redujo el nivel del mar de Bering más de 90 metros, bastantes para convertir los bajos del estrecho en un puente de tierra que unía los dos continentes. La palabra "puente" no es la adecuada, pues hace pensar en un istmo angosto. Beringia, como llaman los geólogos a esta tierra hoy sumergida, tenía, en su mayor extensión, unos 1.500 kilómetros de anchura; era, tal vez, el puente más ancho de que se tiene noticia.

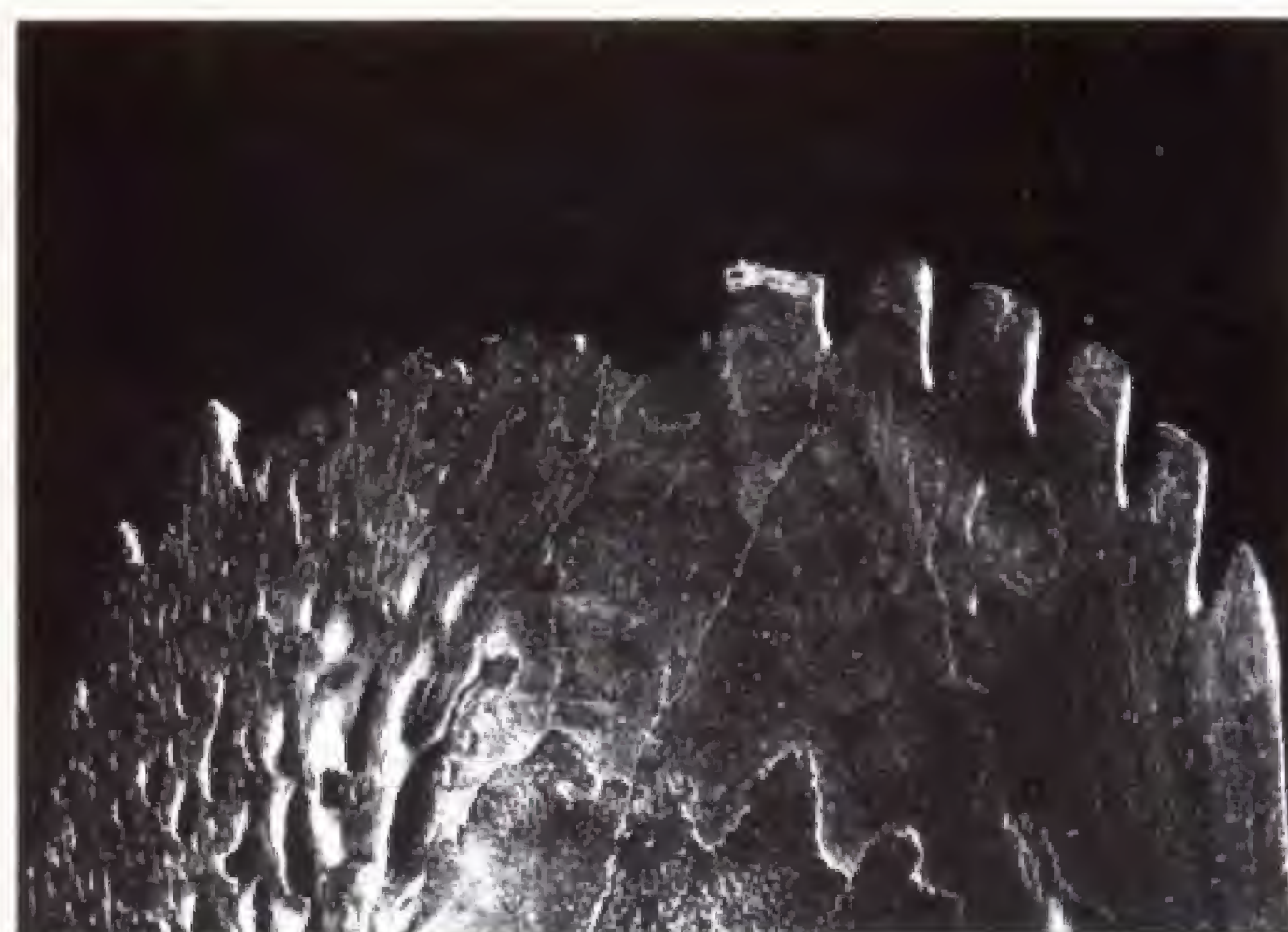
Las emigraciones de los animales a través de Beringia conformaron en gran parte la vida animal actual y recientemente extinguida de América del

Norte y Eurasia; entre los inmigrantes de Siberia figuraron el bisonte, el alce, el mamut, el caribú y el buey almizclero, cuya mayor parte habría de desaparecer después de las glaciaciones. Entre los emigrantes en dirección contraria —de América al Asia— figuraron las zorras y las marmotas americanas, y, antes, los antepasados del caballo, el camello y el lobo. Si los primeros americanos eran cazadores, como indican los hallazgos de Folsom y Clovis, ¿qué cosa más natural que hubieran seguido a los animales de Asia a América?

En la época en que los descubrimientos de Folsom y Clovis demostraron que los hombres llegaron al Nuevo Mundo por un puente terrestre, no existía un modo seguro de decir cuándo hicieron el viaje, pues los métodos de determinación cronológica eran bastante inseguros. La cuestión quedó zanjada a fines del decenio de 1940 con el descubrimiento del método del carbono radiactivo para determinar la edad de los hallazgos midiendo el contenido de ciertos átomos radiactivos de carbono. Las pruebas hechas demostraron que la cultura de Folsom comenzó hace casi 11.000 años, y la de Clovis, más o menos mil años antes. Para llegar a la mitad del continente en esa época, los hombres tuvieron que haber pasado a Alaska hace unos 15.000 años, cuando estaba terminando la última glaciación y se iba sumergiendo el puente terrestre.

Pero esta solución al viejo misterio de los antepasados de los indios acabó pareciendo, poco después, una solución a medias. Los nuevos descubrimientos y las nuevas evaluaciones de los hallazgos anteriores hacían retroceder cada vez más la fecha de la llegada del hombre a América. Y cada retroceso suscitaba nuevas dudas sobre la manera en que llegó.

Entre los indicios que era necesario explicar figuraban los huesos de mamuts enanos hallados en la isla de Santa Rosa, frente a la costa del sur de California; estaban hendidos y parecían haber sido que-



Este objeto que parece un rascaespaldas es la prueba más antigua de la existencia del hombre en el Nuevo Mundo: una tibia de caribú convertida en raspador con la punta serrada (detalle, arriba). Encontrado en el Territorio del Yukón (Canadá), tiene una antigüedad de 27.000 años, según las pruebas que dieron a conocer en 1973 el doctor William N. Irving de la Universidad de Toronto y C. R. Harington de los Museos Nacionales del Canadá.



mados en un fogón hecho por el hombre, y el método del carbono radiactivo determinó que su edad era de 29.000 años. También se hallaron artefactos y huesos de mamut en Valsequillo (centro de México), que databan de hace 20.000 años, y carbón de leña de un posible campamento cercano a La Jolla (California), que parecía apenas un poco más reciente. Y del Territorio del Yukón (Canadá), a la entrada de un corredor que pasaba por los glaciares que cubrieron Norteamérica durante las glaciaciones, provino un raspador de hueso de caribú, de 25 centímetros de longitud, al que en 1972, por el método del carbono radiactivo, se le asignó una antigüedad de 27.000 años, lo cual indicaba que el hombre estaba en el Extremo Norte, y dirigiéndose hacia el sur, hace por lo menos todo ese tiempo.

Los arqueólogos conservadores pusieron esmero en señalar que ninguna de esas fechas era inequívoca. Los huesos de Santa Rosa podían haberse chamuscado en un fuego natural, y la presencia de carbón de leña y huesos de edad comprobable con artefactos hechos por el hombre no significaba necesariamente que estuvieran vinculados por otra cosa que no fuese una coincidencia. El raspador de caribú fue hallado donde lo arrastró el agua a la orilla de un río; como no estaba ya en su estrato original, no podía confirmarse con pruebas geológicas la edad de 27.000 años que se le atribuía; existía incluso la posibilidad de que el hueso fuera tan antiguo como parecía, pero que miles de años después lo hubiera usado un indio para hacer un raspador. Estos argumentos eran válidos. Y, sin embargo, para un creciente número de arqueólogos, todos estos indicios fragmentarios, aunque no resultasen concluyentes aisladamente, parecían constituir un argumento en favor de la llegada del hombre al Nuevo Mundo hace más de 25.000 años, argumento suficiente, por lo menos, para dejar la puerta entreabierta.

Pero el hallazgo más impresionante es la caja de

un cráneo que se descubrió cerca de Los Ángeles en 1936 y cuya edad se determinó en 1971. En la época de su descubrimiento no se conocía el método del carbono radiactivo; incluso después de que se conoció, la prueba requería tanto hueso que la caja del cráneo habría quedado casi destruida. Así pues, no se determinó su edad hasta que a fines de los años 1960 se ideó un método que sólo necesitaba muy poco hueso y se basaba en el análisis de los componentes proteínicos del hueso. Aplicado al cráneo en 1971, indicó que el hombre de Los Ángeles tenía una antigüedad de 23.600 años, y tal vez más.

Esta datación preocupa a muchos expertos. La historia del cráneo —en particular el largo tiempo que estuvo guardado en el museo— suscita dudas que han limitado la aceptación de su valor para determinar la antigüedad del hombre en América.

Los investigadores son aún más cautos en un informe de 1974 basado en el estudio de otros huesos de California con un método diferente de datación proteínica. Los resultados indican que el hombre pudo haber llegado a la costa del Pacífico hace 48.000 años, fecha que —si se acepta su exactitud después de hacer nuevos estudios— trastornaría muchas teorías actuales sobre los primeros americanos y plantearía nuevas y espinosas preguntas acerca de quiénes fueron y cómo llegaron.

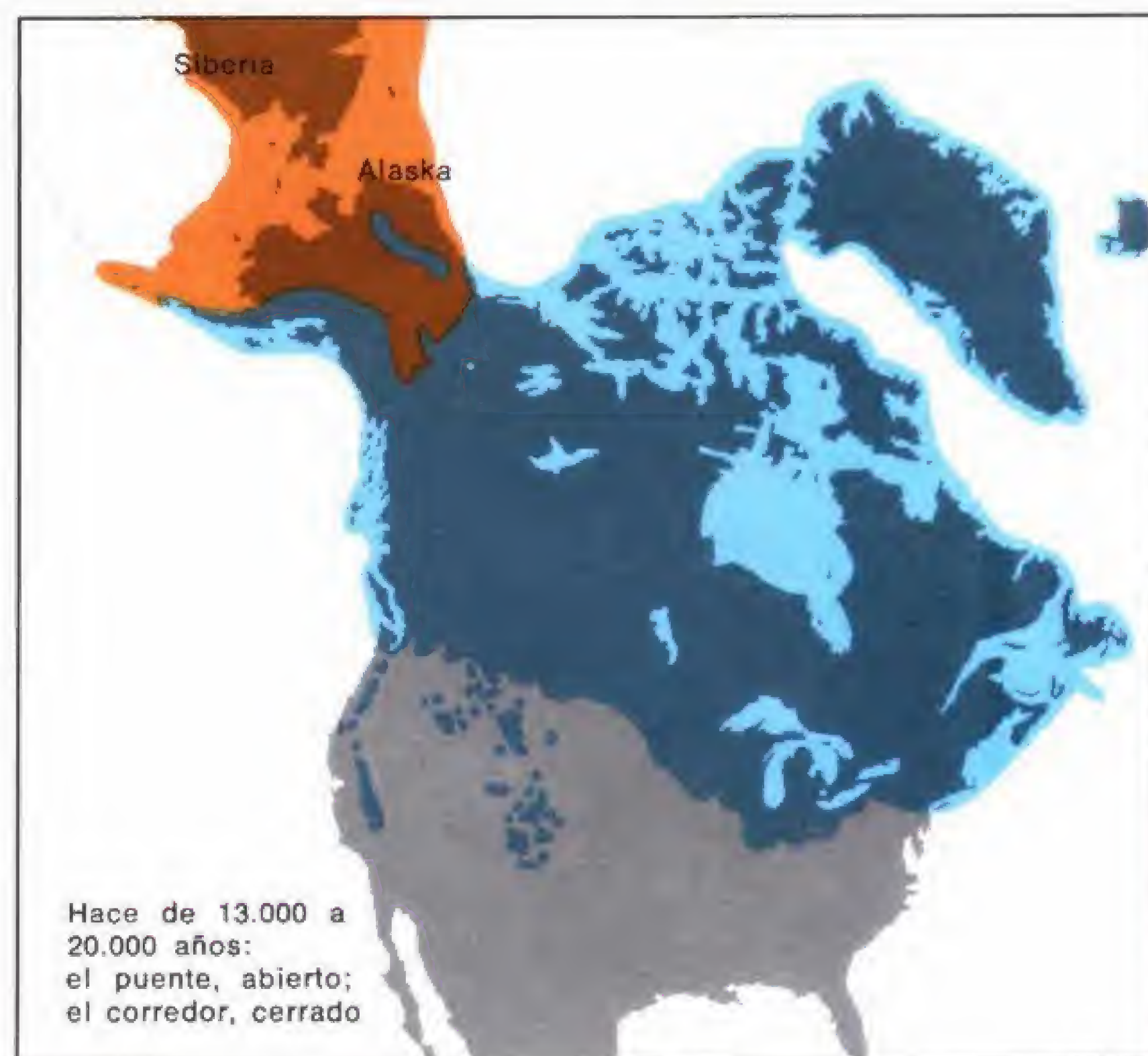
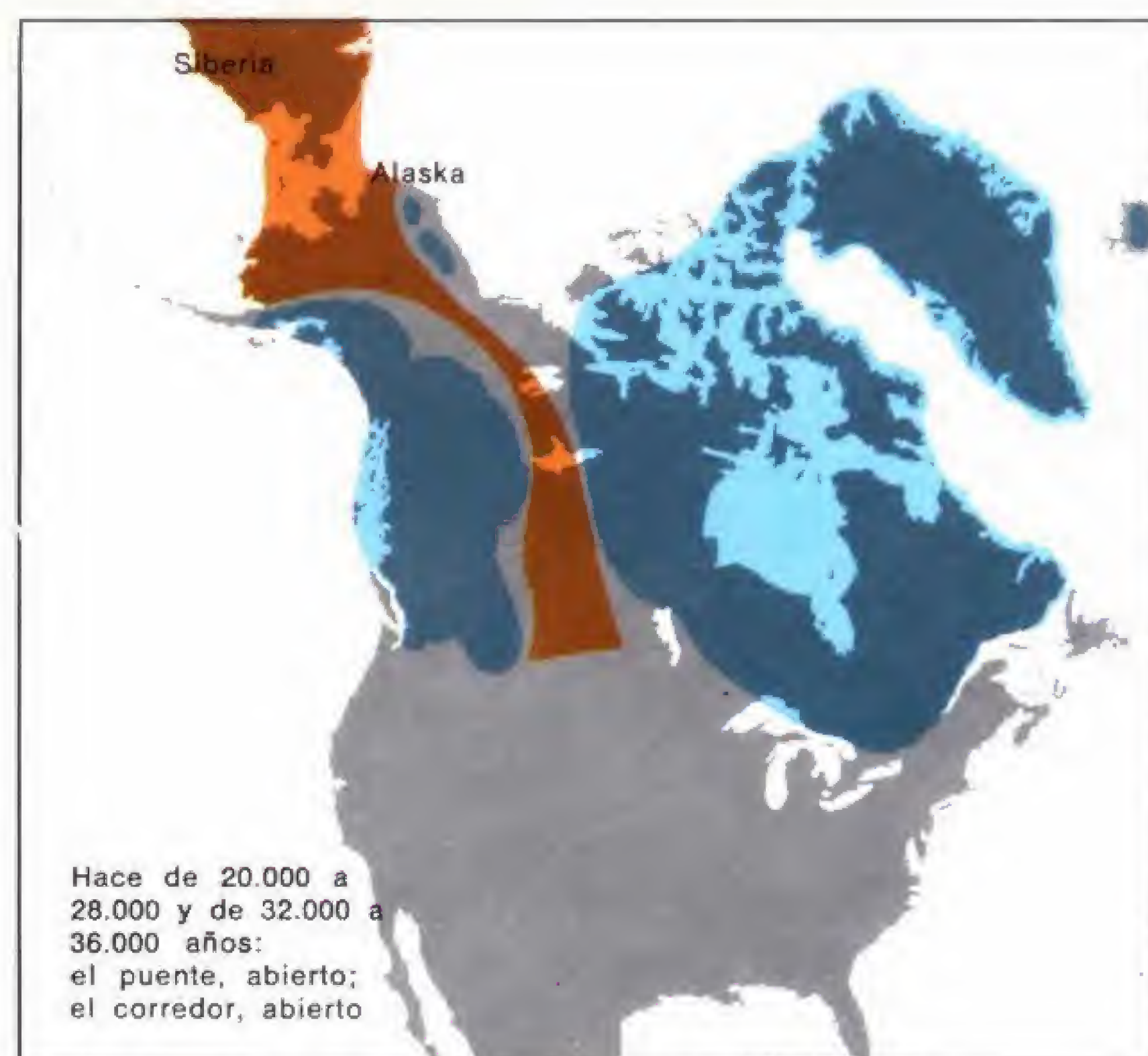
Si el cráneo de los Ángeles es tan antiguo como indica el análisis de las proteínas, el hombre debe de haber vivido en América desde hace, por lo menos, 25.000 años. Y esta posibilidad impone una extraña y complicada serie de fechas a su emigración al Nuevo Mundo. Por una parte, reduce el período durante el cual pudo haber llegado, ya que existen razones poderosas para excluir una fecha muy anterior a hace 40.000 años. El viaje al Nuevo

Mundo por una ruta ártica exigía aptitudes que sólo posee el hombre moderno. Los hombres anteriores sabían hacer fuego, usar vestidos de pieles y construir viviendas calientes: los de Neandertal emplearon estas destrezas para sobrevivir en partes bastante frías de Europa durante los períodos glaciales anteriores; pero ni siquiera ellos habían perfeccionado lo suficiente sus técnicas para sobrevivir en los crudos y largos inviernos del Extremo Norte, y al parecer los seres humanos no se extendieron a los rigurosos ambientes que podían haberlos llevado a América hasta después de que los hombres de Neandertal fueron reemplazados por tipos modernos.

Pero si los primeros hombres llegaron a América hace de 25.000 a 40.000 años, tuvieron que hacerlo en fechas determinadas por la aparición y desaparición de los glaciares, casi como un oficinista que tiene que tomar a las 7:30 el autobús que lo lleva de la calle en que vive a la estación de tren para tomar uno a las 7:45 y alcanzar otro autobús a las 8:30 que lo deje en su oficina a las nueve. La primera etapa del viaje estuvo regida por las fechas en que el puente terrestre se hallaba abierto. Durante los últimos 40.000 años, probablemente el puente de Beringia sólo estuvo dos veces por encima del agua y abierto al tráfico: una, hace de 32.000 a 36.000 años, y otra, hace quizá de 13.000 a 28.000 años. Mas el puente sólo era el primer tramo del viaje a California.

El puente de Beringia se abrió por la acumulación del agua del mar en los gigantescos mantos de hielo del interior del continente. Así pues, durante casi todo el tiempo en que estuvo abierto, gran parte de la América del Norte estaba cubierta de hielo. El hombre podía cruzar el puente para llegar al oeste de Alaska, pero tal vez no podía pasar los glaciares para llegar al resto del continente.

Un camino lógico para ir al sur, por la costa del Pacífico, estuvo cerrado por el hielo y lo agreste



Estos mapas muestran el puente terrestre que unió Siberia y Alaska por lo menos dos veces durante las edades glaciares —hace de 32.000 a 36.000 años y de 13.000 a 28.000 años—, cuando fue tanta la humedad recogida por el hielo, que el fondo del mar de Bering quedó descubierto. Los hombres pudieron cruzar el puente durante ambos períodos, pero sólo en el primero y a principios del segundo pudieron penetrar en el corazón de Norteamérica usando el corredor libre de hielo (mapa de arriba) que pasaba entre los mantos helados. Hace unos 20.000 años, los glaciares se extendieron tanto que el puente terrestre alcanzó su anchura máxima y el corredor se cerró (mapa de abajo). Aunque los hombres podían aún pasar a Alaska, encontraron obstruido el camino al sur y tuvieron que esperar a que el corredor se abriera de nuevo hacia fines del período glacial, hace unos 13.000 años.

del terreno hasta tiempos bastante recientes. El corredor más apropiado para ir al sur desde el extremo alaskense del puente era por la costa al norte de la cordillera de Brooks o subiendo por el valle del río Yukón —ninguna de las dos regiones estuvo cubierta por los glaciares durante la última edad de hielo— hasta llegar al valle del río Mackenzie y luego seguir al sur, por la vertiente oriental de las Rocosas, hasta las Dakotas (*mapas de la izquierda*). Este valle era la línea divisoria entre los grandes glaciares que se extendían hacia el este desde las cordilleras de la costa del Pacífico y los que se extendían hacia el oeste desde los Laurentinos. A veces dejaba un corredor libre de hielo que en algunos lugares no tenía más de 40 kilómetros de ancho. Y durante unos siete milenios, hace de 20.000 a 13.000 años, estuvo completamente cerrado; una muralla de hielo, de kilómetro y medio de altura, corría sin interrupción desde el Pacífico hasta el Atlántico, impidiendo el paso al sur.

La necesidad de que coincidieran los momentos en que estuvieran abiertos tanto el corredor como el puente sólo dejó algunos intervalos durante los cuales podían pasar los viajeros. Para no quedar aprisionados en Alaska cuando se cerró el corredor del Mackenzie, hace unos 20.000 años, tuvieron que cruzar el puente de Beringia antes de que se cerrara, hace 32.000 años, o poco después de que se abrió de nuevo, hace 28.000. Los antepasados del hombre de Los Ángeles pudieron hacerlo en cualquiera de los dos períodos, pero parece más probable el primero. Por el terreno en que se hallaron, a los artefactos que quizá sean toscos raspadores y tajadores de piedra hallados en Lewisville (Texas) y en otros yacimientos de América del Norte y del Sur se les ha atribuido una edad de 25.000 a 35.000 años. Así pues, por extraño que parezca, algunos de los primeros seres humanos que alcanzaron nuestro nivel evolutivo, al parecer arrojaron los rigores del Ár-

tico de la edad de hielo para emigrar de Siberia a Alaska y vagar hacia el sur hasta el centro del continente, todo ello en pocos miles de años.

Los vestigios que puedan quedar de la primera etapa de esta heroica caminata se encuentran hoy bajo las aguas del mar de Bering o esperan ser descubiertos en el nordeste de Siberia o en Alaska. Son escasas, o faltan totalmente, las pruebas directas de la llegada del hombre al Nuevo Mundo, al igual que de gran parte de su desenvolvimiento posterior en América. Empero, buen número de pruebas indirectas —tomadas de la geología, la meteorología, la antropología y otras disciplinas que ofrecen datos sobre otros pueblos de otras épocas y lugares— pueden aplicarse a los antepasados de los indios. Esta extrapolación permite reconstruir los antiguos acontecimientos con cierta confianza en que los detalles descritos, aunque conjeturales, son razonables. En esta obra se usarán las reconstrucciones de esta especie, que describen escenas prehistóricas cual si se estuviesen observando hoy, para exponer las mejores opiniones de los investigadores modernos sobre la vida pretérita del hombre en América del Norte.

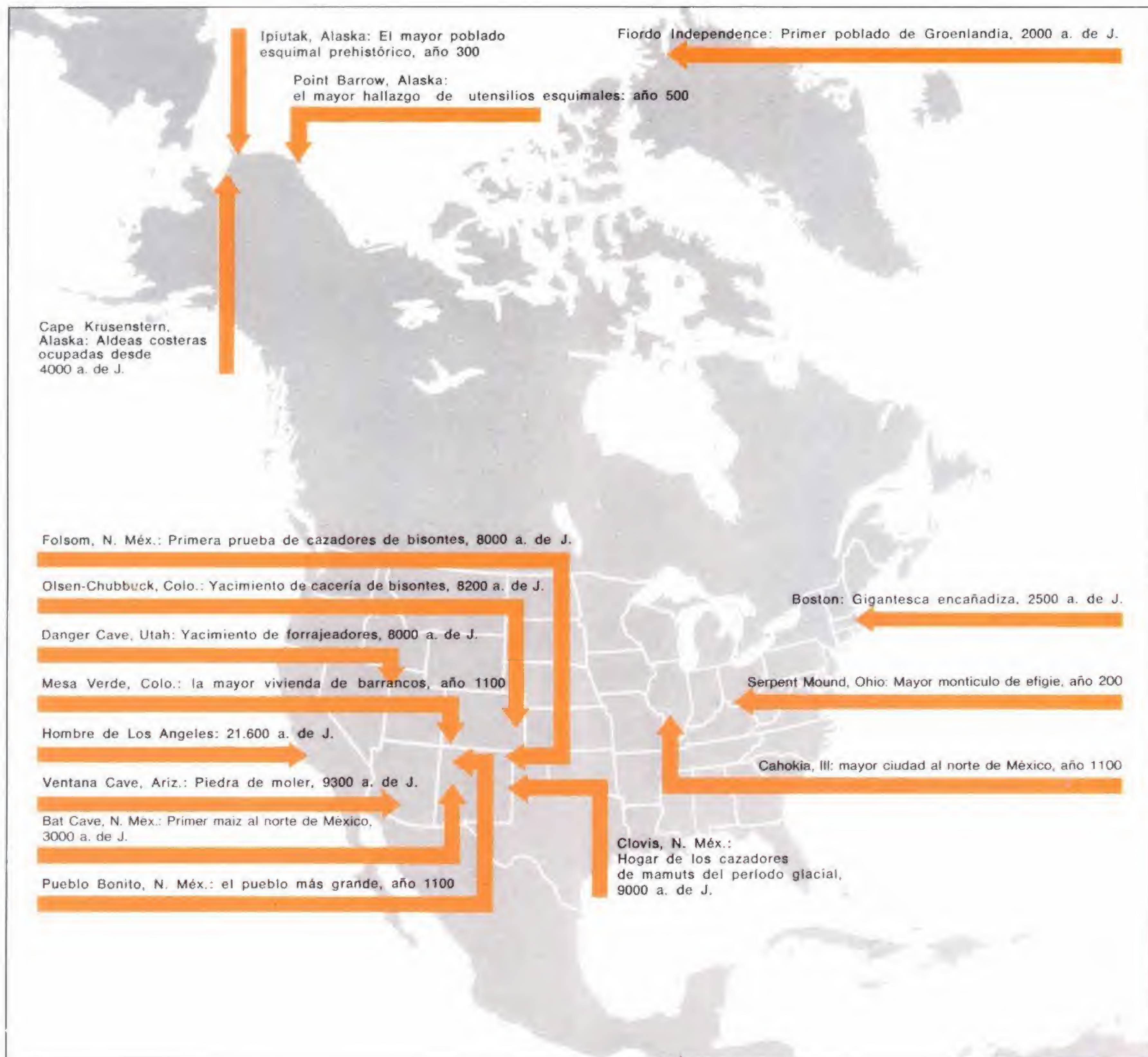
Podemos imaginar al primer grupo de futuros americanos cuando inician su viaje al Nuevo Mundo: tal vez no son más de 30 a 50, acampados en la tundra siberiana, cerca de la costa septentrional de la península de Kamchatka. No saben de dónde vinieron sus antepasados; sólo saben que desde hace incontables generaciones se han estado desplazando hacia el norte, siguiendo las manadas de mamuts, caribús, caballos, bisontes y otros animales que se alimentan con la vegetación de la tundra.

Parece evidente que esta tribu vive principalmente de la caza, pues la mayor parte del año casi no hay alternativa. Durante los breves veranos, cuando la tierra yerma rebosa de flores de amapolas amarillas y saxífragas, pueden acopiar plantas

Resolviendo el Rompecabezas de la Historia India

En este mapa se señalan e identifican los principales descubrimientos y yacimientos relacionados con la América del Norte prehistórica. Van desde el fósil humano más antiguo que se ha hallado en el continente, el hombre de Los Angeles, de 21.600 a. de J., hasta la gran metrópoli india de Cahokia, en Illinois, que ocupaba más de 15 kilómetros cuadrados, tenía más de un

centenar de montículos ceremoniales y tal vez 20.000 habitantes en el año 1100. En el mapa figuran también los hallazgos que se relacionan con la aparición de los distintos estilos de vida en el transcurso de muchos miles de años, desde el de la caza mayor hasta el del forrajeo y los comienzos de la agricultura al norte de México hacia el año 3000 a. de J.



alimenticias, raíces comestibles y cosas parecidas. Hay huevos de pájaros emigrantes, que anidan por millones en la costa de la bahía (como lo harán todavía 35.000 años más tarde), y pueden recoger almejas y mejillones en las playas y bajos de marea siberianos. Hay también peces y, durante la temporada de desove, saltarines salmones. Las focas llegan por centenares de miles a la costa para reproducirse, y es fácil matarlas a palos. Pero durante unos ocho meses, la tundra se hiela y se cubre de nieve: las plantas que gustan al hombre quedan sepultadas o adormecidas, las aves han volado al sur, los mariscos están aprisionados bajo el hielo de la costa y los ríos se han congelado. Durante la mayor parte del año hay que cazar o morir de hambre.

La existencia es precaria y difícil aquí, en el confín del mundo habitado. Pero conforme la tribu camina hacia el norte, aprende a sobrevivir en el Ártico. Hombres, mujeres y niños llevan pantalones y chaquetas de piel, de hechura burda, durante todo el año, y cuando hace mucho frío se cubren las cabezas con capuchones de piel. En el verano pasan la mayor parte del tiempo al aire libre, gozando de las casi 24 horas de sol, mas cuando descienden las sombras del otoño, se retiran al abrigo de sus tiendas de piel o chozas semisubterráneas, calentadas por humeantes hogueras de matas o madera arrojada a la playa. En un buen invierno, es decir, en un invierno en que la caza del otoño ha sido buena, quizá pasen casi todo el tiempo bajo techo; con la congelación natural del exterior, no es difícil conservar los alimentos. En un mal invierno tienen que salir durante las breves horas de luz natural en busca de algo que cazar: lagópedo, liebre ártica, zorra. En un invierno muy malo, algunos mueren; y quizá los ancianos salgan a la fría noche para ahorrar a sus camaradas la carga de alimentarlos.

La larga caminata de la tribu hacia el norte ha seguido la faja relativamente estrecha de Asia en-

tre el mar a la derecha y las montañas, muchas de las cuales están cubiertas de hielo, con valles llenos de glaciares. Ahora, volviéndose hacia el este, sin saberlo dan los últimos pasos en el Viejo Mundo. Ante ellos se tiende Beringia, extensión de llanuras ondulantes y sin árboles, interrumpida a veces por una cadena de montañas y sembrada de innumerables y pequeños lagos. Casi toda la tierra está anegada; algunas partes consisten en un cenagal alfombrado de musgos y líquenes. Pero hay también vastos trechos de tierra bastante firme, cubiertos de juncias y hierbas de poca altura. Donde es bueno el pasto, los animales son numerosos, y no todos parecerían extraños a un observador del siglo xx. Además de especies desaparecidas hoy, como los mamuts y los gatos de dientes de sable, en las llanuras abundan los caballos y el caribú, y cerca de las manadas acechan los lobos.

Durante 10 ó 20 generaciones, el pueblo se multiplica poco a poco y se esparce por este nuevo país, sin darse cuenta de que se están acercando a un continente deshabitado (después de todo, nunca han visto una tierra densamente habitada) ni de que son los actores de un drama de descubrimiento.

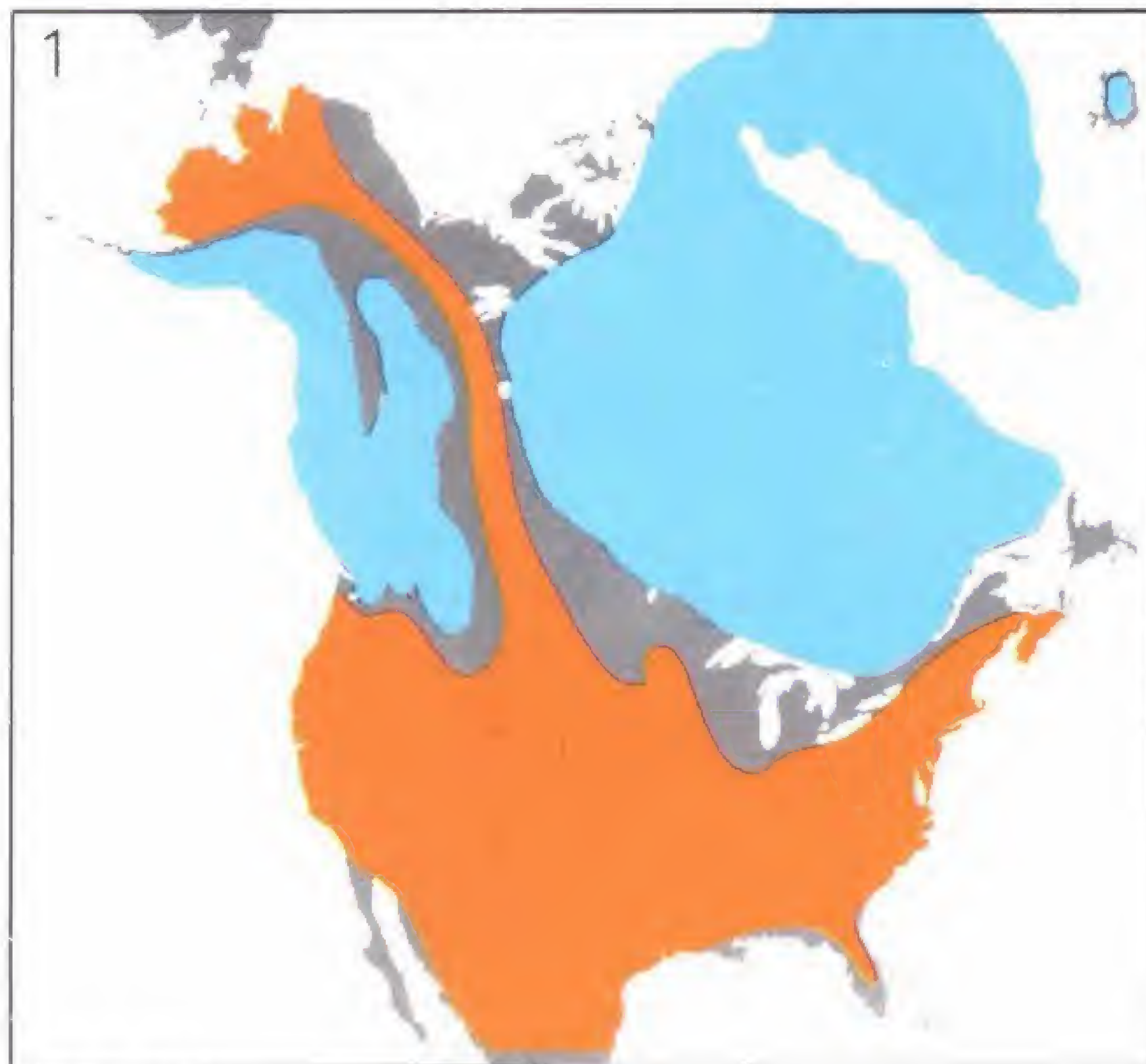
De vez en cuando, un cazador, que busca al caribú o al caballo salvaje en las colinas, descubre una capa de conchas como las que juntó su esposa en la playa hace un semana. Si él y sus compañeros son curiosos, quizá se pregunten de dónde vienen. Pero no se les ocurrirá pensar que esta tierra sobre la que persiguen a su presa estuvo en un tiempo bajo el mar, y que algún día la volverá a cubrir.

Atraídos por los animales de caza, caminan lentamente hacia la lejana cadena de montañas que en el futuro señalará la costa occidental de Alaska. Tras otras 10, 20 ó 50 generaciones llegan a esas montañas y las cruzan. En el puente terrestre que dejan atrás, año tras año las olas comienzan a invadir cada vez más la tierra hasta que por fin Berin-

Tres Pasos en el Dominio del Hombre Sobre el Continente

Los americanos prehistóricos comenzaron como cazadores de grandes animales, se dedicaron al forrajeo cuando creció la población y escasearon los animales de gran tamaño, y acabaron convirtiéndose en agricultores en una sucesión de etapas que se describen en estos mapas. El mapa 1 muestra a los cazadores en su apogeo, hacia el año 9000 a. de J., cuando se extendieron a todas las regiones libres de glaciares. Hacia el año 4000 a. de J. (mapa 2), los indios del continente tuvieron que dedicarse menos a la caza mayor que a la captura de animales pequeños, peces y plantas. La fase de forrajeo fue superada en algunos lugares por la agricultura, cuya culminación se muestra en el mapa 3 hacia el año 1000. En esa época, los esquimales, llegados de Asia hacía relativamente poco tiempo, se habían extendido ya hasta Groenlandia.

- | | |
|---|--|
|  Hielo glacial |  Agricultura |
|  Caza mayor |  Caza marítima esquimal |
|  Forrajeo | |



9000 a. de J.



4000 a. de J.



Año 1000

gia queda inundada por un mar inquieto y de poca profundidad. La tribu queda entonces separada de su pasado. A algunos de ellos les espera un largo y arduo viaje a la cuenca del Mackenzie, el corredor que conduce al corazón de América del Norte.

Una vez llegados a Alaska los primeros inmigrantes, ¿cuánto tardaron en ocupar el resto de América del Norte y del Sur? ¿El subsecuente poblamiento del continente provino de una sola inmigración y se produjo con rapidez, o de olas sucesivas de inmigrantes durante un largo espacio de tiempo? En una época, la mayoría de los arqueólogos opinaba esto último; dada la extraordinaria diversidad de las culturas indias americanas, y la residencia relativamente corta que se atribuía entonces al hombre en el Nuevo Mundo, no era una conjetura irrazonable: apenas parecía posible que esa diversidad cultural hubiera surgido de un solo grupo de pioneros en no más de cinco o seis mil años. En parte por esta razón, al hombre del Nuevo Mundo se le consideraba poco más que un accesorio del Viejo Mundo; cada vez que aparecía una innovación cultural en América, los investigadores comenzaban a buscar un modelo original en el Viejo Mundo.

Hoy, con la posibilidad de que los primeros pobladores americanos hayan llegado hace no menos de 25.000 años, y tal vez más de 30.000, el factor tiempo ha perdido su fuerza convincente. En 250 siglos, incluso en pueblos de linaje común pueden surgir pronunciadas diferencias culturales y físicas; por eso, aunque es posible que los indios sean descendientes de olas sucesivas de inmigrantes, cada una de las cuales introdujo nuevas ideas, también es posible que provengan de un número relativamente pequeño de antiquísimos primeros pobladores que llegaron durante un lapso muy breve. Además, los arqueólogos han desenterrado ya abundantes pruebas de que muchas creaciones culturales indias, en-

tre ellas la agricultura y los tipos Clovis y Folsom de utensilios de piedra, acaecieron independientemente en vez de haber sido traídas del Viejo Mundo.

Haya sido poblada América en una o varias olas, el resultado fue una extraordinaria diversidad de culturas. Los antropólogos han catalogado miles de rasgos tecnológicos, artísticos y sociales diferentes, todos ellos entremezclados por milenios de migraciones, intercambio y desarrollo. De las variaciones entre los indios, la más pronunciada es el lenguaje, que constituye un claro indicador de semejanzas y diferencias entre los pueblos; resulta evidente que los hombres que hablan variaciones menores de la misma lengua —como el inglés británico y el americano —están emparentados estrechamente, en tanto que quienes hablan lenguas separadas, pero parecidas, como el francés y el italiano, tienen un parentesco más lejano, y los que usan lenguas completamente distintas, como el chino y el alemán, no han tenido una historia común durante muchísimo tiempo. Entre los indios de América del Norte hay más de 200 lenguas identificables, algunas tan diferentes de otras como el chino del alemán, prueba de que quienes las usan siguieron caminos independientes de desarrollo durante mucho tiempo.

Pero en esta diversidad hay un grado muy significativo de unidad. Así, por ejemplo, los zuñis del Sudoeste hablaban una lengua que tenía poca o ninguna semejanza con cualquiera otra lengua india, y, sin embargo, su cultura tradicional era muy semejante a la de muchas tribus del Sudoeste que, por su parte, hablaban casi una docena de lenguas diferentes; al igual que los zuñis, todas ellas vivían en pueblos de adobe parecidos a casas de apartamentos, practicaban una agricultura simple basada en el maíz, los frijoles y la calabaza, tejían mantas y hacían objetos de alfarería que sólo puede distinguir un ojo perspicaz. Tres tribus de lo que hoy es el norte de California hablaban lenguas tan diferen-

tes como el inglés, el ruso y el swahili; empero, como dice Robert F. Spencer en *The Native Americans*, “ni el especialista de un museo puede diferenciar entre sus cestas y utensilios”.

Esta unidad en la diversidad provino en gran parte de lo mucho que de la tierra dependía el indio norteamericano. Su capacidad para modificar el ambiente era, en el mejor de los casos, modesta. Como no tenía bueyes, asnos ni caballos, como no conocía la fuerza motriz del viento ni la del agua, sólo disponía de los recursos de energía que le daban las hogueras de sus campamentos y su propio cuerpo. Su capacidad para moverse y mover sus posesiones estaba limitada por la longitud de su paso y la fuerza de sus espaldas, o —si el viaje lo llevaba por lagos, ríos o a lo largo de las costas— la capacidad de su canoa y la fuerza del brazo con que remaba. Si escaseaban las piezas de caza o se agostaban sus cultivos por las heladas de la primavera o las sequías del verano, no podía aprovechar alimentos alejados muchos kilómetros, sino que debía contentarse con las semillas, bayas, nueces y raíces que pudiera encontrar en las cercanías.

A causa de que los antiguos indios dependían tan completamente de la tierra que los rodeaba, el contorno físico conformó su vida. El ambiente determinaba la cultura más que la situación geográfica, la cronología o incluso la tradición. Las tribus podían estar muy alejadas por el tiempo, la geografía o la relación genética, y, a pesar de ello, tener culturas semejantes si las ecologías de sus suelos patrios eran parecidas. Pero, claro está, a esta influencia del ambiente la afectó el creciente refinamiento de los primitivos americanos. Al principio vivían principalmente de la caza de grandes mamíferos; después de este período de caza, o “paleoindio”, vino una época en que se explotó una gran variedad de recursos, tanto vegetales como animales. En este período “arcaico” o de “forrajeo”, la explotación cada

vez más intensiva y eficaz de regiones relativamente restringidas hizo posibles los primeros asentamientos semipermanentes. Por último, en el período “formativo”, el comienzo de la agricultura convirtió algunos poblados en aldeas que más o menos persistían todo el año y, con el tiempo, en ciudades; una de ellas, Cahokia (Illinois), tenía muchos miles de habitantes hacia el año 1000.

Al igual que los tipos culturales de otras partes, los tres identificados en América del Norte se confundieron y mezclaron, influidos siempre por el ambiente. Las culturas del forrajeo no siempre seguían a las culturas de la caza; en algunos lugares existieron simultáneamente. Tampoco fue ninguna de ellas reemplazada en todas partes: los indios y esquimales más septentrionales siguen siendo, esencialmente, pueblos cazadores, y los forrajeadores persistieron hasta mucho después de que apareció el hombre blanco. Por último, incluso en los lugares donde se superaron las etapas culturales anteriores, nunca fueron reemplazadas completamente; ni los forrajeadores ni los agricultores abandonaron del todo la caza, y tampoco dejaron los agricultores de recoger plantas silvestres para complementar sus cultivos. Más bien, las tres etapas podrían considerarse tres estilos de vida, que difieren más en la intensidad que en su esencia.

Estos estilos de vida son especialmente notables porque resultaron eficaces tanto tiempo. Después de más de 25.000 años de ocupación, el indio dejó la tierra tan rica, tan silvestre y tan hermosa como la habían encontrado sus antepasados inmigrantes. Fue un resonante éxito ecológico. Para él, la selva primitiva, la pradera virgen, el desierto abrasador, nunca estaban lejos de su mirada, y rara vez a más de unos pasos de su hoguera. El primer americano era parte de la Naturaleza, y ésta de él; conoció su riqueza y hermosura, su rigor y su amenaza como no las conoce ningún norteamericano en 10.000.

América fue Descubierta por Accidente

Fue el fondo del mar el que llevó a los primeros hombres a Norteamérica. Llegaron desde Asia caminando sobre lo que había sido el fondo del océano hasta que el período glacial lo dejó descubierto y formó un "puente" llamado Beringia, en el que se acumularon los fertilizantes del mar con los que creció la lujuriente vegetación que atrajo a los animales asiáticos, y estos ani-

males, a su vez, atrajeron al hombre.

Los hombres de esta época —conocidos por los hallazgos arqueológicos de Siberia— eran cazadores de grandes animales, pero complementaban su alimentación con plantas y aves. En el otoño, cuando las manadas se retiraban a Alaska, los cazadores las seguían, y así, con el tiempo, se convirtieron en los primeros americanos.



Con el sol ártico a la espalda, los cazadores dejan Asia atrás siguiendo al caribú, que los conduce al este, a Norteamérica.



Al acampar, un hombre envuelve con un cuero de bisonte el marco de una casa semisubterránea, y dos mujeres fijan con piedras el borde inferior.



Casas Móviles Para Viajar por la Tundra

Durante el breve verano, las partidas de cazadores recorrían las planicies sin árboles de Beringia en busca de grandes animales. Cada vez que llegaban a una zona especialmente prometedora, como algún lugar donde se reunieran los caribús, hacían lo que habían hecho sus antepasados antes que ellos en Siberia, y construían sus toscas casas semisubterráneas, parcialmente hundidas en el suelo para protegerse del frío y el viento.

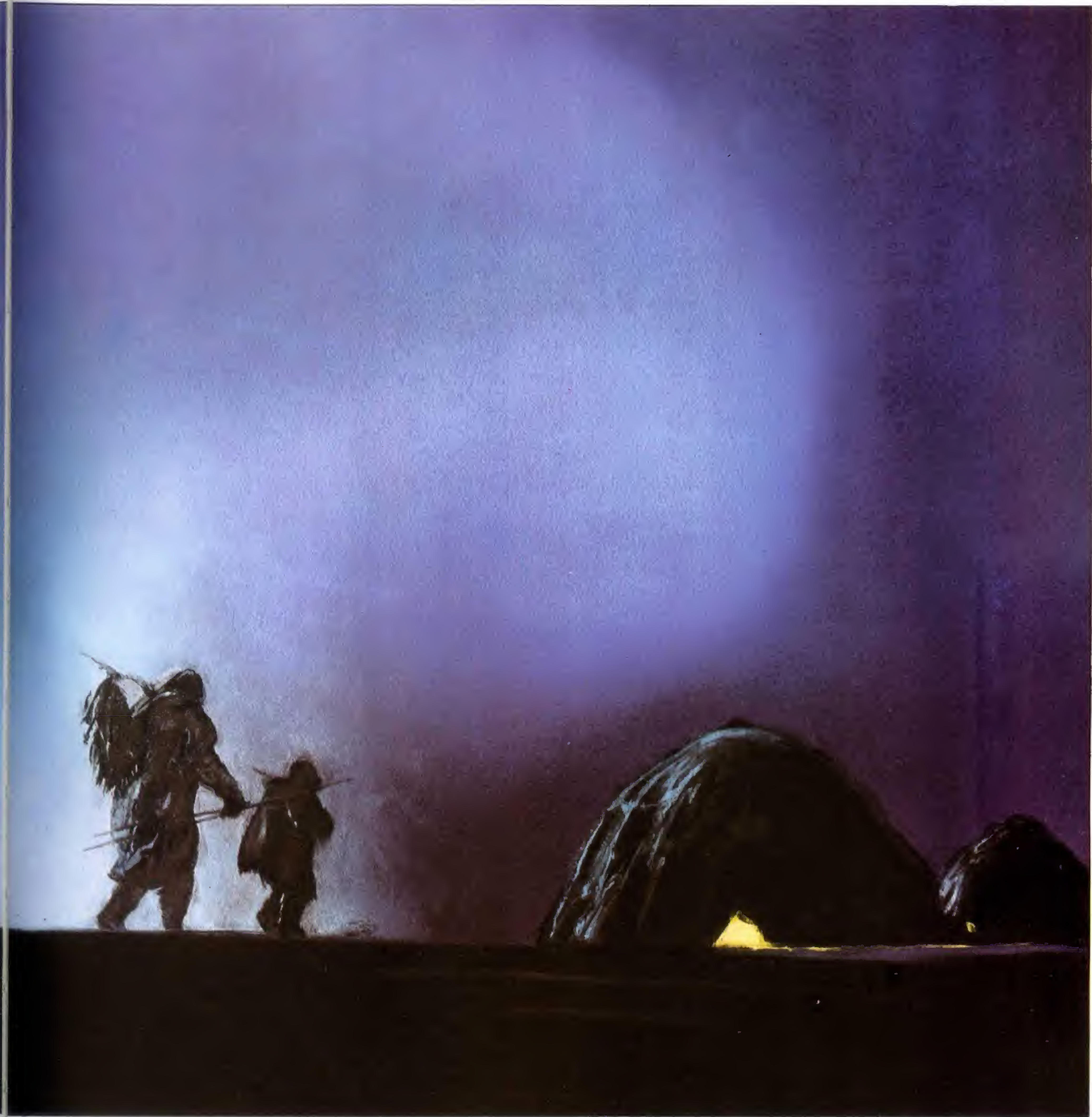
Se construían estas casas cavando un hueco en el suelo como de un palmo de profundidad y por lo menos dos metros de diámetro, y se levantaba sobre esta cavidad una armazón de palos o huesos de mamut. Se colocaban pieles y cueros sobre la armazón, se ataba ésta con correas al suelo y se lastraba la parte inferior con piedras, tierra o terrones herbosos que ayudaban a que no entrara el viento. Se cubría con pieles todo el piso, menos un espacio del centro dedicado al fogón. Pero no era posible evitar que entraran los enjambres de mosquitos nacidos en los miles de lagunas y lagos de Beringia, y los cazadores tenían que usar a menudo sus vestidos de cuero todo el día para que no se los comieran vivos los insectos.

Estas viviendas podían desarmarse rápida y fácilmente, y sus soportes, junto con los cueros y la comida, se enrollaban para transportarlos al siguiente lugar donde acamparan. Sólo al acercarse el invierno terminaba su vagabundeo; entonces, los cazadores se establecían en un sitio protegido para acumular reservas de carne y esperar en el penetrante frío.

Otra mujer asa carne, y una cuarta raspa la piel de un caribú acabado de matar.



La trémula iridiscencia de la aurora boreal ilumina la silueta de los cazadores que traen sus presas a sus casas. Un cazador carga sobre



la espalda un antílope de la estepa; el otro lleva lagópedos colgados de un palo. Los acompaña un chico que está aprendiendo a cazar.

El Caribú: Comida de los Beringenses

Después del largo y oscuro invierno de Beringia, durante el cual la temperatura se mantenía por debajo del cero varias semanas seguidas y el viento soplaba, implacable, desde el norte, nada podía ser más agradable para los hambrientos cazadores que ver al caribú que regresaba a sus territorios de cría en la primavera. Formando largas y vacilantes filas, estos animales migratorios volvían año tras año, como si acudieran a una cita, de sus refugios invernales en las montañas de Alaska y Siberia.

Quizá más que ningún otro animal, el caribú era esencial para la supervivencia de los beringenses. Sus centenares de miles de cabezas proporcionaban una gran diversidad de productos: carne deliciosa y grasa para la comida, cueros para hacer vestidos, tendones para los hilos, y huesos y astas con que los cazadores hacían casi todo, desde raspadores de pieles hasta agujas.

El pelaje invernal del caribú era especialmente deseable: suave y afelpado, con él se hacían prendas cómodas y calientes. Lo que los cazadores no podían haber sabido es la causa de que las pieles fueran tan calientes: el pelo del caribú, a diferencia del de casi todos los animales, tiene espacios huecos microscópicos que impiden la pérdida del calor, por lo que hacen de la piel uno de los mejores aislantes de la Naturaleza.



Unos cazadores, disfrazados de caribús, preparan el ataque contra una manada que emigra



hacia sus terrenos de cría. Caminando contra el viento, podrán acercarse y matar algunos de los animales antes de que huyan los demás.

Abundancia de Caza Menor



Un lagópedo, con su plumaje de verano, empolla en su nido. Los forrajadores, sin advertir su presencia, recogen semillas.



Al descubrir un criadero de leones marinos, los cazadores atacan dos crías que se han separado de sus madres.

Beringia ofrecía a las bandas de cazadores que vivían en ella una diversidad de alimentos. Para los que moraban cerca de la costa había leones marinos, focas y morsas, peces y moluscos, y aves acuáticas de todas clases, cuyos huevos, en la primavera, han de haber paliado la monotonía de la alimentación de carne. Tierra adentro, el alimento principal eran el caribú, el bisonte, el caballo y el mamut, que podían variarse en el verano con raíces, plantas y bayas.

Un bocado que se podía conseguir todo el año era el lagópedo, ave rolli-

za que todavía habita en Alaska y cambia de plumaje con las estaciones: en el verano es de color rojo moteado, pardo y ocre (*izquierda*); en el invierno, blanco. A pesar de su disfraz, es fácil capturarlo. Confiado en su invisibilidad, se queda quieto en su nido y deja que se acerquen los animales de presa, y entonces camina pavonándose a fin de alejarlos de sus huevos o de sus crías. Para los beringenses, este comportamiento traicionaba la cercanía del nido, y podían apoderarse fácilmente de los huevos o echar mano del propio pájaro.

Primeros Pasos en una Tierra Virgen

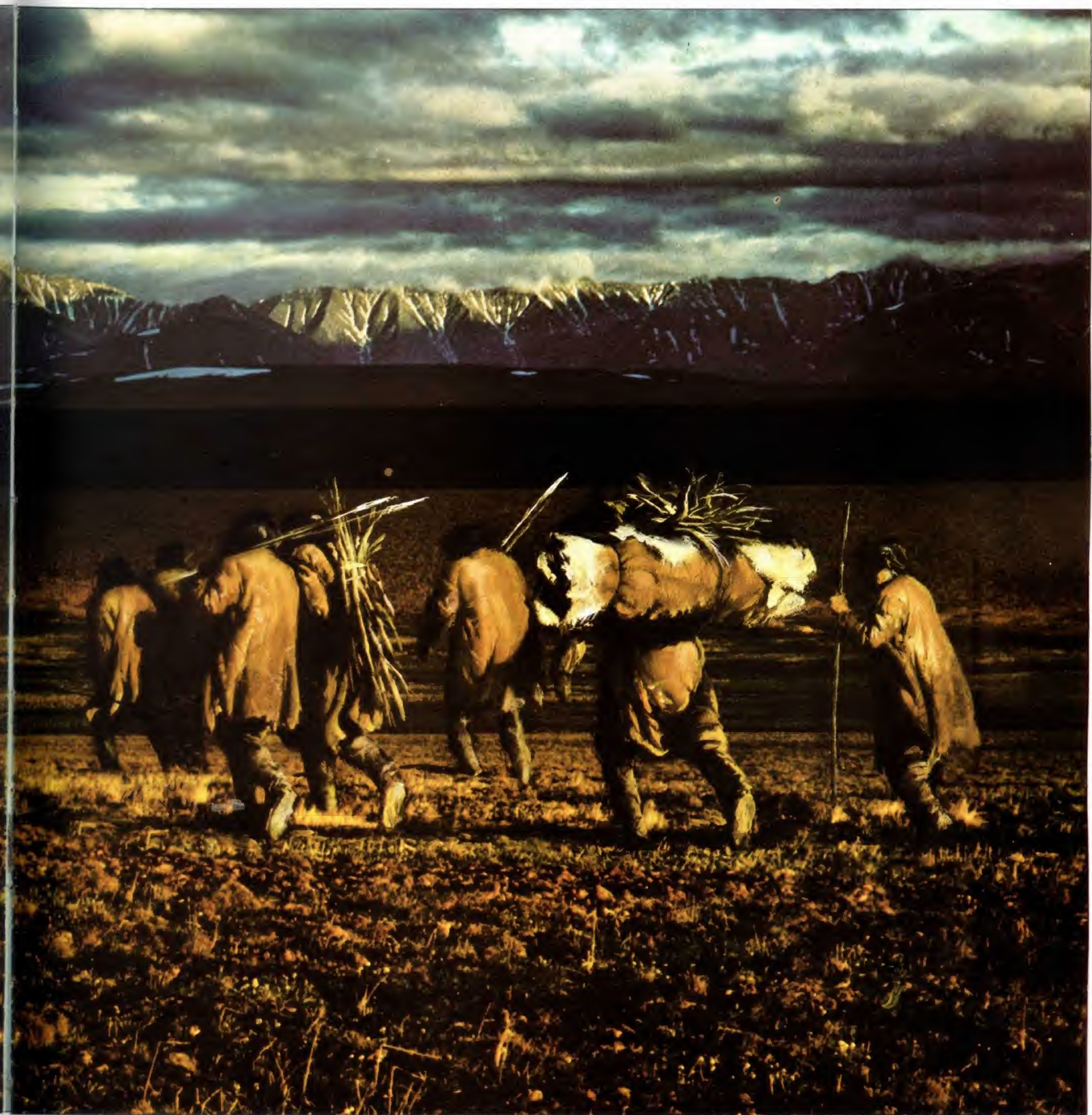
Nadie sabrá nunca exactamente cuándo fue que los cazadores de Beringia pusieron por primera vez la planta del pie en el suelo de Norteamérica, pero de seguro ha de haber sido una pequeña partida de hombres, como la de la ilustración, que, avanzando en busca de piezas de caza, sin darse cuenta de ello descubrió América.

El hecho de que dependieran de animales que formaban manadas los condujo al Nuevo Mundo. El caribú, el bisonte y los caballos no podían sobrevivir al invierno en Beringia, en parte porque era muy frío, pero, sobre todo, porque la nieve y el hielo cubrían casi todas las plantas que les daban sustento. En el otoño, los animales emigraban al este y el oeste, y encontraban tanto en Siberia como en Alaska valles abrigados y zonas boscosas donde podían vivir hasta que llegaba la primavera.

Los hombres los seguían. Algunas bandas han de haber dejado la planicie de Beringia para aventurarse en la formidable cordillera de Brooks, en Alaska (*derecha*). Las huellas que dejaban las manadas en el suelo les indicaron el camino por el que podían pasar a los valles abrigados, y los valles, a su vez, hicieron que los cazadores siguieran adelante, internándose en el continente virgen.

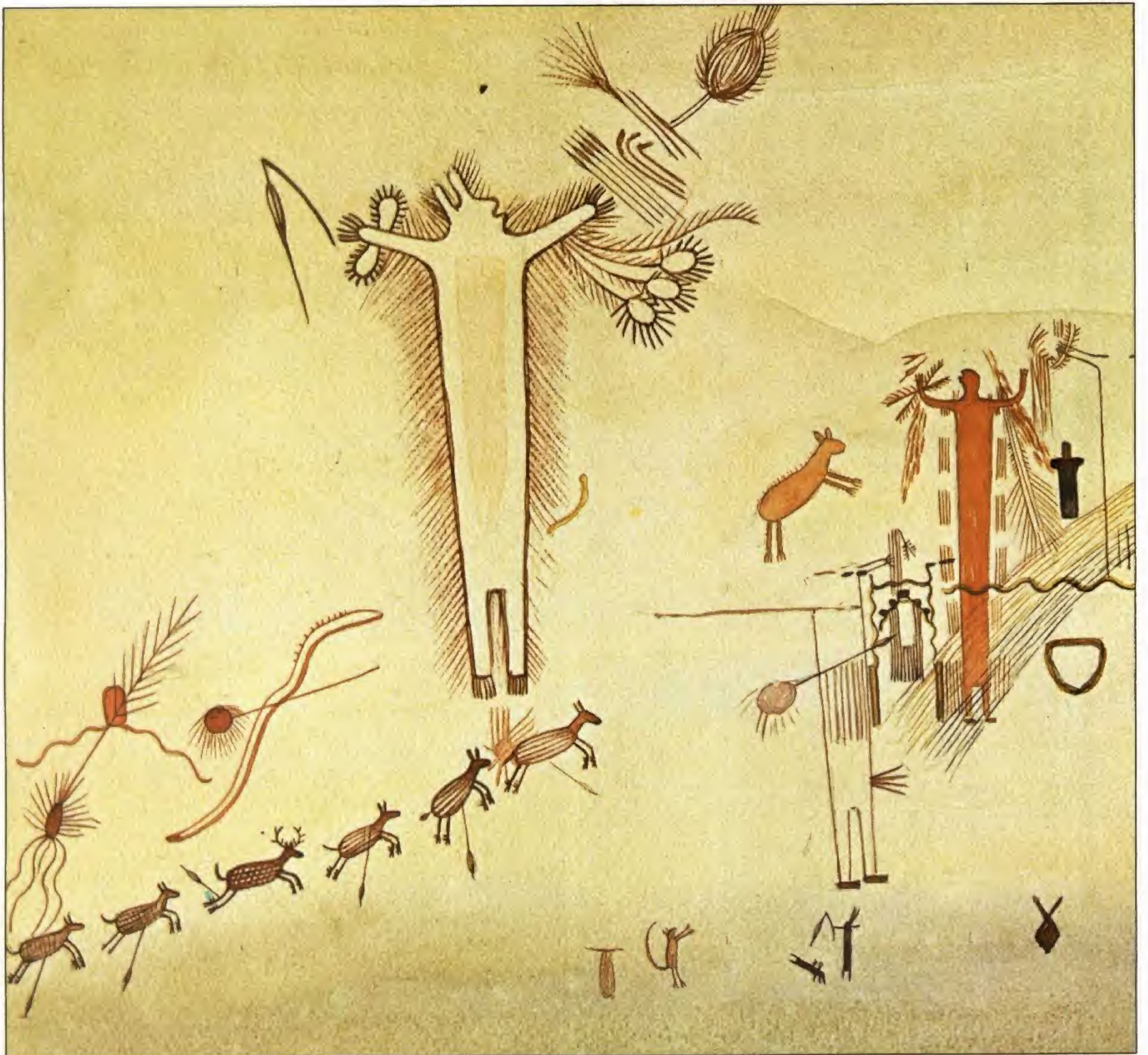


Camino a Norteamérica, una pequeña banda de cazadores contempla las montañas de Alaska, que



se ven azules a la débil luz de fines del verano. Pasarán el invierno en los valles antes de seguir, buscando nuevos campos de caza.

Capítulo Segundo: Los Grandes Cazadores



Hace unos 40.000 años: el corazón de Norteamérica, extensión de tierra virgen que va de las Rocosas al Misisipí y de Canadá a México, no ha sentido aún las pisadas del hombre ni oído una voz humana. El clima es frío y húmedo, pues al norte, una capa de hielo, de un kilómetro y medio de espesor, cubre la mayor parte del continente. Los vientos que llegan de los glaciares no sólo enfrían el aire, sino que también llevan a las llanuras suficiente lluvia para sostener una exuberante vegetación en regiones que algún día serán áridas o semiáridas.

En las planicies del norte, entre lo que más tarde serán Iowa y Wyoming, las regiones bajas están pobladas de pinos, abetos y alerces; las tierras altas, salvo las márgenes boscosas de los lagos y los valles fluviales, son zonas llanas. Al sur, las planicies se extienden centenares de kilómetros al oeste del Misisipí en un ancho cinturón formado por bosques en que los abedules, alisos y otros árboles de hojas caducas se mezclan con las coníferas, y por praderas sembradas de lagos y lagunas. Más allá de este cinturón, las ondulantes llanuras de altas hierbas, invadidas por los retorcidos dedos de los bosques de los valles fluviales, llegan al pie de las Rocosas. Al otro lado de éstas, Nevada está cubierta por el lago de Bonneville, tan grande como algunos de los Grandes Lagos del siglo xx (el Gran Lago Salado será el residuo, muy abreviado, del de Bonneville); incluso en el valle de la Muerte hay una considerable extensión de agua dulce.

Las verdes llanuras son un enorme zoológico que llenan algunos de los animales más notables que haya conocido el continente. En las partes bajas de las llanuras septentrionales, donde abunda el agua, el gigantesco alce *Cervalces*, cuyas astas crecen dos metros y medio o más sobre la cabeza, ramonea en las cenagosas orillas de los lagos. En las corrientes de agua, buscando afanosamente plantas acuáticas, hay *Castoroides*, castores tan grandes como los osos actuales, con incisivos hasta de veinte centímetros de longitud. En los bordes de los bosques, los perezosos terrestres, cuyas cabezas desproporcionadamente pequeñas rematan cuerpos del tamaño del de un elefante, se alzan sobre las patas traseras para mordisquear el follaje a seis metros del suelo, y a veces llegan a mayor altura con largas y encorvadas garras para bajar una rama llena de hojas. En las partes más abiertas andan manadas de bisontes de largos cuernos, caribús, bueyes almizcleros y bueyes de los arbustos, estos últimos apenas más grandes que ovejas monteses. Haciendo que todos los demás animales —incluso los enormes perezosos terrestres— se vean pequeños, hay mamuts gigantes. El más grande, el imperial, con sus cuatro metros y medio, podría asomarse a la ventana de un segundo piso, y sus colmillos, encorvados hacia adentro, son dos veces más largos que los del elefante del siglo xx. Sólo un poco menor que el imperial es el mamut lanudo, cuya formidable mole parece aún mayor por el hirsuto y espeso pelaje que lo cubre.

En la mezcla de bosques y praderas, al sur, la vida animal es aún más abundante. Allí, con los mamuts, viven sus solitarios primos, los mastodontes, cuyo tamaño iguala al de los mamuts lanudos y, lo mismo que ellos, están cubiertos por un grueso pelo rojizo; y el superbisonte cuyos cuernos, que tienen la forma de colmillos de elefante, se extienden casi dos metros de una punta a otra. Es imposible contar los camellos, pécaris, liebres y otros animales

Representados en un estilo alargado, los chamanes indios evocan a los espíritus de la caza en esta pintura rupestre de 1.000 años de antigüedad, de la región del río Pecos, en Texas. La figura grande, con bolsas de dura cáscara de tuna para el equipo de caza, sostiene flechas o lanzas en una mano y un átlatl en la otra. Los venados (algunos, heridos) corren por la parte inferior de la escena, directamente hacia los otros chamanes, que también sostienen armas.

pequeños, y a su tiempo, las aves acuáticas forman un manto viviente sobre las lagunas.

Con todos estos herbívoros, grandes y pequeños, se ceba una temible serie de carnívoros. El lobo horrendo, una vez y media más grande que el lobo de los bosques, que vivió más tarde, está armado con poderosas quijadas para triturar los huesos. El rabón gato de dientes de sable sujeta a sus víctimas con los fuertes miembros anteriores y las mata con los caninos superiores, de veinte centímetros; y una pantera más grande que el mayor león actual es uno de los animales terrestres de presa más grandes de esta o de cualquier otra época.

Sin embargo, resulta notoria la ausencia del animal de presa más eficiente de todos: el hombre.

Muy al norte, más allá del muro de hielo de los glaciares, hay seres humanos. En este tiempo, hace unos 35.000 a 40.000 años, han estado llegando a Alaska desde Asia por el puente terrestre que queda descubierto a medida que el agua del planeta se acumula en los glaciares, con lo que baja el nivel del mar. Los animales de caza los han atraído al Nuevo Mundo, y son expertos cazadores. Tienen que serlo, pues en su patria ancestral de Siberia, como en Alaska, la caza constituye la única manera de sobrevivir; el clima es tan frío que no puede producir durante todo el año suficiente alimento vegetal, pero siempre hay carne viva en abundancia.

Si la persecución de los animales de caza fue lo que llevó a los primeros hombres a la América subártica, poca duda cabe de que la esperanza de una caza más abundante es lo que los acucia a dirigirse al sur, hacia las Grandes Llanuras.

En el otoño, apiñados en la nevada tundra del Círculo Polar Ártico, ven que el sol se hunde cada día más en el horizonte. Y miran que se va apagando la luz del día hasta que, durante la mayor parte de sus horas de vigilia, la única luz que brilla fuera de sus viviendas es el fulgor de las estrellas

polares, la pálida luminiscencia de la aurora boreal o el frío resplandor de la luna. Y conforme se acortan los días, ven bandadas de cisnes, gansos y patos, nubes de sarapitos, chorlitos y aguzanieves que vuelan hacia el sur desde sus criaderos árticos; a las aves siguen caballos, bisontes, caribús y mamuts. La nieve se amontona en capas cada vez más espesas, y se van viendo menos animales, incluso de los más pequeños. Dadas estas condiciones, no se necesita mucha imaginación para inferir que la siguiente vez que se desvanece el sol, ya no es posible encontrar animales de caza.

En su camino hacia el sur, tanto las manadas de animales como los hombres que las persiguen tienen que eludir los formidables glaciares que casi circundan a Alaska. Algunos vagan por la desolada costa al norte de la cordillera de Brooks, y otros siguen el escabroso curso del río Yukón; estos son los dos caminos que llevan al valle del Mackenzie, el cual no está aún completamente cubierto de hielo, y durante algunos miles de años, una tras otra las pequeñas bandas de inmigrantes pueden pasar entre sus laderas de piedra caliza cubiertas de juncias y árboles enanos. Cuando los viajeros se aproximan a lo que algún día será la provincia de Alberta, tal vez tienen que enfrentarse muy de cerca con los aniquiladores glaciares que reducen la anchura del abierto corredor a unos 40 kilómetros; pero unos centenares de kilómetros al sudeste, el hielo glacial retrocede una vez más para después desaparecer de la vista, y ante ellos se abre la extensión al parecer infinita del país de las llanuras, la tierra del cielo inmenso que nunca deja de asombrar a quienes la ven por primera vez.

De estos antiquísimos pioneros del Oeste norteamericano sólo podemos encontrar hoy algunos vestigios. Las piedras que parecen haber sido usadas como utensilios, halladas en Nuevo México y Texas

entre otros lugares, más el cráneo del hombre de Los Ángeles, al que se atribuye una edad de 23.600 años, indican que los seres humanos ya habían hecho el viaje desde Alaska. Mas estos hallazgos dicen muy poco sobre su modo de vivir en esos días.

En la cacería, y en casi todos sus hábitos, los primeros americanos tenían muy pocas razones para cambiar las costumbres de sus antepasados septentrionales. Mas en un respecto su nueva patria de las llanuras era radicalmente distinta de sus tierras ancestrales del norte, y esa diferencia tenía que afectar su estilo de vida: en tanto que en el norte casi no había alimentos vegetales, en las llanuras abundaba la vegetación. En cuanto los animales aprendieron a temer al hombre, ha de haber habido ocasiones en que no era tan fácil conseguir carne o en que la simple curiosidad movió a los cazadores a probar otro régimen de alimentación. En tales ocasiones, tal vez no se desestimaron los recursos vegetales de las llanuras: raíces comestibles, bayas, nueces o frutas. Para obtener energía había raíces amiláceas como la arisema, la nuez terrestre y, en las zonas pantanosas, la saetilla, además de judías de tierra, que podían encontrarse en los escondites subterráneos del arvícola de las praderas. En los tiempos realmente difíciles, había las raíces del arbusto dondiego de día, que, aunque no muy sabrosas, son enormes y nutritivas. Para variedad, había grosellas silvestres, uvillas, serbas y bayas de arándano, y las zonas más meridionales daban bayas de búfalo, amelanquiers, ciruelas silvestres, papayas y placamineros, además de avellanas, pacanas, nueces negras y nueces duras.

En medio de tanta abundancia, los primeros americanos prosperaron y se extendieron por el continente. Hay indicios de su presencia —en su mayoría, toscos utensilios de piedra cuya significación es todavía incierta— desde California hasta Colorado, Oregón y Arizona. Incluso en la América del Sur

se han hallado útiles de piedra cuya antigüedad es, quizá, de 20.000 años. El viaje tan al sur debe de haber entrañado una prolongada permanencia en los densos bosques que cubrían la mayor parte de la América Central; es posible que los cambios climatológicos provocados por el avance del hielo septentrional hayan hecho un tanto menos densas estas selvas, pero, aun así, el viaje es prueba de un considerable ingenio para adaptarse a un terreno, unas plantas y unos animales completamente distintos. Así, no parece inconcebible que otros grupos de estos hombres de las llanuras hayan llegado a las costas del Atlántico, cubiertas de bosques.

Pero, pese a sus evidentes proezas, estos primitivos americanos siguen siendo figuras vagas. Las primeras pruebas inequívocas y moderadamente abundantes de las vidas de estos indios ancestrales provienen de una época casi mil generaciones posterior a la de los que llegaron primero, hace de 11.000 a 12.000 años. El escenario sigue siendo el de las llanuras, específicamente la porción que se extiende por el Nuevo México oriental y el oeste de Texas, que los antiguos exploradores españoles conocieron por el nombre de Llanos Estacados. Los glaciares han pasado ya su punto culminante y se han estado retirando desde hace algunos milenios. Mas el clima sigue siendo muy parecido al que encontraron los primeros hombres: frío y bastante húmedo; y los Llanos Estacados —semiáridos en el siglo xx— son, en este antiguo período, una extensión de hierba verde, salpicada de árboles y pequeñas lagunas, y orlada con valles fluviales boscosos. La vida animal continúa siendo muy abundante y muy diversa.

La única diferencia notable son los hombres que cazan a estos animales. Son el pueblo conocido por sus armas acanaladas de piedra, las puntas de lanza de Clovis (*página 42*). Como son cazadores, casi siempre andan errantes, en partidas pequeñas, no

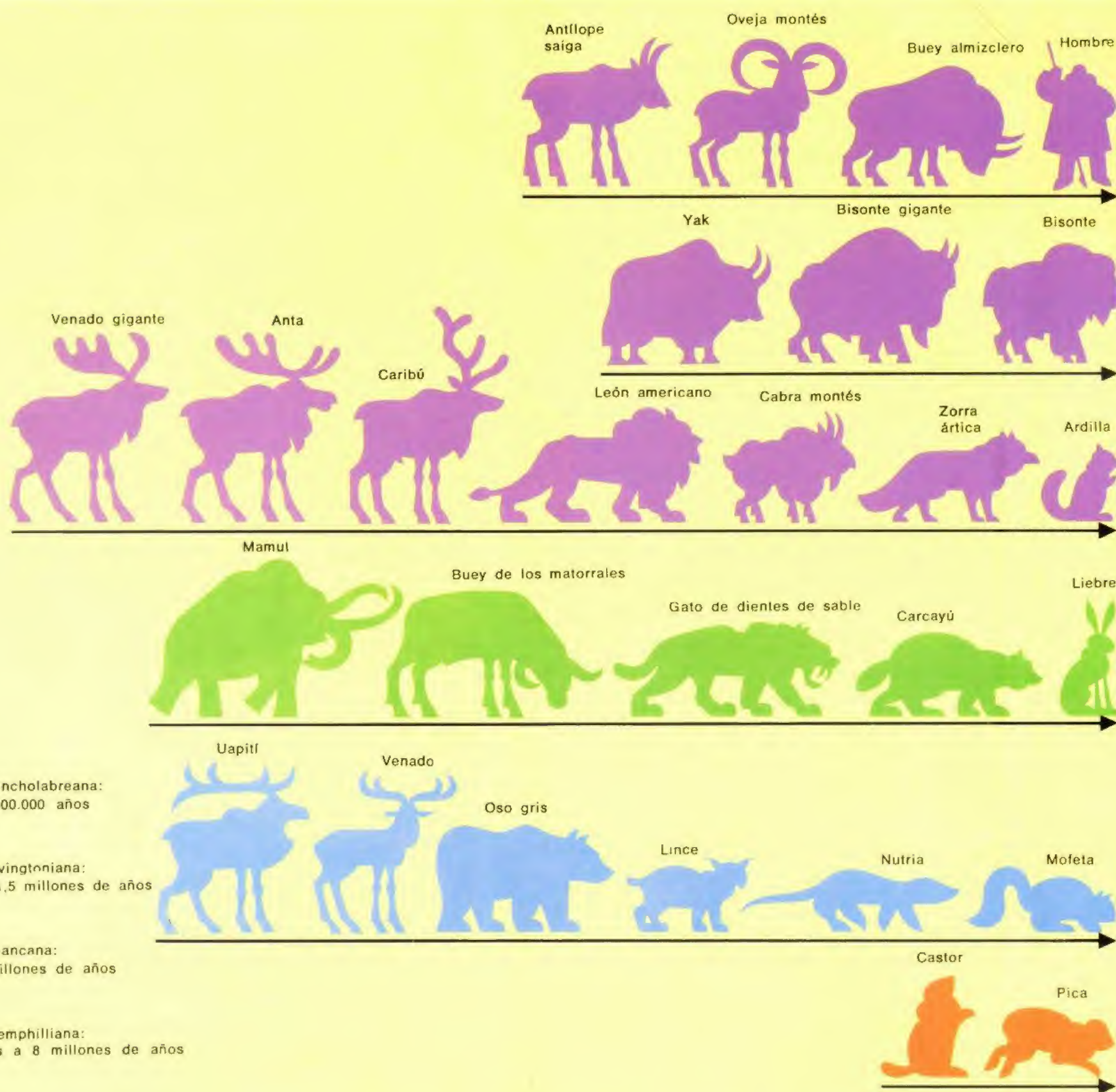
Lo que el Hombre Halló en América

Cuando llegó el hombre a Norteamérica, hace unos 25.000 años, encontró un continente pululante de animales de caza, muchos de los cuales eran, como él, inmigrantes. El cuadro de abajo muestra a 57 de los mamíferos más importantes que descubrió.

A la izquierda aparecen los animales, inclusive el hombre, que pasaron de Asia a Norteamérica por el puente

terrestre de Bering que unió a los dos continentes varias veces en el curso de ocho millones de años; a la derecha se ven los que llegaron de América del Sur, y en el centro figuran los que evolucionaron en América del Norte. Las flechas indican las direcciones que siguieron los animales para entrar o salir de Norteamérica; algunos, como el mamut y el bisonte,

ASIA

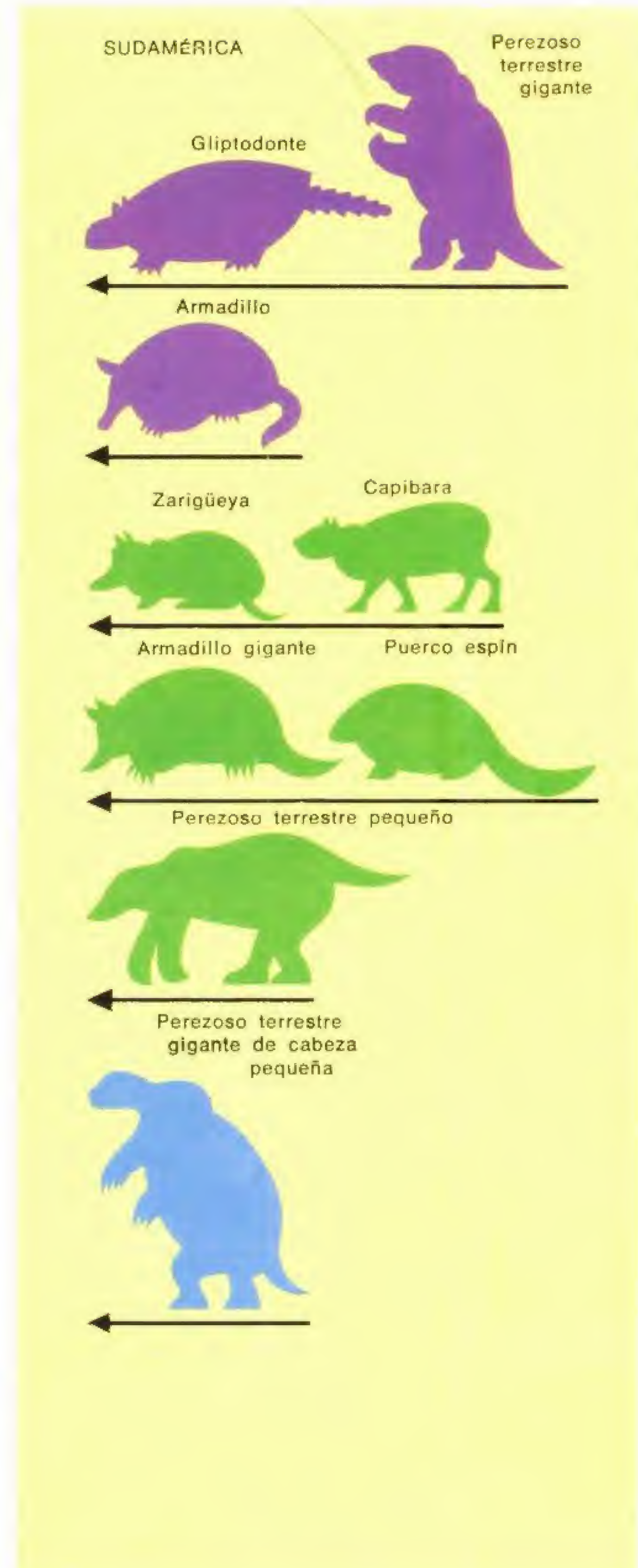
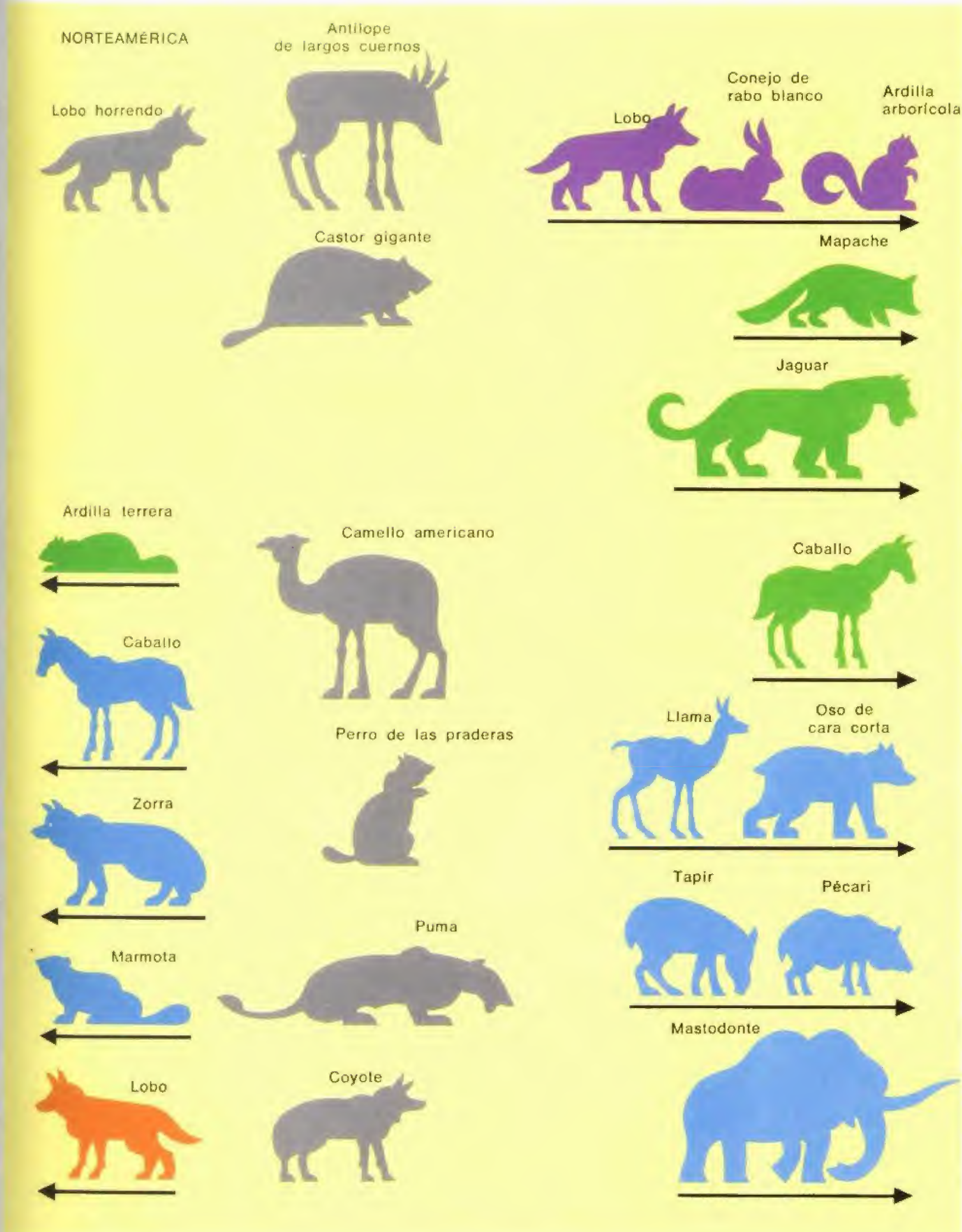


llegaron de Asia, y otros, como el lobo y la zorra, aparecieron en el Nuevo Mundo y con el tiempo se extendieron al continente asiático.

Los colores brillantes indican la época en que cada animal inició su emigración. Abajo, las fechas se han hecho corresponder a las épocas norteamericanas de los mamíferos —hemphilliana, blancana, irvingtoniana y

rancholabreana— según un sistema cuyos nombres corresponden a los yacimientos fosilíferos. Así, por ejemplo, hace entre 600.000 y 1,5 millones de años, en la edad irvingtoniana, el caballo pasó de Asia a Norteamérica para extinguirse allí, y no volvió a aparecer hasta que lo introdujeron otra vez los españoles en tiempos históricos. Los animales que evolu-

cionaron en Norteamérica y nunca salieron de ella aparecen en gris; su posición indica la época en que adquirieron la forma con que se les representa en el cuadro; así, por ejemplo, el antílope de largos cuernos de la edad rancholabreana, hace de 10.000 a 600.000 años, está situado entre animales de color púrpura para indicar su emigración durante esa edad.



más numerosas que una familia, que van de un campamento temporal a otro, a donde los llevan las piezas de caza. En las zonas en que las presas son abundantes y la caza buena, algunos campamentos son ocupados por varias bandas, como bases más o menos permanentes; pero incluso los campamentos más grandes no parecen consistir más que en toscos rompevientos hechos de matas o hierba.

Por mucho que su estilo de vida se parezca al de sus antepasados, estos hombres de las llanuras tienen una enorme ventaja: las afiladas puntas de piedra que son el sello distintivo de su cultura; las puntas de Clovis, al parecer delicadas, son en realidad armas mortíferas, y el pueblo de Clovis las usa para matar al gran mamut lanudo.

Los arqueólogos han hallado pruebas abundantes del efecto mortífero de las puntas de Clovis, clavadas en los restos de mamuts que fueron presas de los cazadores. Las puntas, característicamente, tienen de diez a doce centímetros de largo y son casi perfectamente simétricas. Por su forma se parecen al tercio superior de una bayoneta, con los lados paralelos, o casi paralelos, en la base, y se encorvan para formar una punta aguda. Las superficies están adelgazadas cuidadosamente para aumentar su poder de penetración, pero los agudos filos están embotados cerca de la base de la punta con objeto de evitar que cortaran las cuerdas que las sujetaban a los extremos hendidos de sus varas. Tal vez para permitir un asimiento más firme de las puntas, se adelgazaron aún más las bases cóncavas desprendiendo laboriosamente lascas de ambas superficies, lo que produjo acanaladuras que se extienden de un tercio a la mitad de la longitud de las puntas.

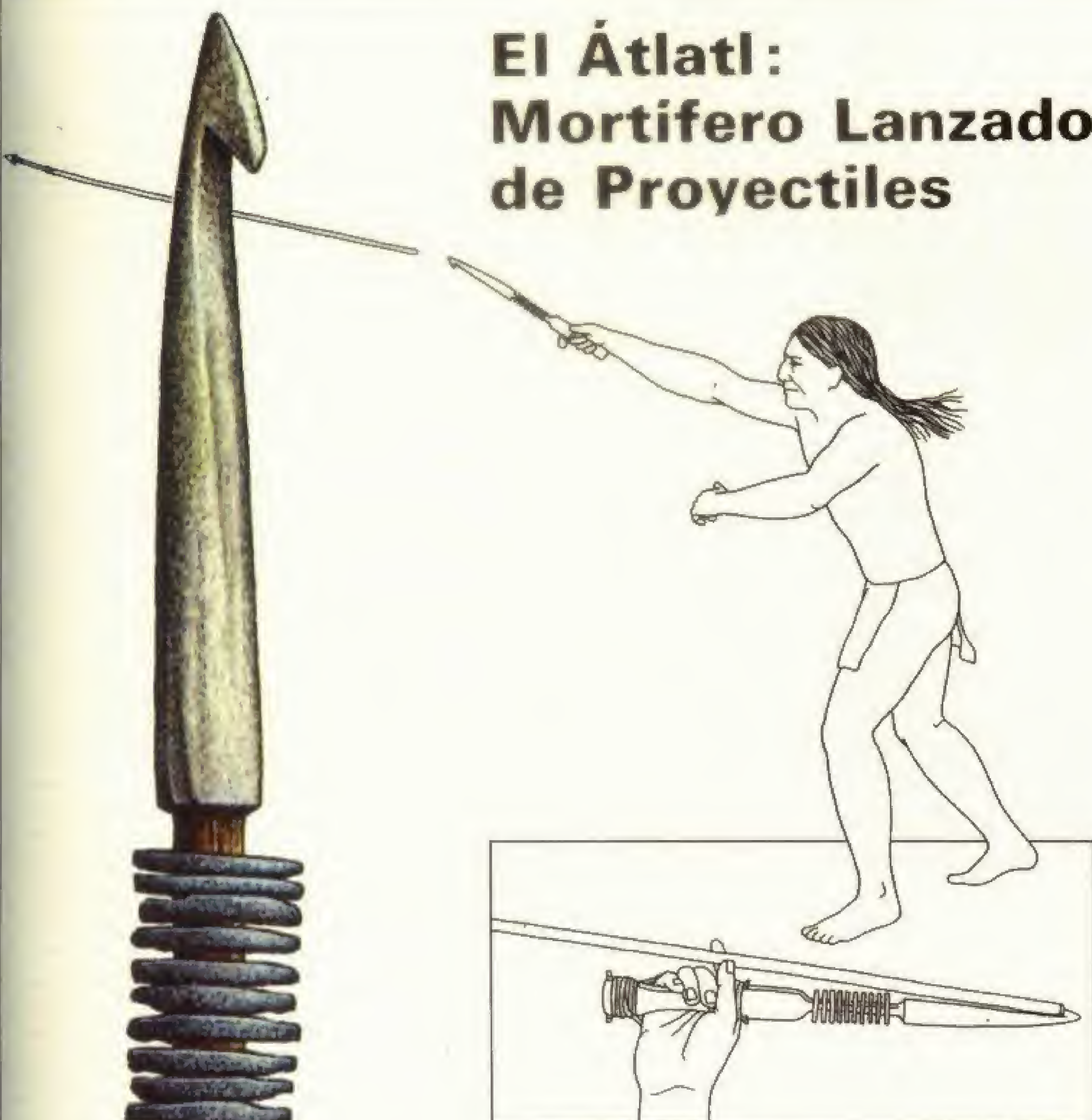
A las puntas suele llamárseles puntas arrojadizas, pero sólo se pueden hacer conjeturas sobre si eran arrojadizos los utensilios o armas de que formaban el extremo cortante. No cabe duda de que son pun-

tas de lanza de alguna especie (son demasiado grandes para ser puntas de flecha y, además, los cazadores de Clovis no conocieron el arco y la flecha), mas no hay prueba directa que indique si las lanzas se usaban principalmente para clavarlas, como lanzas, o para arrojarlas, como venablos. Por inverosímil que parezca, los hombres, a pie y armados tan sólo con ellas, podían matar incluso inmensos mamuts. Así se cazaba a los elefantes en África hasta hace muy poco. Al igual que los modernos cazadores de elefantes, quienes atacaban a los mamuts tal vez se dividían en dos grupos; unos distraían la atención del animal mientras otros arremetían para herirle de cerca el vientre o las piernas.

Pero muchos piensan que los hombres de Clovis rehuían estas luchas tan peligrosamente cercanas y arrojaban sus armas a la presa. Para hacerlo con buen resultado habrían necesitado un utensilio adicional, el sencillo y revolucionario arrojalanzas o átlatl, que permite al hombre disparar su arma desde una distancia relativamente segura, mas con suficiente fuerza para atravesar la dura piel del mamut. El átlatl consiste en un grueso palo o pedazo de hueso, tal vez de medio metro de longitud, a uno de cuyos extremos se le ha dado la forma de un gancho doblado hacia arriba. Para usarlo, se pone la lanza a lo largo del palo, de modo que el gancho encaje en el mango; sujetando el otro extremo del palo, el cazador lo usa como si fuera una prolongación de su brazo para arrojar la lanza con un notable incremento de velocidad, alcance y fuerza de penetración. La ventaja del átlatl se debe a la longitud adicional que da al brazo; como pone la lanza a mayor distancia del pivote del hombro, hace que el impulso para arrojarla recorra un arco más amplio y le da más velocidad. Un escritor ha comparado a un hombre que maneja el átlatl con un lanzador de béisbol cuyo brazo le colgara hasta las rodillas.

Sólo podemos suponer que estos hombres poseye-

El Átlatl: Mortífero Lanzador de proyectiles



Un cazador toma un átlatl por un extremo con la lanza en el gancho, y la arroja.

El invento que revolucionó la caza de los indios no fue una punta perfeccionada de lanza, sino un mango de madera, de apariencia inocente, que tenía un gancho en el extremo (izquierda): el arrojalanzas, al que se suele designar por su nombre azteca de átlatl, el cual permitía al cazador arrojar la lanza con fuerza suficiente para matar grandes animales en vez de acercarse a ellos inadvertidamente para herirlos con su arma.

El átlatl vino a prolongar la extensión del brazo que arrojaba la lanza y, con su acción parecida a la de un látigo, dio a ésta mayor velocidad, aumentando así su alcance y su fuerza de penetración. Los anillos pesados que se ven en el asta del átlatl se agregaban, según se supone, para que el cazador ajustara el tino.

No se sabe si fueron los indios quienes inventaron el átlatl o si lo adquirieron de Asia, pero lo usaron hace más de 10.000 años.

ron el arrojalanzas, pero los indicios arqueológicos indican que el pueblo de Clovis tenía maneras de reducir al mínimo los riesgos de la cacería de mamuts. En primer lugar, casi todos los sitios conocidos en que los mataron son lugares donde la naturaleza del suelo revela la antigua existencia de un lago o una corriente de agua. Los cazadores pudieron haber esperado al acecho, seguros de que los animales acabarían visitándolos para saciar la sed; un elefante actual necesita 190 litros de agua al día y un mamut debe de haber necesitado aún más.

Además, en varios casos hay indicios de que los cazadores atacaron animales que se habían atascado en las orillas pantanosas de un lago. En un lugar cercano a Clovis, los hallazgos tienen una notable semejanza con los desenterrados en Torralba (España), donde hace 300.000 años *Homo erectus* usó también este procedimiento para cazar elefantes. En Torralba, uno de los elefantes de colmillos rectos (ya extinguido) al que se dio muerte, había caído sobre un costado. Los cazadores sólo destazaron y se llevaron el lado expuesto; el esqueleto del lado enterrado en el pantano estaba casi intacto. En el yacimiento de Clovis, fueron los huesos de las piernas de un mamut los que se encontraron intactos; seguían estando verticales, como lo habían estado cuando la bestia se empantanó, en tanto que el resto del esqueleto se hallaba esparcido del tal manera que se veía que los cazadores lo habían destazado de arriba hacia abajo, y lo único que no tocaron fueron las piernas, difíciles de alcanzar.

Con estas pruebas tangibles es fácil reconstruir la escena, hace unos 11.000 años, de un mamut atrapado en el lodo a la orilla de un lago y rodeado por una decena de cazadores de Clovis que lanzan gritos. La gran bestia, alzándose sobre sus atormentadores, deja escapar agudos berridos y agita la trompa y los colmillos de dos metros y medio. Dos cazadores de los más osados lo atacan por atrás pa-

Un Arsenal de Armas Indias

La colección de la derecha indica cómo evolucionaron las armas indias en el transcurso de 12.000 años, en parte como reacción a los cambios en los métodos de cazar. Las dos primeras lanzas tienen puntas llamadas de Clovis y de Folsom —nombres que conmemoran los lugares en que se encontraron— y pertenecen a la época de la caza de grandes animales. Durante ese período, los cazadores arremetían contra los pesados mamíferos terrestres y les clavaban directamente las lanzas; los lisos bordes de las puntas les permitían sacar sin dificultad las lanzas para en seguida herir por segunda vez al animal.

Al crecer la población, aparecieron variaciones regionales. En las llanuras, los cazadores usaban delgadas puntas de Eden y puntas serradas de Dalton. En la región de los Grandes Lagos recurrieron al cobre natural como alternativa de la piedra y le daban forma golpéandolo con un martillo. En otras partes, los indios aprovecharon la abundancia de piedras, como la pizarra, para producir puntas que pulían en vez de descamar y descantillar; la punta pulida que aparece aquí proviene de la costa Noroeste del Pacífico.

Cuando los indios se dedicaron al forrajeo como modo de vivir, crearon métodos de caza más variados, y los tres últimos tipos reflejan ese cambio. Algunos cazadores se acercaban cautelosamente a las rápidas presas y les arrojaban las lanzas en vez de hundirlas en sus cuerpos. Por esta razón, muchas puntas de los forrajeadores, como la de Eva, tenían lengüetas a fin de asegurarlas en la carne. El uso de las lengüetas llevó a hacer muescas laterales con objeto de fijar más seguramente la punta al asta de la lanza. Después del año 1000 a. de J. se introdujo el arco, y apareció una gran variedad de puntas de flecha. El arco y la flecha fueron durante mucho tiempo el arma fundamental de los indios, hasta que los europeos trajeron las armas de fuego.



Clovis

Folsom

Eden

Dalton



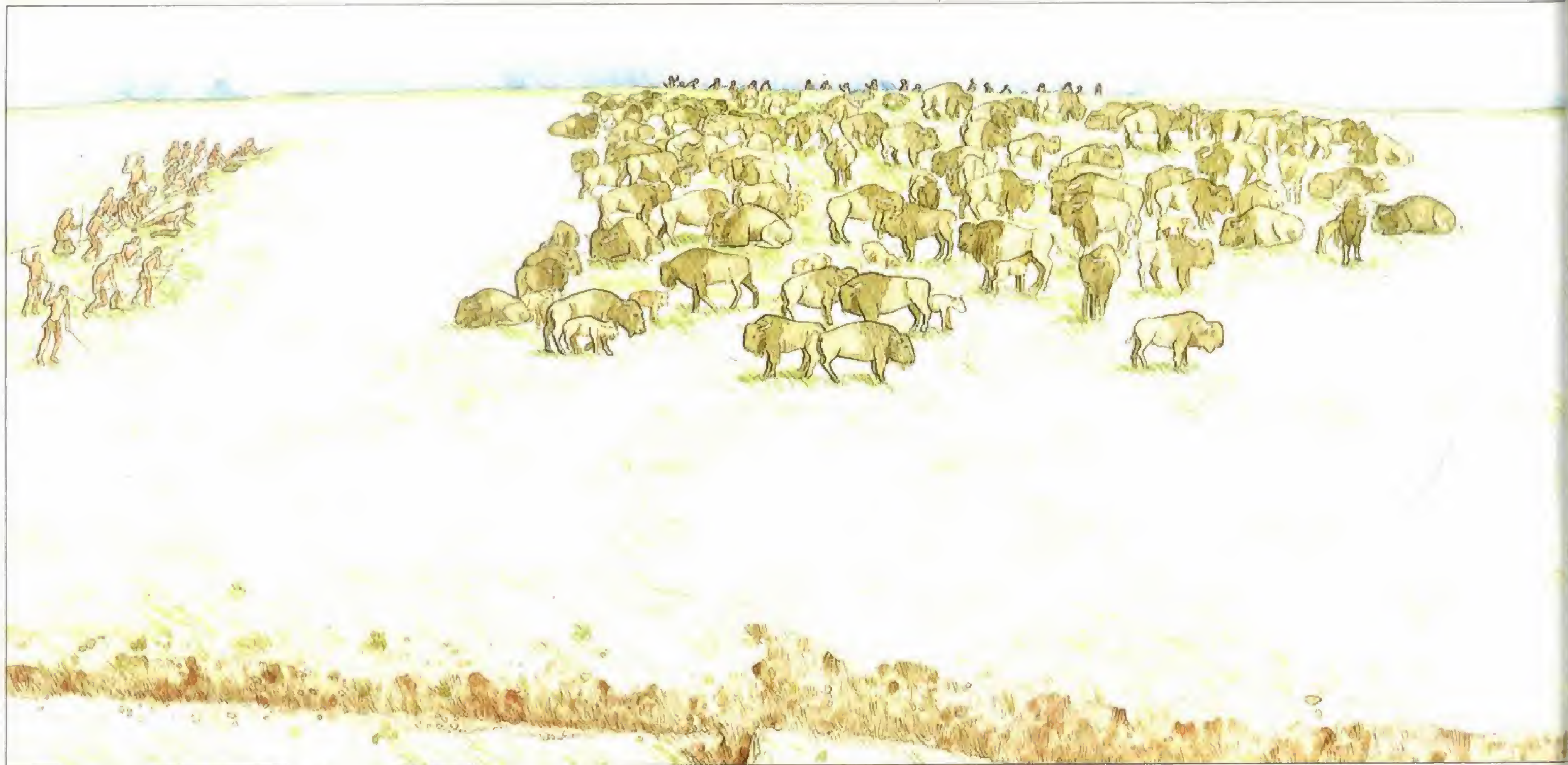
Cobre

Piedra pulida

Eva

Con muescas laterales

Flechas



Tendiendo la trampa a los bisontes, los cazadores se acercan a una manada que pasta en un campo cruzado por barrancos secos. Sólo dejarán

ra acuchillarle los músculos y tendones de las patas traseras. Distráido así el mamut, otros cazadores giran en círculos en su derredor para arrojarle las lanzas al pecho, con la esperanza de atravesarle los pulmones. Por lo menos una punta de piedra acierta, y se van debilitando los destemplados beridos; cuando la bestia herida empieza a desplomarse, los hombres que están cerca de ella hunden profundamente las lanzas en la blanda carne del vientre. Seguros ahora del festín que les espera, los cazadores se retiran a tierra firme para aguardar la muerte del mamut, cuyas patas siguen aprisionadas en el pantano enrojecido por la sangre.

Como los mamuts, si se parecían a los elefantes actuales, han de haber sido animales inteligentes, de seguro no se empantanaban accidentalmente. No es aventurado suponer que los cazadores habían ideado métodos para hacerlos huir hacia las traicioneras orillas de los lagos. En otros sitios, los mamuts parecen haber sido espantados para despeñarlos por

la empinada hondonada de un río, donde, al parecer, quedaban heridos o, por lo menos, entorpecidos en sus movimientos. Y en un lugar, todos los huesos descubiertos son de crías de mamut o de mamuts muy jóvenes, lo cual indica que los cazadores consiguieron separar de la manada a estos animales menos peligrosos y, sin duda, más débiles.

Cualesquiera que hayan sido los métodos del hombre de Clovis, mataba mamuts con bastante frecuencia; por lo menos, sus huesos aparecen muy a menudo con esas puntas de lanza de hechura distintiva. Pero en modo alguno se limitaba a los mamuts; varios lugares contienen también huesos de tipos desaparecidos de caballos, camellos o bisontes. Aunque el mamut constituía, indudablemente, una abundante provisión de comida, su piel ha de haber dejado mucho que desear como material para hacer tiendas o vestidos; no en balde se llama paquidermos —“de piel gruesa”— a los miembros de la familia del elefante, y las pieles de otros grandes

Reconstrucción de una Cacería

Durante la sequía del decenio de 1950, el viento; que arrastró el mantillo de un campo cerca de Kit Carson (Colorado), descubrió los vívidos indicios de una cacería prehistórica: huesos del extinto bison de largos cuernos, amontonados en una barranca y dispersos en las cercanías, mezclados con utensilios de piedra y puntas de lanza cuidadosamente descantilladas. Los arqueólogos que excavaron más tarde en el lugar reconstruyeron una escena asombrosamente completa de la cacería que ocurrió allí hace 10.000 años. Sus hallazgos fueron la base para los dibujos de la izquierda y de las páginas siguientes, que muestran cómo los indios, mucho antes de disponer del caballo, hacían presa de las grandes manadas de las llanuras.

una salida, por una hondonada de 2 m. de profundidad (primer término), en que caerán los bisontes.

animales ofrecían posibilidades de las que carecían las de los mamuts. Los cazadores de Clovis deben de haber usado las de los bisontes, cuyo espeso e hirsuto pelaje podía convertirse fácilmente en prendas de vestir para protegerse del penetrante frío invernal de las praderas. Con el tiempo —como indica la reconstrucción que de una cacería de bisontes hizo un dibujante, la cual se inicia en estas páginas—, los cazadores aprendieron a aprovechar las pieles y la carne de este animal, que acabó convirtiéndose en el principal sostén de los indios de las llanuras.

Que el pueblo de Clovis trabajaba pieles suaves de animales como el bison es algo más que una mera inferencia; varios de los lugares donde estuvieron sus campamentos contienen un número considerable de raspadores de piedra, algunos de los cuales se usaban seguramente para desprender la carne y la grasa de las pieles. Para cortar el cuero y destazar la presa, los cazadores de Clovis tenían cuchillos de piedra, que se fabricaban dando golpes al

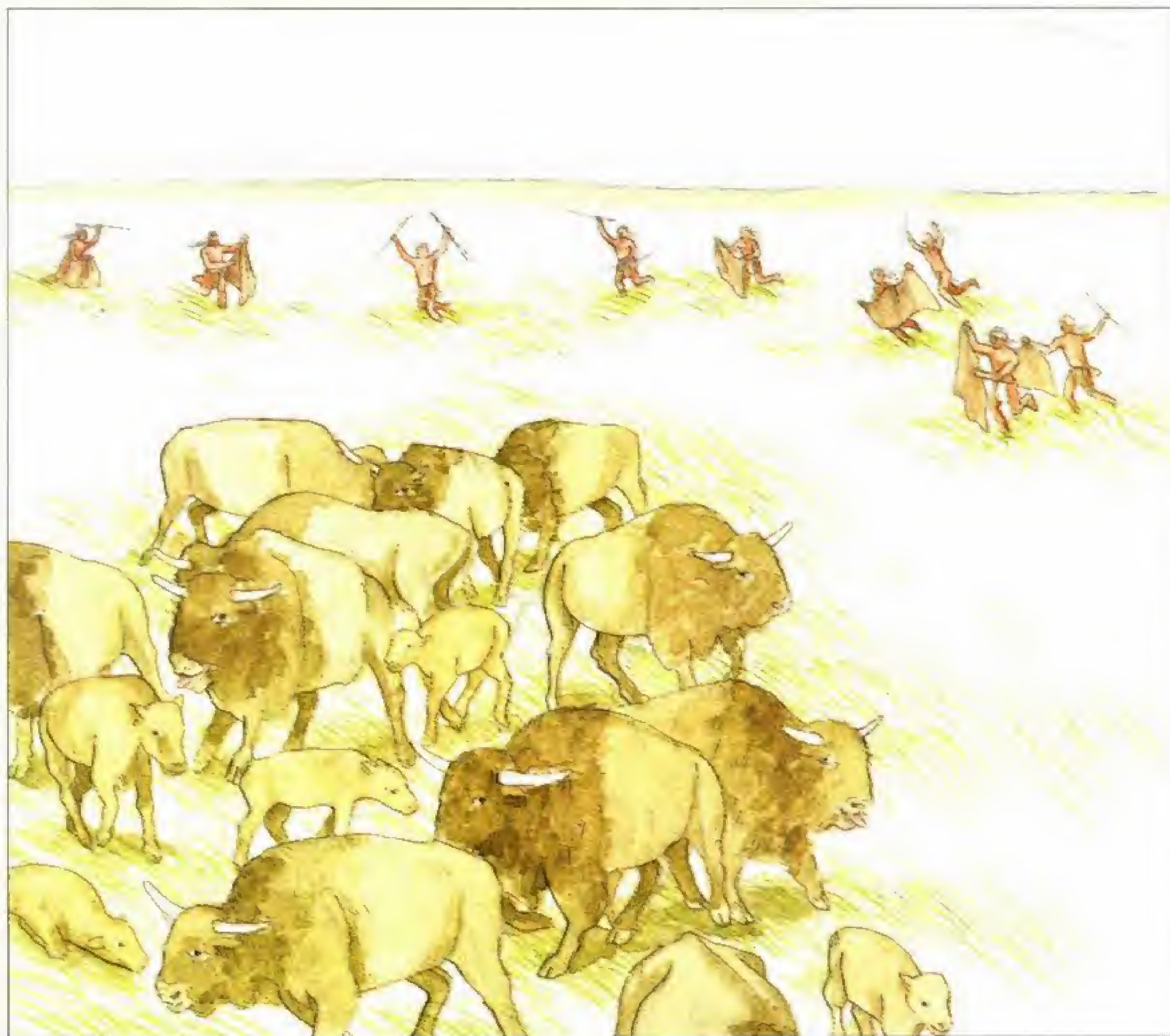
borde de un núcleo de sílex u obsidiana de grano fino, de modo que se desprendían largas astillas u hojas de piedra, con bordes relativamente rectos y tan filosos como los de una navaja de afeitar.

Una de estas hojas de piedra puede despellejar a un animal más rápidamente que si fuese de acero, como lo ha demostrado una prueba. Hace algunos años, un grupo de estudiantes de arqueología pidió a un cazador profesional, llamado Gene Seeley, que matara un oso que había invadido su campamento de Arizona y no mostraba intenciones de irse. Seeley mató al oso, y como se hablara de los utensilios de piedra, los estudiantes le sugirieron que intentara despellejarlo con una hoja de obsidiana. Escéptico, Seeley aceptó y, para sorpresa suya y de quienes lo rodeaban, despellejó al oso entero, con todo y las difíciles garras y la cabeza, en menos de 30 minutos, la mitad del tiempo que habría tardado en hacerlo con un cuchillo de acero. Lo único malo del utensilio de piedra, según dijo Seeley, es que tenía de-



El jefe de la expedición de caza, que ha dado la señal para iniciar el ataque, arroja una lanza de punta de piedra.

En respuesta a la señal del jefe, los cazadores arremeten contra la manada blandiendo sus lanzas, agitando picos y gritando para asustar a los animales



masiado filo y fue necesario ser más precavido que de costumbre para no rebanar la carne.

Nadie sabe cómo eran quienes fabricaron estos singulares instrumentos, pues no se ha descubierto ni un solo fósil humano. Pero hay abundantes muestras de su excelente producción, las cuales narran la historia de un pueblo notablemente próspero.

En todo el territorio de los Estados Unidos han aparecido puntas semejantes a las de Clovis: en el lago Borax de California central; en los desiertos de Nevada y Arizona; en toda la región del Misisipí y al nordeste hasta Nueva Escocia; al sur hasta México y al norte hasta Alaska. Como en el Viejo Mundo no han salido a la luz puntas acanaladas, parecen haber sido una invención americana —quizá la primera—, y tal vez su difusión no representó más que la transmisión de una nueva idea de un grupo cazador a otro. Por otra parte, su distribución en todo el continente podría significar un desplazamiento

del pueblo de Clovis. Es concebible que la creación de un arma de caza especialmente eficaz provocara una explosión demográfica entre los cazadores de grandes animales y los indujera a diseminarse lejos de su patria original —cualquiera que haya sido esta— llevando su punta especializada de lanza a los cuatro rincones de América del Norte.

La difusión de un pueblo o tan sólo del diseño de un utensilio fue extraordinariamente rápida. Todas las puntas cuya antigüedad puede determinarse (muchas han sido encontradas en la superficie, sin indicio alguno de su edad verdadera) parecen corresponder a un período de mil años. Y con la difusión a todo el país del estilo de vida basado en la caza de grandes animales surgió lo que parece haber sido la primera cultura nacional, fenómeno que no volvería a existir hasta después del poblamiento europeo, unos 11.000 años más tarde. Por supuesto, esta cultura no pudo haber estado unificada ni tan siquiera nominalmente; las distancias entre los grupos



Presas del pánico, los bisontes de largos cuernos se vuelven en la sola dirección que está abierta y huyen en ciega estampida.

eran muy grandes, y los diversos habitats demandaban toda suerte de adaptaciones. En las llanuras meridionales, la principal presa de los cazadores era el mamut, pero sólo podemos hacer conjeturas sobre lo que cazaban en otras partes, ya que en ninguna otra región se han hallado puntas del tipo Clovis con huesos de animales. Sin embargo, muchas de estas puntas aparecen en lugares situados en regiones boscosas, y por eso hay una buena posibilidad de que se hayan usado para matar al mastodonte, cuyos enormes restos han aparecido en casi todas las zonas arboladas de América del Norte. En algunas partes de Nueva Escocia (entonces a sólo cien kilómetros de las capas de hielo que se retiraban y, casi seguramente, una tierra parecida a la tundra), el caribú parece haber sido el animal que cazaban.

Los cazadores de hace 11.000 años deben de haber aprendido también a explotar los recursos vegetales de sus variados habitats. Y cuando llegaron a las costas del Atlántico o del Pacífico, probablen-

te acabaron aficionándose a los mariscos y otros diversos animales marinos. Como es seguro que todos sus yacimientos costeros quedaron sumergidos bajo las aguas del mar, cuyo nivel fue subiendo a medida que se fundían los glaciares, la explotación del marisco es casi pura conjetura. Pero no del todo.

En 1967, los científicos del Instituto Oceanográfico de Woods Hole exploraban el fondo del mar frente a la bahía de Chesapeake en el minisubmarino del Instituto, llamado *Alvin*. Estudiaban el litoral continental de la edad de hielo con la esperanza de hallar vestigios del hombre primitivo. En la zona costera, poco profunda, encontraron una serie de colinas submarinas, evidentemente los restos de playas cubiertas de dunas, como las que todavía bordean gran parte de la costa atlántica del sudeste de los Estados Unidos. Y sobre una de estas colinas, a más de 40 metros bajo la superficie del mar, descubrieron un grupo disperso de conchas de ostra, esa clase de indicio del que puede esperarse que de-



Los animales, asustados, se precipitan en la seca barranca, lo bastante ancha y honda para atrapar muchos. Cayendo uno sobre el otro, llenan la barranca para convertirse en un puente que se retuerce, sobre el que pasa el último bisonce.

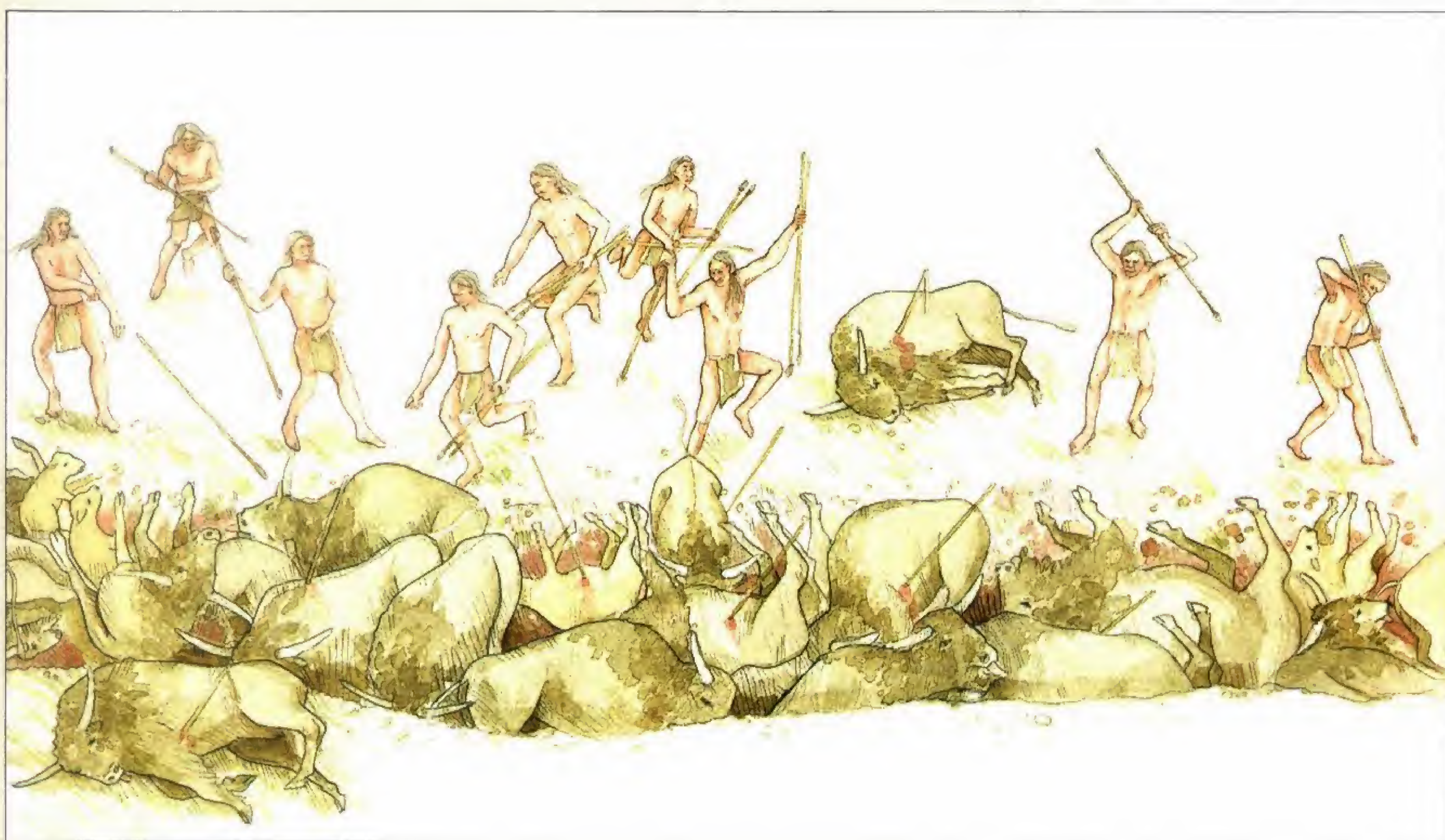
Blandiendo sus lanzas, los indios corren hacia la barranca y matan al bisonce que lucha en la parte superior del retorcido hacinamiento. Muchos de los animales de abajo, aplastados por el peso de los otros, se han asfixiado. Los arqueólogos contaron 193 cráneos.

note la presencia del hombre primitivo". Por lo que se sabe de los cambios posglaciales del nivel del mar, parece probable que el yacimiento descubierto por el *Alvin* haya sido aproximadamente contemporáneo de los lugares en que se han hallado puntas del tipo Clovis cuya edad se ha podido determinar.

A medida que el tipo Clovis de punta de lanza se fue adoptando en Norteamérica, tomó formas locales. Al principio sólo diferían ligeramente del prototipo: algunas tenían forma de embarcación y se angostaban en la base, en tanto que otras tenían forma de pez, pues se angostaban y volvían a ensancharse. Hace unos 11.000 años apareció un cambio más radical de diseño: el tipo que descubrió por primera vez, cerca de Folsom (Nuevo México), el vaquero George McJunkin. Estas puntas, cuya diferencia más notable con las de Clovis es su menor tamaño y la acanaladura que se extiende a casi todo lo largo de la hoja, suelen considerarse el sello distintivo de un pueblo de Folsom, originario de las

llanuras del sur. Pero los hombres de Folsom fueron reemplazados por un grupo que hacía puntas de lanza sin acanaladuras, al que los arqueólogos llaman cazadores de Plano para distinguirlos de los anteriores. Con su llegada se produjeron trascendentales cambios en los hábitos de vida.

La diferencia más notable entre los cazadores de Plano y los de Folsom y sus predecesores de Clovis no está en sus tipos de lanza, sino en los animales que cazaban. En la época del hombre de Folsom, el mamut ya se había extinguido, y su lugar como animal de caza preferido había sido ocupado por el animal norteamericano que desde entonces habría de ser el sostén principal de los indios de las llanuras: el bisonce, que durante miles de años les daría carne; su duro cuero, curtido con los propios sesos de la bestia, les daría vestido y vivienda; su estiércol seco, combustible para alimentar el fuego; los cuernos, e incluso los dientes, se convertirían en utensilios, armas y adornos.

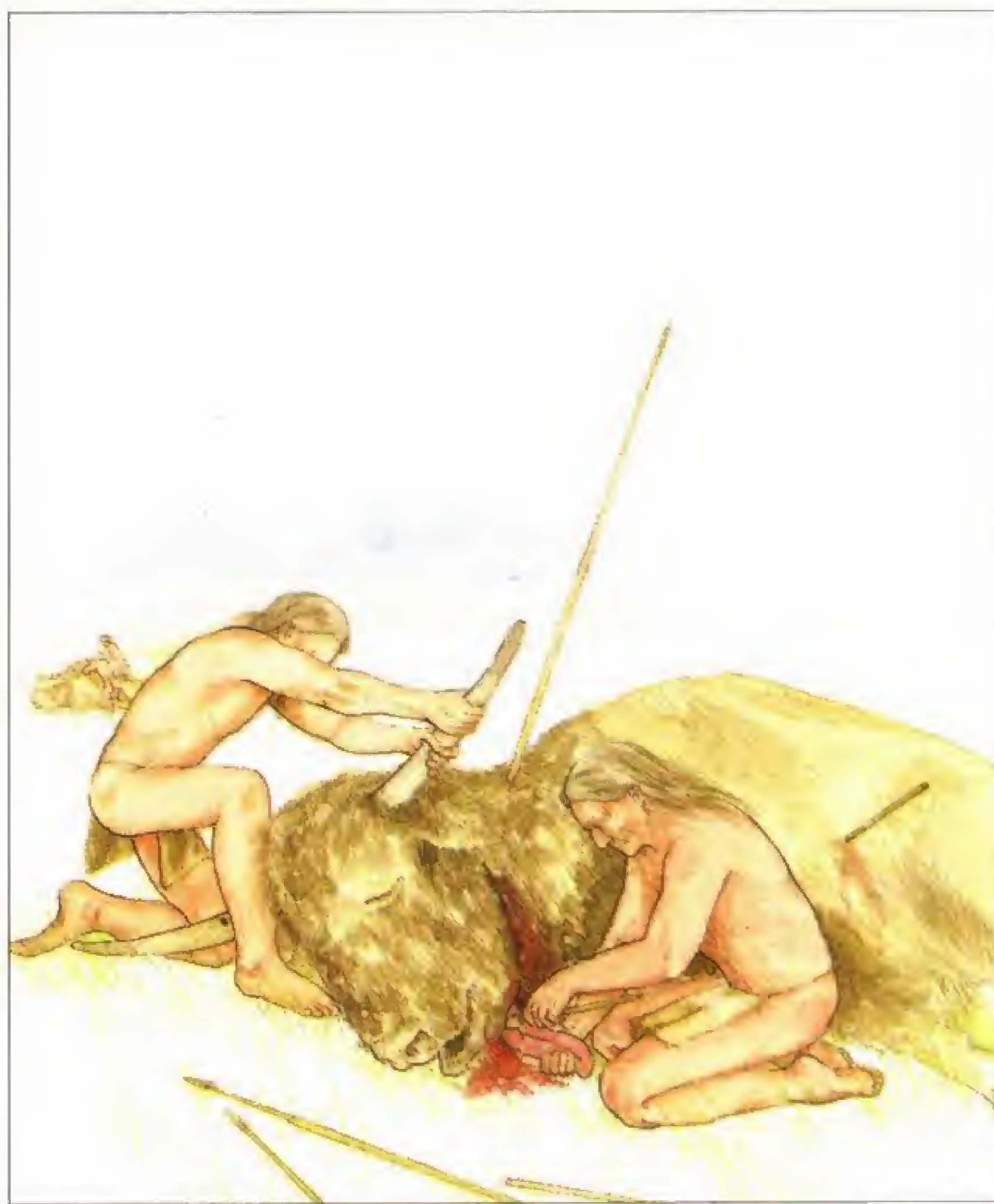


El bison que cazaba el hombre de Folsom era, sobre todo, *Bison antiquus*, animal de largos cuernos que medía 1,80 m. de altura y pesaba una tonelada. Más tarde, la presa principal del pueblo de Plano fue *Bison occidentalis*, un tanto más pequeño, y la especie actual *Bison bison*, aún más pequeña, a la que suele darse el nombre de "búfalo". A estos animales era más fácil matarlos en gran número que a los mamuts, ya que el bison recorría las llanuras en gigantescas manadas, cada una de las cuales podía constar de mil cabezas. En el yacimiento original de Folsom, la disposición de los huesos indica que un grupo de 23 animales quedó atrapado en un barranco sin salida, donde fue sacrificado. Aquí, como en otros "mataderos" de Folsom, lo que deseaban los cazadores parecen haber sido las pieles más que la carne; los restos no están dispersos, como lo habrían estado si los bisontes hubieran sido descuartizados, y faltan casi todos los huesos de las colas, que se desprenden con la piel, la

cual se usaba para hacer abrigo y otros vestidos calientes que protegían del frío a quienes los usaban.

En la época de Plano, a la técnica de rodear animales usada por los cazadores de Folsom se había agregado ya la de espantarlos para hacerlos saltar por un despeñadero o el borde de un barranco, lo cual hacía posible su matanza en gran escala. Este método, como el de rodear a los bisontes, habría de persistir entre los indios de las llanuras hasta bien entrados los tiempos históricos; Lewis y Clark fueron testigos de ello en 1805. Un "matadero" de la época de Plano descubierto cerca de Kit Carson (Colorado) indica que el método había permanecido esencialmente el mismo durante muchos miles de años. Aquí, hace unos 10.000 años, un grupo de cazadores espantó una manada de bisontes hasta un barranco de cuatro metros de anchura, trampa natural que había comenzado siendo un sendero por el que iban los bisontes a beber, y después, por la erosión del terreno en algunos lugares, alcanzó una pro-

Terminada la matanza, cinco cazadores unen sus fuerzas para sacar un bisonte de la barranca. cada uno pesaba más de una tonelada, y a muchos de ellos fue necesario dejarlos en la barranca, donde habían muerto. En cuanto sacan el bisonte, un hombre le levanta la cabeza mientras otro le abre el cuello (derecha) y le corta la lengua, la parte mas sabrosa, que los cazadores decoraban cruda. Luego ponían el cuerpo sobre el vientre para abrir la piel del lomo y llegar a la grasa.



fundidad de dos a dos metros y medio. Tan abundantes fueron los hallazgos del yacimiento, que permitieron reproducir la cacería para este libro en una serie de dibujos detallados (páginas 44 a 53). Las excavaciones revelaron, entre otras cosas, que la cacería ocurrió a fines de mayo o principios de junio, pues entre los esqueletos desenterrados hay algunos de crías muy pequeñas, que suelen nacer en esa época del año. Los restos revelaron incluso la dirección en que soplabla ese día el viento: muchos animales, amontonados en el fondo del barranco, de donde era difícil que los sacaran los indios para destazarlos, estaban como habían caído, mirando al sur, y ello indica que de ese lado soplabla el viento que permitió a los cazadores acercarse inadvertidos para espantarlos. Además, algunas puntas de piedra halladas entre los esqueletos al este de la trampa revelaron que unos cazadores armados con lanzas, apostados al norte y al oeste, habían impedido que los bisontes dieran vuelta y escaparan.

Los montones de huesos demuestran que el pueblo de Plano eran tan hábil para destazar como para cazar. Habían cortado sistemáticamente en pedazos varios bisontes a la vez; después de arrancar la carne de los huesos, desechaban éstos en el mismo orden en que los habían sacado del animal muerto. Los del fondo eran de patas delanteras; sobre ellos había cinturones pélvicos y patas traseras; después venían espinas dorsales, de las que habían desprendido casi todas las carnosas costillas del pecho, y encima de los montones estaban los cráneos. Esparcidos entre los montones había huesos de lengua de bisonte, lo cual indica que los cazadores —siguiendo una práctica común entre los indios posteriores de las llanuras— habían cortado las lenguas y se las habían comido mientras trabajaban.

La creación de técnicas especiales para la caza en gran escala entraña un importante adelanto social entre los cazadores: la unión —por lo menos duran-



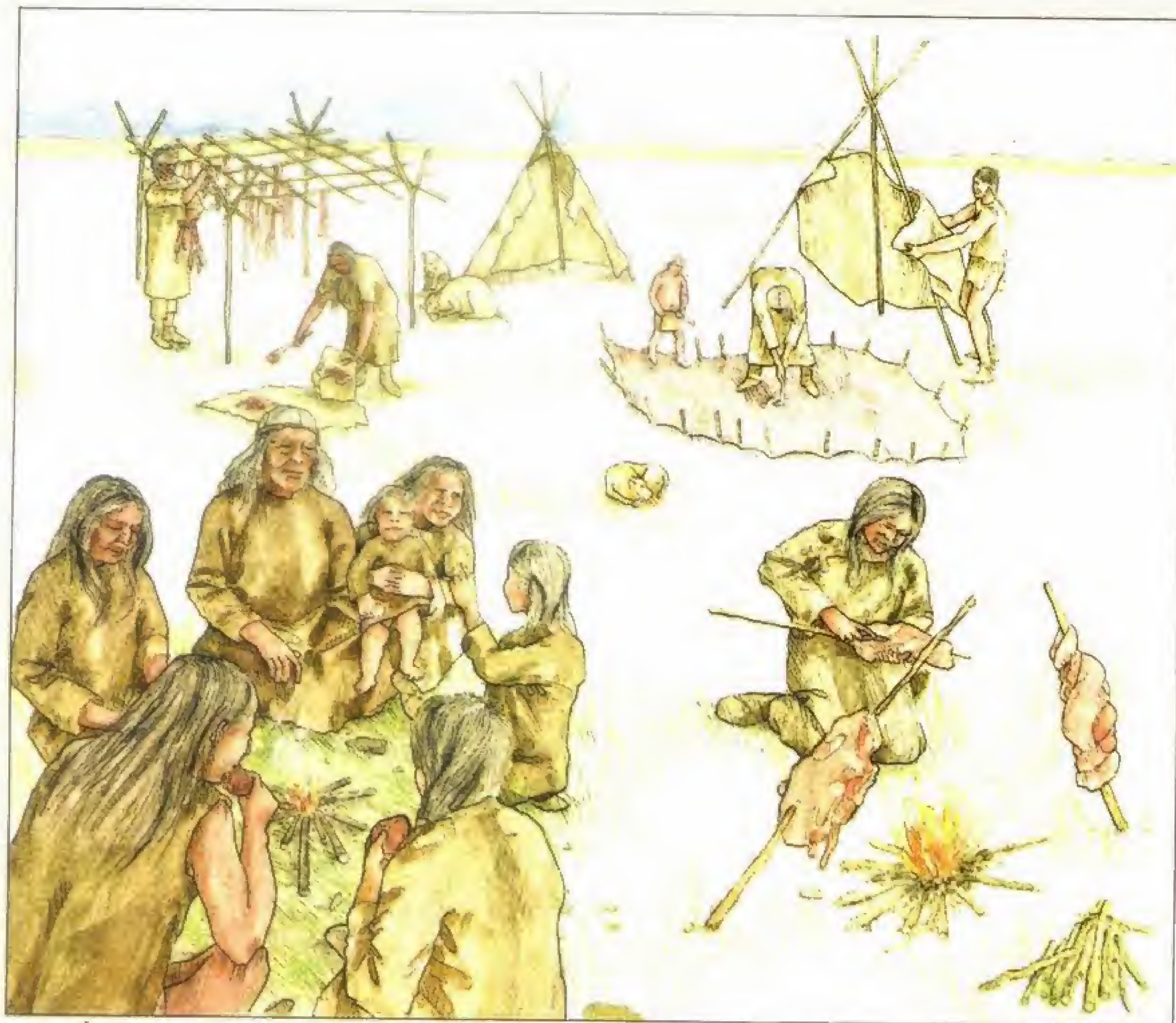
En pleno dsecuartizamiento, los cazadores se apiñan sobre los sanguinolentos cuerpos. Los seis del centro, que han cortado la piel de la espina con sus hojas de sílex,

tiran de ella para descubrir la joroba y las costillas. Detrás, otros amontonan la carne sobre una piel, mientras otro, con los brazos en alto, arroja un hueso a la barranca.

te la temporada de caza— de grandes agrupamientos sociales. Más o menos una decena de cazadores, quizá miembros de un solo grupo emparentado, habría podido matar a un mamut o un solo bisonte; pero la batida de búfalos en masa indica la cooperación de varias decenas de individuos, por lo menos. Los arqueólogos que trabajaron en Kit Carson calculan que aquí deben de haberse obtenido algo así como 27.000 kilos de carne; creen que se habrían necesitado no menos de 150 personas para llevarse incluso la tercera parte de esa cantidad.

Aunque el pueblo de Plano seguía dependiendo de la caza, también parece haber recurrido cada vez más a las plantas para obtener alimento. El descubrimiento de losas y piedras de moler en los yacimientos de la época de Plano en el Oeste y el Medio Oeste, desde Nuevo México hasta Missouri, indica que en esos tiempos las plantas alimenticias silvestres se habían convertido en parte muy importante de la base de subsistencia de la comunidad.

¿Por qué estos cambios en los hábitos de la alimentación? La respuesta está vinculada a uno de los enigmas más acaloradamente discutidos de la prehistoria americana: la desaparición del mamut y de otros muchos grandes animales norteamericanos de caza. Hace entre 6.000 y 12.000 años —época que vio la aparición de los cazadores de Clovis, Folsom y Plano—, misteriosamente se extinguieron en América del Norte más de cien especies de mamíferos, entre ellos el mamut, el mastodonte, el caballo y el camello, los grandes perezosos terrestres y todos los bisontes, menos la variedad actual. (Para el caballo, fue la segunda extinción en América: los tipos americanos originales habían desaparecido hacia la época en que los tipos actuales —descendientes de emigrantes americanos— cruzaron el puente terrestre desde Asia, y estos inmigrantes modernos desaparecieron luego en la época de Plano, dejando al Nuevo Mundo sin caballos hasta que los volvió a traer Hernán Cortés en 1518.) En ese mismo lapso



Para celebrar la matanza, los cazadores y sus familias se reúnen en el campamento, donde levantan las toscas viviendas de cuero envuelto sobre unos palos. Mientras hombres, mujeres y niños devoran carne de bisonte, otros indios raspan un cuero extendido y cuelgan tiras de carne en las pértigas para que se sequen. La carne curada al sol servirá de ración ligera hasta la próxima cacería.

Preparándose para marchar, un cazador y su esposa envuelven la carne seca y su equipo en cueros, y atan los bultos en una narria, rastra tirada por perros. Los postes usados para las viviendas y las pértigas dan los palos para la narria. En el fondo, una mujer lleva un bulto sobre la espalda, usando una banda sobre la cabeza para sostener la carga.

se produjeron también cambios climatológicos importantes. Con la retirada final de las capas de hielo, el clima generalmente frío y húmedo que había prevalecido a fines de la época glacial fue sustituido en muchas regiones por condiciones más calientes y secas, que se parecían a las de la actualidad.

Estos animales, ¿fueron exterminados por el hombre, por el clima, o por ambas cosas? Quienes atribuyen al hombre la culpa de haber acabado con los animales de caza por la matanza prehistórica excesiva no creen que los solos cambios climatológicos puedan explicar satisfactoriamente su extinción. Para usar las palabras del profesor Frank C. Hibben, del Departamento de Antropología de la Universidad de Nuevo México, nada habría impedido que los animales "siguieran al hielo que se retiraba hasta encontrar el tipo de vegetación y el clima que deseaban. Si Newport es frío en el invierno, se va uno a la Florida. Si Washington resulta demasiado caluroso en el verano, se va uno a Maine".

Más importante que el clima, dicen los defensores de la teoría de la matanza excesiva, es el hecho de que muchos de los animales extinguidos no sólo eran grandes, sino también gregarios, precisamente las especies que habrían atraído a los cazadores y habrían sido más vulnerables a sus métodos de caza, cada día más refinados y eficaces. Los expertos arguyen que la invención de métodos de matanza colectiva tales como el del despeñamiento, que destruía muchos más animales de los que era posible aprovechar, pudo muy bien haber reducido a cero las probabilidades de que una especie se salvara una vez que había llegado al borde de la extinción.

En cambio, quienes exoneran a los antiguos cazadores hacen notar que entre los mamíferos norteamericanos hubo extinciones parecidas, si bien menos espectaculares, mucho antes de que llegara el hombre. Quizá en algunos casos, como el del mamut, los cazadores dieron el golpe de gracia a una especie que, por razones todavía oscuras, estaba ya

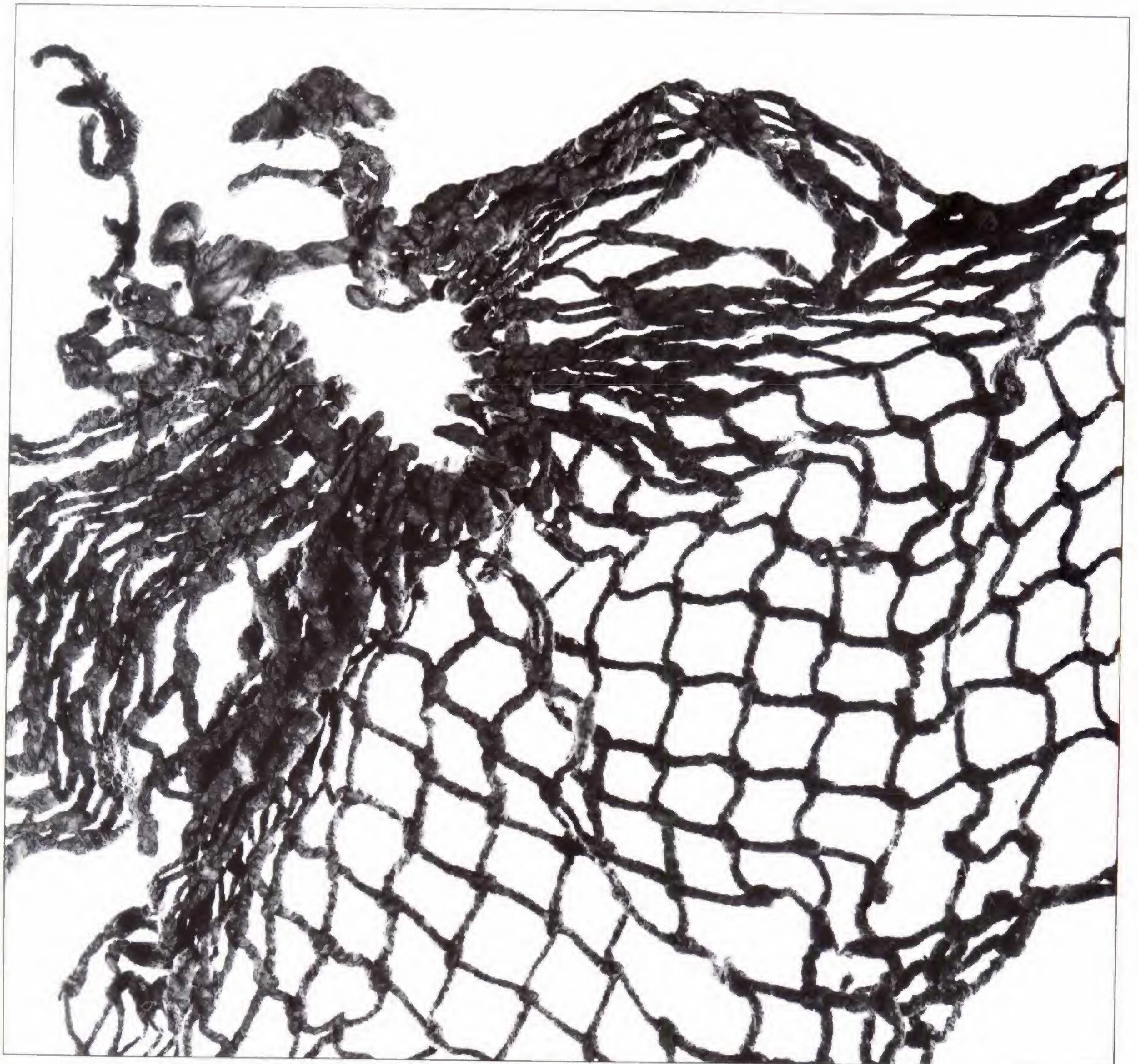


en peligro de desaparecer. Pero si se desvanecieron el mamut, el bisonte de largos cuernos y otros animales de caza gregarios y de gran tamaño, sobrevivieron otros igualmente grandes y no menos gregarios, entre ellos el bisonte actual, al que en la época de Plano se le cazaba por el método del despeñamiento, y todavía en el siglo XIX seguía haciéndose lo mismo. En efecto, el bisonte sobrevivió en millones incluso después de que los cazadores indios adquirieron armas de fuego. Los animales casi se extinguieron en el siglo pasado, pero sólo cuando las partidas de cazadores blancos se propusieron deliberadamente acabar con ellos como medio para exterminar a los indios, pues de ese modo reducían sus recursos alimenticios y los mataban de hambre.

Cualquiera que haya sido la forma en que sobrevivieron las extinciones —a manos del hombre solo o con ayuda de la Naturaleza—, anunciaron importantes cambios en el estilo americano de la vida pre-

histórica. Una razón que suele proponerse para explicar el creciente uso de los alimentos vegetales es la escasez de animales de caza que siguió a la ola de extinciones. Otra, relaciona la aparición del forrajeo con la presión demográfica. La diseminación de los pueblos errantes durante la época de Clovis parece haber proseguido en los períodos de Folsom y de Plano. El resultado habría sido el de poner límites más estrechos a las errantes correrías de las partidas de caza. Ya no podían seguir a los animales a donde fuesen, como habían hecho los cazadores de grandes animales; ahora, a la larga llegarían a los terrenos de caza de otra partida, que los habría repelido. Por necesidad, cada grupo habría tenido que arreglarse con los recursos que le ofreciera su territorio, y compensaría la limitación de sus fronteras con la explotación más intensiva de las plantas y animales de su región. Cuando los cazadores no pueden cazar libremente, no les queda más remedio que volverse forrajeadores.

Capítulo Tercero: Forrajeadores en la Plétora



Aunque los primeros americanos que dejaron vestigios claros eran, fundamentalmente, cazadores de grandes animales, como mamuts y bisontes de largos cuernos, el continente por el que se diseminaron ellos y sus descendientes contenía una increíble riqueza de otros recursos alimenticios, tanto animales como vegetales. Incluso después de que se extinguieron algunas de las bestias más grandes, las llanuras siguieron dando sostén a una enorme población de antílopes y bisontes de tamaño respetable, y en las montañas abundaban venados, osos, castores, zorras, pavos y centenares de otras especies de caza menor. Ríos y lagos rebosaban de peces y, a su tiempo, atraían parvadas de aves acuáticas que oscurecían el cielo. Las costas ofrecían una provisión inagotable de peces y mariscos, aumentada en algunos lugares con nutrias marinas, focas, marsopas y ballenas. En todas partes, incluso en las regiones desérticas donde no abundan los animales de caza, había por lo menos algunos alimentos vegetales para quien quisiera tomarlos: frutas y bayas silvestres, nueces, raíces y semillas comestibles de muchas clases. Así, sin agricultura, los antiguos indios pudieron vivir bien incluso después de que desaparecieron el mamut, el mastodonte, el bisonte gigante, el lobo horrendo y el perezoso terrestre.

Es indudable que los cazadores de grandes animales se conformaban a menudo con alimentos menos espectaculares. La prueba aparece entre los huesos de mamuts y bisontes, alimento principal de los

primeros americanos: en los yacimientos de Clovis hay también restos de caballos y camellos, y los campamentos de Folsom han dado huesos de zorra y venado. En los de los cazadores de Plano hay piedras con forma para moler, lo cual demuestra que variaban su alimentación de carne con algún producto vegetal preparado. Tal vez todos estos pueblos cazadores dependían de los alimentos vegetales más de lo que indican los restos de sus comidas; los huesos desechados después del festín de una cacería pueden sobrevivir miles de años, pero los desperdicios vegetales se descomponen en unas semanas.

El cambio del estilo de vida concentrado en la caza mayor a una economía más amplia basada en la explotación de varios alimentos vegetales y animales —el forrajeo en oposición a la caza— es más claro en la etapa de la prehistoria norteamericana llamada arcaica, que culminó hace unos 7.000 años.

En los conjuntos de utensilios dejados por los pueblos de la época arcaica se pone de manifiesto que fue un cambio de grado más que de especie. En casi todos ellos sobresale todavía la punta de lanza del cazador, mas ahora hay una gran variedad de utensilios. Se hace patente el refinamiento técnico en los útiles especiales para pescar con lanza, con anzuelo, con red y con trampa. La piedra misma encuentra un amplio uso en una forma nueva: utensilios que se hacen por frotación en vez de descantillarlos. Este cambio en el método de fabricación fue mucho más que un refinamiento, pues amplió en gran manera la variedad de materias primas que se podían usar para fabricar utensilios. Casi cualquier piedra bruta, como el basalto, podía ahora transformarse en un hacha útil, en tanto que un material fácilmente resquebrajable, como la pizarra, que no se puede descantillar como el sílex, podía desbastarse hasta formar una punta de lanza aceptable, y las piedras blandas podían ahuecarse para hacer vasijas. Y de este período proviene la primera

Descubierto en una cueva del oeste de Utah, este fragmento de una bolsa de red, de 6.000 años de antigüedad, evidencia el ingenio del hombre prehistórico en América cuando dejó la caza mayor para dedicarse al forrajeo de plantas y animales pequeños. Los habitantes del desierto tejieron la bolsa con fibras de los tallos del vencetósigo y tal vez la usaban como bolsa de compras para los alimentos que recogían.

prueba del uso difundido de varias invenciones significativas: embarcaciones, cestas tejidas, además de telas, e incluso algunos objetos de metal.

Muchos de estos grandes saltos en la tecnología parecen haber ocurrido hace unos 9.000 años. De Danger Cave, en el borde occidental del Gran Desierto Salado (en Utah), proviene una sorprendente variedad de artefactos. Hay dardos, leznas, piedras de moler y discos de mica. Lo más significativo para un pueblo forrajeador, que necesita recipientes de poco peso para recoger semillas y nueces, son los restos de cuerdas entrelazadas y enrolladas, indicio casi seguro de que los habitantes de Danger Cave sabían tejer cestas. Como ordinariamente éstas se desintegran en poco tiempo, muy bien pudo suceder que los indios aprendieran bastante antes el arte de tejerlas; en opinión de algunos expertos, fueron el primer pueblo del mundo que dominó este inestimable arte. Y con el uso de un nuevo material, el cobre, los antiguos indios dieron los primeros y vacilantes pasos hacia la edad de los metales.

El número y diversidad de los utensilios, y los cambios que produjeron en el modo de vivir de sus dueños, variaban según el lugar donde vivieran. En todas partes, el ambiente fue el factor determinante. En los desiertos del oeste, los recursos eran más escasos; los hombres se veían obligados a llevar una existencia nómada a fin de encontrar suficiente alimento para sobrevivir, y sus posesiones se limitaban en gran parte a lo que podían cargar sobre las espaldas. En las regiones más ricas, como algunas tierras boscosas del este, la disponibilidad de recursos más abundantes hizo posible la aparición de pequeños poblados, campamentos de base más o menos permanentes para las extensas expediciones de forrajeo, y también condujo a la acumulación de un mayor número de utensilios. Y en una región, la costa del Noroeste, la combinación de los espléndidos recursos naturales y una tecnología muy efi-

ciente para aprovecharlos produjo con el tiempo aldeas verdaderamente permanentes, con todo y casas de tablas, canoas de guerra de más de 15 metros impulsadas por canaletes, pinturas y tallas decorativas, y una vida ceremonial muy complicada; aquí, en lo que hoy son Oregón, Washington, el sudeste de Alaska, la Columbia Británica y el norte de California, prosperó una de las sociedades preagrícolas más ricas que haya conocido el mundo.

La primera prueba de la transición de la caza mayor a la vida de forrajeo proviene del país desértico que se encuentra entre las Rocosas y las cordilleras de Sierra Nevada y las Cascadas. Esta inmensa región, donde probablemente nunca fueron numerosos los animales de caza, es en su mayor parte una altiplanicie y comprende lo que hoy son los estados de Nevada, Utah y Arizona, y partes áridas o semi-áridas de Oregón, Idaho, California, el oeste de Nuevo México y gran parte del México septentrional. Es uno de los habitats más rigurosos de América del Norte, que impone severas limitaciones a la existencia humana. Las grandes cordilleras del oeste y el este, cuyas cimas llegan a 4.200 metros de altura, atajan casi toda la humedad que viene del Pacífico y sube del golfo de México. En la altiplanicie intermedia, la precipitación es, por término medio, de 250 milímetros al año, y no mucho mayor en lo alto de las montañas que cierran la meseta formando cadenas montañosas de norte a sur.

Aunque en la región hay algunos grandes ríos —el Snake al norte, el sistema Green-Colorado-Gila al sur—, estas vías fluviales corren por gargantas escarpadas (de las que el Gran Cañón del Colorado, con su kilómetro y medio de profundidad, es la campeona), y por estar aisladas del terreno circundante se reduce al mínimo su influencia general sobre la vegetación, así como su accesibilidad para el hombre. En otras partes, los ríos descienden de las

montañas tan sólo para perderse en la arena del desierto o en "sumideros" estancados; a menudo desaparecen completamente en la temporada de calor. Sólo hay algunos lagos, y la mayoría son salobres o, como el Gran Lago Salado, más salados que el mismo océano; algunos desaparecen temporalmente después de varios años seguidos de sequía.

La vegetación varía un tanto de norte a sur, pero mucho más con la altitud y la proximidad del agua: cañas, juncos, hierbas, sauces enanos y algún chopo en las orillas de lagos y ríos; artemisas, orzagas y mechones diseminados de hierbas resistentes en las planicies secas. En los desiertos del sur hay cactus que van desde el tamaño de un alfilerero hasta el majestuoso saguaro, que alcanza nueve metros o más de altura. En las montañas hay bosquecillos de piñoneros y enebros, que ceden el lugar, en los picos más altos, a bosques de pinos de Murray, praderas alpinas y, finalmente, campos de nieve eterna.

Según los geólogos, esta región abrupta fue en un tiempo un poco más húmeda, y tenía más vegetación y animales salvajes que hoy. La vida animal estaba entonces diversificada: algunos bisontes y alces en las partes más favorecidas del norte y el este, mas en otras partes, nada mayor que el venado y la oveja montés en las laderas de las altas montañas; más abajo, el animal más grande era el antilocapra; pero los animales más comunes eran especies tan modestas como el conejo, la marmota, el perro de las praderas y la rata de los bosques. Sólo rara vez, en condiciones excepcionales, abundaban estos animales lo bastante para constituir algo más que una pequeña parte de la alimentación del hombre prehistórico; en su mayoría, los habitantes del desierto tenían que comer lo que pudieran encontrar.

El indicio más antiguo de esta alimentación ecléctica se encontró en Ventana Cave, al sur de Phoenix, en el desierto de artemisas, yucas y cactus de la Arizona meridional. Quienes vivieron en esta

cueva eran parientes de los cazadores de Clovis: en los estratos más profundos, que se remontan a hace unos 10.000 u 11.000 años, se halló una pequeña punta de Clovis. Pero, a diferencia de sus vecinos cazadores de mamuts, los de Ventana Cave no eran cazadores de grandes animales; muchos de los huesos hallados con sus armas son de animales pequeños, como venados, coyotes, pécaris y tejones.

Estos hombres ya habían aprendido a aprovechar lo más común de la vegetación del desierto: semillas de hierbas y arbustos. En uno de los niveles inferiores de la cueva había una piedra relativamente plana, con la superficie un poco cóncava. Parece una piedra de moler y, probablemente, es el ejemplo más antiguo del utensilio que constituye el sello distintivo de la mayoría de los forrajeadores norteamericanos. Las semillas de las hierbas, indigestibles cuando están crudas, podían molerse con esta piedra y cocerse para hacer gachas y el pan sin levadura que todavía hoy es el sostén de muchos hombres en los desiertos sudoccidentales.

En otras excavaciones no sólo se han encontrado piedras de moler casi tan antiguas como la de Ventana Cave, sino también vestigios de cestas, el utensilio que satisface la necesidad que tienen quienes comen semillas, de contar con útiles de cocina y recipientes fácilmente transportables para la recolección de los productos silvestres. Con utensilios de piedra para moler y cestas tejidas de poco peso, los recolectores del desierto disponían ya de los instrumentos fundamentales para explotar los alimentos que les ofrecía el medio.

En los pueblos que son esencialmente cazadores, las semillas constituyen un recurso de reserva cuando escasean los animales. Y en el desierto norteamericano, los animales, generalmente pequeños, escaseaban a menudo, de modo que la economía de sus habitantes acabó concentrándose en gran parte en las semillas. Entre las semillas recogidas en ces-

tas figuraban las de plantas tales como el almarjo, el girasol y la yuca, y por su tamaño iban desde las bellotas de algunos lugares relativamente húmedos hasta las pequeñísimas semillas del maíz de Guinea del desierto. Colocadas en la superficie de una piedra de moler y trituradas con una piedra pequeña en forma de bollo, las semillas se reducían a una harina gruesa, con la que luego se hacían tortas que se cocían en las cenizas o se hervían en cestas impermeables, en las que se introducían piedras calientes, hasta que formaban una pasta muy blanda. Este primitivo equipo dio los prototipos del metate y la mano que todavía se usan comúnmente en el México rural para moler el maíz cultivado.

Quienes vivían de semillas y de caza menor ocuparon rápidamente toda la región árida y semiárida del oeste de las Rocosas, desde Oregón hasta México. Posteriormente apareció una agricultura simple en el sur de esta región, pero al norte del río Colorado, donde las rigurosas condiciones geográficas y climáticas tendieron a limitar el progreso y propiciar las tendencias conservadoras, el forrajeo persistió sin cambios radicales desde el año 7500 a. de J., por lo menos, hasta los tiempos históricos. Los shoshones, utes y paiutes, confinados por sus fuertes enemigos en la Gran Cuenca —zona agreste que comprende el Gran Lago Salado de Utah, los eriales de Nevada y el valle de la Muerte (California)— eran todavía forrajeadores miserables cuando los encontraron los exploradores blancos. Las descripciones de sus hábitos, complementadas con los indicios que dan los materiales descubiertos por los arqueólogos, permiten reconstruir la vida de los predecesores —o tal vez antepasados— prehistóricos de las tribus del desierto.

La escena: el rincón nordoccidental de lo que hoy es Utah, donde el llano país desértico se funde con las escarpadas y desnudas montañas. Está comen-

zando la primavera, hace unos 4.000 años. Una banda de hombres del desierto baja del valle montañoso donde ha pasado el invierno con otras bandas, todas ellas emparentadas por la sangre o el matrimonio, que constituyen una tribu sin mucha cohesión en su estructura. Durante el invierno, los oleosos y aromáticos piñones han sido su principal sustento. Pero ahora se ha agotado su reserva de piñones, y cada banda ha de buscar comida en otras partes. Al igual que los otros grupos, el que descende de la montaña es poco numeroso, pues no comprende más de 20 ó 30 personas formando una sola gran familia con individuos de todas las edades: arrugados ancianos, vigorosos adultos y pequeños atados a la espalda de sus madres. A su lado corren los perros, que han sido domesticados desde hace unos 6.000 años y sirven de valiosos auxiliares en la caza, para eliminar los desechos del campamento y advertir la presencia de depredadores animales o humanos, y, además son fuente de comida.

El sol resplandece y la banda se acerca al fondo del desierto, pero en estos primeros meses del año, durante gran parte del día aún flota en el aire el frío invernal, por lo que hombres y mujeres se envuelven en mantas o abrigo de piel; para protegerse del pedregoso suelo del desierto llevan sandalias de juncos tejidos, ya que es difícil conseguir cueros para hacer mocasines.

Cuando llegan a la orilla de un río pequeño y poco profundo —el único que hay en su territorio—, establecen un campamento temporal. Los hombres sacan cordeles y anzuelos de hueso de sus morrales, ponen cebo de carne y los arrojan en las rebalsas más hondas para buscar truchas, chupadores o barbos. Mientras tanto, las mujeres cortan brotes tiernos de cardos, berros, calabazas indias y trébol para hacer una comida de verduras que la tribu ha echado de menos todo el invierno; otras sacan sus puntiagudos bastones de cavar para desenterrar ri-

zomas aún tiernos de las eneas que bordean las partes más cenagosas de las márgenes. Lejos del río, algunos adolescentes incitan a los perros a espantar una o dos liebres que puedan usar como blancos de práctica para sus palos arrojadizos y para los dardos que disparan con un átlatl o arrojanzas. Todavía no tienen arcos ni flechas, que no aparecerán en América durante otros diez siglos.

Como saben muy bien, dentro de una semanas pasarán los patos camino de los terrenos de anidamiento del norte, y ya es tiempo de que los hombres organicen una expedición al pequeño lago cerrado, unos 20 kilómetros aguas abajo, donde el río llega a su fin. El lago es salobre, mas no falta en él la vida, y los pájaros emigrantes se detienen allí para buscar gusanos y larvas de insectos.

En un saliente de piedra caliza, arriba del lago, hay una pequeña cueva que durante mucho tiempo ha servido de escondite a los indios para el equipo pesado o voluminoso que no pueden llevar consigo cada año en sus errantes viajes de nómadas. Los hombres sacan una serie de señuelos realistas, hechos de cañas cosidas con hilo de fibra y cubiertos con plumas de pato. Durante varios días los cazadores esperan cada mañana y cada atardecer, ocultos en los cañaverales que crecen a la orilla del lago, hasta que por fin una parvada de patos vislumbra los señuelos y baja al lago para comer. Cuando se acercan nadando a los señuelos, los hombres se levantan de un salto y arrojan sus dardos; la mayor parte de los patos alza el vuelo, mas han caído unos seis que serán llevados a la orilla por los perros, los cuales recibirán las tripas como recompensa. Mientras tanto, algunos muchachos, que suplicaron que se les permitiera venir a la cacería, buscan, en los bajos cubiertos de cañas, huevos de colimbo o de gallareta, o tienden trampas de cuerda de fibra para las ratas del bosque y los conejos.

Cuando ha pasado la última bandada de patos,

los cazadores devuelven los señuelos al escondite y, tras descansar un día, sacan una red de pescar, también de cuerda de fibra y lastrada con piedras en el borde inferior. Seis o siete hombres se meten en el agua hasta la cintura y dan una vuelta a la red para formar un lazo y apresar los peces.

A fines de la primavera, el sol abrasador hace que la temperatura suba a más de 38°, y el río que pasa junto al campamento se ha encogido hasta convertirse en una sarta de charcos unidos por hilillos de agua, o en trechos de arena húmeda. Los hombres, desnudos, no llevan más que taparrabos de piel de antílope; las mujeres sólo tienen cortos delantales de cuero, uno en la parte anterior y otro en la posterior. Para dar sombra durante el calor del mediodía, la banda construye chozas de paja que dan poca protección contra las gruesas gotas de una tormenta, pero la lluvia es muy rara, y tan breve que en unos minutos el sol seca los charcos.

Ya es tiempo de que las mujeres busquen raíces y tubérculos en el desierto, con las cónicas cestas de varas de sauce, cañas o hierba (algunas de más de 35 litros) cargadas en la espalda y sujetas con una banda que les pasa por la frente. Entre las raíces y tubérculos que desentierran figuran la amarguera, la quemasia, el sagú y la yampa, muchas de las cuales se almacenarán. Ahora, al avanzar la estación, es el momento de comenzar a recoger las semillas de hierba peluda, almarjo y otras plantas que empiezan a madurar. Las introducen cuidadosamente en una cestita que llevan en una mano, y las vacían periódicamente en la cesta grande. De regreso en el campamento, las tuestan con carbones encendidos en bandejas de mimbre que menean sin cesar; el calor revienta las cáscaras incomedibles y libera las semillas. Cuando terminan de tostarlas, dando una diestra vuelta a la bandeja separan los carbones de las semillas, parte de las cuales se muelen entonces para su uso inmediato en tortas o

Cestería diversa: Recipientes Para los Forrajeadores

En cuanto los antiguos indios comenzaron a usar las plantas en vez de la carne como alimento principal, necesitaron una nueva clase de útiles: cestas para meter en ellas nueces, semillas y bayas. Las técnicas de la cestería hicieron posibles, antes de que pasara mucho tiempo, otras cosas útiles, como sombreros, sandalias y trampas para peces, e incluso muchos objetos de valor ceremonial y estético.

Sólo sobreviven algunos fragmentos de la antigua cestería, pero se cree que estos ejemplos, de tiempos más recientes, tomados de las colecciones del Museo del Indio Norteamericano y de la Institución Smithsoniana, siguen los viejos diseños. Entre las cestas de trabajo figuran (*de izquierda a derecha*): una cesta mashpee para llevar cosas, de Cape Cod, con una correa; una cesta para moler, de California, sobre un mortero de piedra; una cesta apache para almacenar; una garrafa del Sudoeste para agua, impermeabilizada con resina de pino; y una cesta "cartera" usada por los indios wasco del Noroeste, para llevar en ella objetos personales.



CESTA PARA LLEVAR

CESTA PARA MOLER



CESTA CARTERA

GARRAFA PARA AGUA

CESTA PARA ALMACENAR

Cestería: Sombreros, Bandejas, Señuelos

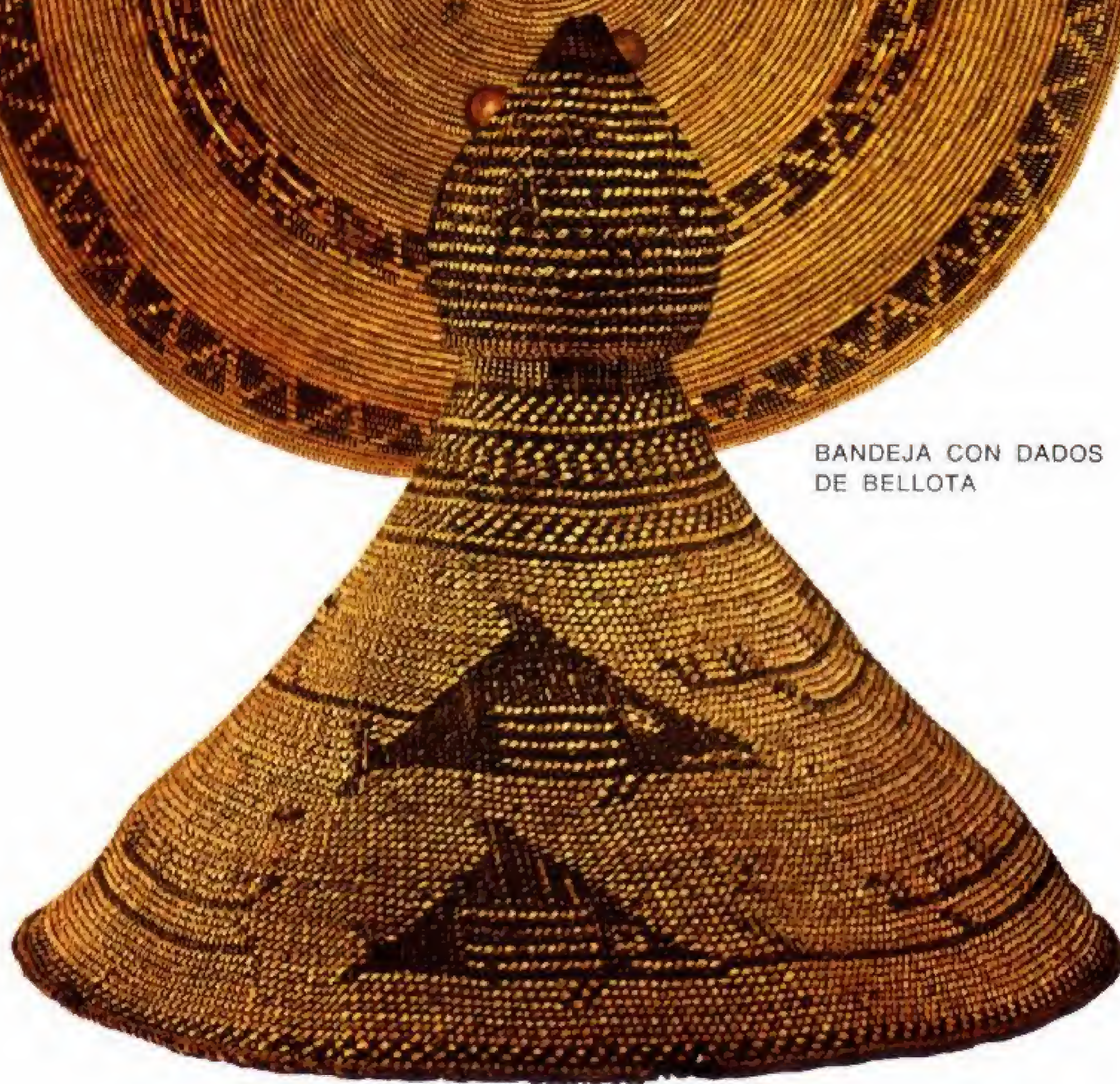


SEÑUELO PARA PATOS



BANDEJA CON DADOS DE BELLOTA

Los recipientes no fueron el único producto del creciente talento de los indios ancestrales para fabricar objetos con fibras vegetales. Aplicaron la misma técnica a cosas tan diversas de forma y función como un señuelo para patos hecho con juncos y plumas (*arriba*), usado a intervalos en la Gran Cuenca al oeste de las Rocosas por lo menos durante 4.000 años; el curioso sombrero cónico de corteza de cedro y paja (*derecha*) hecho en la costa del Noroeste; y la bandeja arrollada (*arriba, a la derecha*) de California, cuya superficie se usaba en un juego de azar con dados hechos de bellotas rellenas de brea, marcados con concha de oreja de mar.



SOMBRERO CONICO

en forma de gachas; las mujeres se afanan con las piedras de moler, parloteando o siguiendo el compás de un canto que entona una de ellas. Las semillas restantes se guardan en cestas hondas, parecidas a jarras, para su uso futuro.

Mientras tanto, los cazadores de la banda no han estado ociosos con sus cepos, trampas y arrojanzas. Este año abundan mucho los conejos, así que parte de la carne podrá cortarse en tiras y curarse al sol en vez de asarla para comérsela en seguida.

Los comienzos del otoño traen la temporada de las bayas, cuando en las orillas del encogido río empiezan a madurar el saúco, el cerezo silvestre, el grosellero silvestre y la serba. Recogidos ya estos alimentos, es tiempo de que la banda regrese a las montañas, ya que a fines del otoño están en sazón de ser recogidos los piñones, su principal recurso alimenticio durante el invierno. Mas la banda no puede volver al sitio donde moraron el invierno anterior, pues los bosques de piñones se han agotado allí y no volverán a dar frutos abundantes durante tres o cuatro años. Pero el invierno pasado, las partidas de caza descubrieron una loma donde crecían conos de tal manera que prometían una rica producción este otoño. Y a ese campo, adecuado para un campamento, se dirige la banda.

Al acercarse a la loma de los piñones, el humo que sube en el aire otoñal anuncia que ha llegado allí otro grupo antes que ellos, atraído no sólo por los nutritivos piñones, sino por la expectativa de una importante actividad conjunta: una cacería de conejos. Poco después, la loma queda ocupada por media docena de bandas, y las perspectivas son alentadoras; el portavoz de uno de los grupos informa que en el valle cercano, la población de conejos muestra un notable aumento. El portador de esta noticia es el jefe de la batida de conejos, cargo que ocupa principalmente porque su familia posee una red para conejos insólitamente larga. Este no-

table objeto, tejido con cuerdas de fibra de vencesigo, parece una red de pescar de malla burda, pero de menos de medio metro de anchura. Sin embargo, tiene más de 60 metros de largo, pues se ha ido aumentando pedazo a pedazo en una media docena de generaciones. Cuando se le agregue una docena de redes parecidas, que son propiedad de otras familias y tienen casi la misma longitud, la malla resultante se extenderá casi un kilómetro.

La cacería de conejos exige que se combinen las fuerzas de todas las bandas reunidas; sólo se quedan en el campamento los ancianos y las madres con sus hijos pequeños. Una partida de vanguardia se abre paso silenciosamente hasta la entrada del valle de los conejos para unir las secciones de la red y armarla, mientras el resto se dispone a servir de batidores. Se distribuyen en las cimas de las empinadas lomas que cercan el valle a ambos lados, y a una señal de humo del jefe comienzan a descender; azotan la maleza dejando escapar gritos, y a sus roncas voces hacen eco los acentos más agudos de los muchachos y los ladridos de los perros.

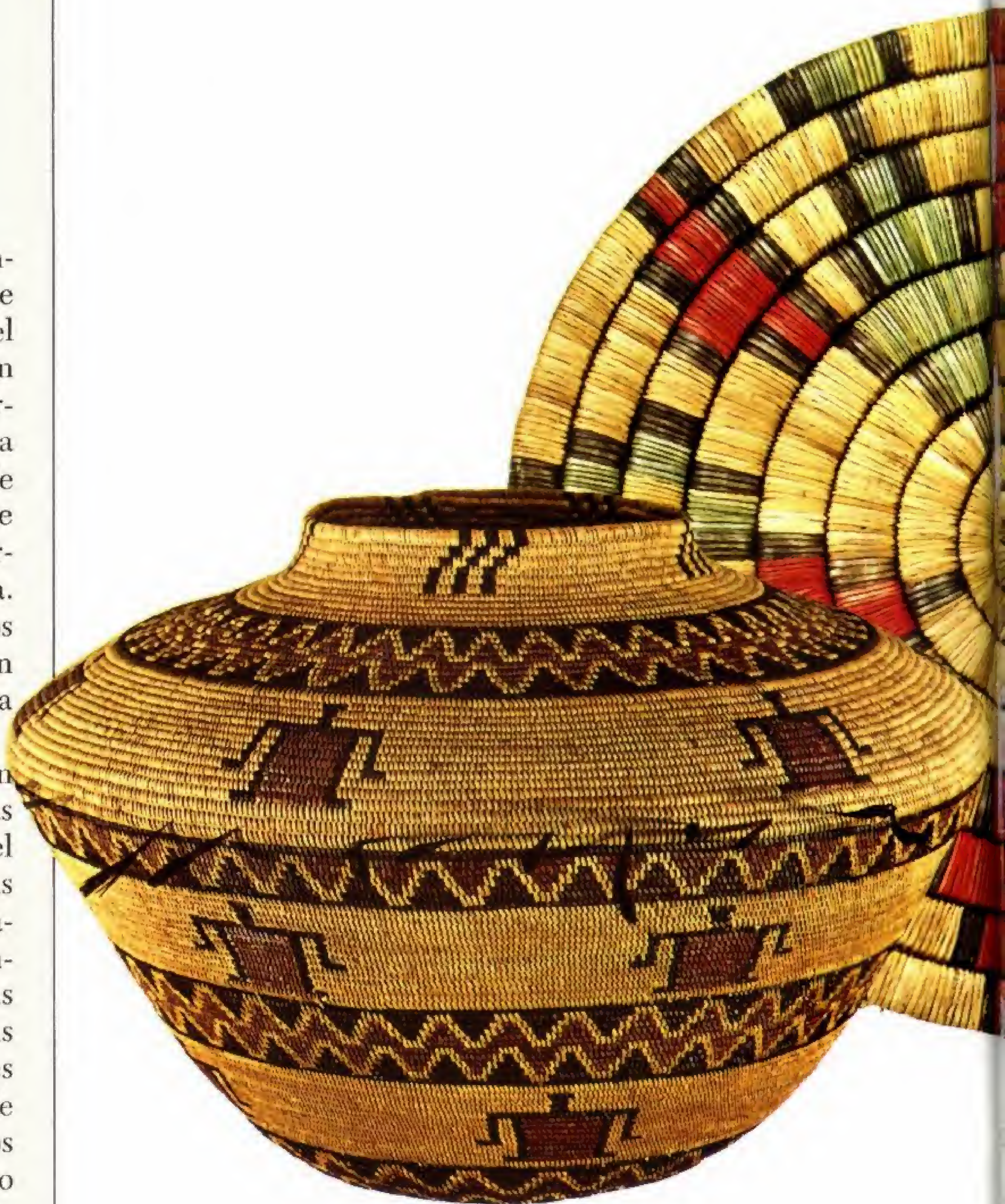
Una liebre echa a correr dando saltos de un metro, luego salen otros tres conejos, y luego una docena. En 20 minutos, la parte superior del valle está llena de animales que brincan. Mientras tanto, la partida de vanguardia se ha alineado frente a la red, armados con mazas y palos arrojadizos. Al acercarse los primeros conejos, los cazadores tratan de matar el mayor número posible antes de que lleguen a la red, pues si muchos de ellos chocan con sus débiles cuerdas de fibra al mismo tiempo, pueden romperla. Una segunda línea de cazadores mata los animales que se enredan en la malla, y captura muchos de los que logran cruzarla.

Cuando el último de los batidores llega a la red, en el terreno hay montones de peludos animales. Tras una pausa para recobrar el aliento, los cazadores empiezan a despellejarlos y limpiarlos con hojas

de sílex. Con la carne, regresan al campamento donde, después de un festín de conejo, las mujeres se encargan de curar las pieles. Comenzando en el borde exterior de la piel extendida y cortando en espirales hacia el centro, convierten las pieles en largas tiras; una cortadora hábil puede hacer una tira de seis metros de largo. Las tiras se extienden de un árbol a otro hasta que se secan y los bordes se enrollan hacia adentro, y el resultado es una cuerda peluda hasta de tres centímetros de gruesa. Unos treinta tramos de cuerda, de unos dos metros cada uno, estirados uno al lado del otro y atados en unos doce lugares con pedazos de piel, forman una gruesa manta de piel de conejo.

Apenas terminan a tiempo, pues los días se están haciendo cada vez más cortos y fríos. Las familias más previsoras han cavado ya fosas circulares en el suelo y las han techado con árboles jóvenes, ramas y cueros o corteza. En estas chozas semisubterráneas pasarán los largos meses del invierno, alimentándose con la carne curada al aire y con sus reservas de raíces, semillas y piñones. Pronto, las montañas se cubren de nieve semanas seguidas; es el tiempo para remendar las redes y otro equipo de caza, para hacer nuevo equipo, para promover los lazos sociales y sentarse a escuchar relatos en torno a las hogueras. Pero muy poco después disminuyen las preciosas reservas de víveres, y un castor, venado o gato salvaje ocasional que traen los cazadores no son suficientes para calmar el hambre. Cuando por fin la mayor duración de los días anuncia la cercanía de la primavera, los grupos reunidos se apresuran a dividirse en bandas y comenzar una vez más la rutina estacional del forrajeo.

Fuera de las regiones desérticas occidentales, la mayoría de los forrajeadores arcaicos llevaban una vida más fácil. En la California central, donde los robledales eran más grandes y abundantes, la cose-



CESTA ADORNADA CON PLUMAS

Cestería: Obras de Arte y de Ritual

PLACA MURAL ENROLLADA



CESTA CUBIERTA

A medida que se volvían más hábiles los cesteros, la cesta se convertía en una obra de arte, relacionada con las ceremonias y los ritos. De los cinco ejemplos que vemos aquí, el del centro es el más complicado. Ofrecido como muestra de amistad entre los indios pomo de California, lo decoraban con conchas y las plumas de brillantes colores de aves tales como el pato silvestre, el sabanero, el emberizo amarillo y el picamaderos.

Arriba de la cesta pomo de regalo aparece una placa hopi de yuca enrollada, diseñada como colgadura mural, y a su izquierda está lo que parece ser una versión de lujo de una cesta para granos, adornada con las plumas del copete de una codorniz macho. Entre los tlingit de la costa del Noroeste, las cestitas cubiertas como la de arriba, a la derecha, guardaban posesiones preciosas. La cesta alargada de abajo, llena de objetos sagrados, era usada en una danza previa a las cosechas por los indios hupa del norte de California.

CESTA DE REGALO



CESTA PARA DANZA



cha principal eran las bellotas, que las mujeres recogían a montones, las descascaraban, las molían y luego las remojaban en los charcos de la arena a fin de quitarles el ácido tánico que da sabor amargo a las gachas o el pan hechos con harina de bellota. Un poco más al oeste estaban los ricos recursos alimenticios de la costa: orejas de mar, mejillones, muchas clases de peces, y mamíferos tales como focas y nutrias marinas. En estas dos regiones, los grupos forrajeadores eran más numerosos que en el desierto, y la vida tendía a concentrarse en campamentos más o menos permanentes.

En las Grandes Llanuras al este de las Rocosas había tantos búfalos que la caza siguió siendo la principal fuente de sustento, y los hombres continuaron siendo mayormente nómadas: seguían a las grandes manadas como en los tiempos de Folsom y de Plano. Más allá, el país boscoso que se extendía hasta el Atlántico no era apropiado para estas manadas de animales fácilmente capturables; la principal caza era el venado, pero quienes lo cazaban no despreciaban el gato salvaje, el pavo, la ardilla, la zarigüeya, el terrapene y una gran variedad de peces de agua dulce y mejillones, así como bellotas, pacanas y nueces. Los hoyos para postes encontrados en unos pocos de sus yacimientos indican que algunos de los habitantes de las tierras boscosas construían viviendas bastante complicadas y por ello han de haber sido más sedentarios que los pueblos del desierto o las llanuras. Además, los enormes montones de conchas de agua dulce en Kentucky y en Tennessee indican una población que no sólo era más sedentaria, sino también más numerosa.

Conforme los forrajeadores se multiplicaban y se asentaban en un lugar, iban creando utensilios y técnicas cada vez más especializados. La mayoría de los habitantes de los bosques tenía una gran variedad de utensilios especializados: hachas, taladros, gubias y otras herramientas para trabajar la madera,

hechas de piedra pulida o descantillada; anzuelos, arpones, redes (no sólo para peces, sino también para animales y aves), además de morteros y manos para triturar alimentos vegetales. Mas algunos forrajeadores fueron aún más ingeniosos e inventaron equipos y procedimientos completamente nuevos que más tarde habrían de desempeñar papeles importantísimos en la vida de los indios.

En una pequeña región, al oeste de los Grandes Lagos, comenzó a usarse el metal. Se hacían utensilios y adornos martillando pepitas de cobre puro halladas en las cercanías. Este trabajo de los metales, iniciado hace unos 5.000 años, parece haber sido el primero en el Nuevo Mundo —precediendo incluso al beneficio del oro y la plata de Sudamérica—, pero aunque los productos estaban diseñados ingeniosamente y llegaron a ser artículos importantes en el extenso comercio de los indios, los métodos de los herreros de los Grandes Lagos siguieron siendo rudimentarios. Los trabajadores del cobre nunca aprendieron a vaciar el metal, como harían más tarde los pueblos de México y de otros centros de civilización indígena, y tampoco aprendieron a beneficiar el cobre tratando químicamente los compuestos de los minerales, de modo que liberaran sus componentes de cobre en forma metálica. El arte precursor se limitó a la pequeña región en que podían encontrarse trozos de metal puro.

Tal vez la región del oeste de los Grandes Lagos —los Bosques del Norte densamente arbolados que se extienden desde Wisconsin y Minnesota hasta entrar en el Canadá— fue también la cuna de una de las invenciones más importantes de los indios: la canoa de corteza de abedul. Es indudable que este arte ha de haber sido particularmente útil en la región, donde miles de grandes y pequeños lagos están conectados entre sí por una red de arroyos y ríos, pero en la que hay lugares donde se interrumpen las interconexiones. Sólo una embarcación de poco

peso puede navegar en los arroyos a menudo poco profundos y ser transportada fácilmente por tierra entre una y otra vía fluvial. En cuanto se dispuso de ella, la canoa de corteza abrió los Bosques del Norte, de otro modo impenetrables, y convirtió en rutas de comercio la red de lagos y ríos.

En la costa del Atlántico, otra fuente de alimentos —el pez— estimuló el ingenio del indio. Aquí, a los peces no sólo se les pescaba con anzuelo y red; también se les cogía con trampas, y a veces, al parecer, en cantidades inmensas. Una enorme trampa para peces, o encañizada, descubierta hace 60 años cuando se hacían unas excavaciones en Boston, fue construida alrededor del año 2000 a. de J. El cerco abarcaba una superficie de más de media hectárea de lo que había sido una laguna de poca profundidad. Para su construcción se necesitaron, según se calcula, 65.000 estacas, aguzadas con hachas de piedra, plantadas en dobles filas y entrelazadas con matas. El trabajo que necesitó su construcción demuestra que no estaba destinada a un uso estacional esporádico, ni tan siquiera breve. Más bien, denota una población sedentaria lo bastante numerosa y bien organizada para permitir la construcción y uso de una instalación tan extensa.

Pero los indios forrajeadores más ricos y adelantados no serían los de la costa del Atlántico, de las tierras boscosas del este o de la pródiga California central, sino los de la costa del Noroeste. Aquí, en una faja de 3.200 kilómetros del litoral —que incluía parte de Alaska y se extendía al sur a través de la Columbia Británica, Washington, Oregón y el extremo septentrional de California—, nació un tipo raro de cultura, una cultura que estaba muy adelantada a pesar de que no conocía la agricultura. Los recursos alimenticios —especialmente los del río y el mar— eran tan abundantes que los hombres podían satisfacer sus necesidades sin tener que

forralear más allá de los umbrales de sus viviendas.

Esta prodigalidad de la Naturaleza no sólo creó la posibilidad, sino también la necesidad de vivir en aldeas permanentes; como ha dicho escuetamente un antropólogo, “no es probable que incluso un numeroso grupo familiar prefiera la vida nómada si tiene que acarrear media tonelada de salmón seco”. El hecho de que fuera posible pescar y preparar media tonelada de salmón para alimentar una población numerosa durante varios meses significaba también libertad para dedicarse a actividades no relacionadas con la subsistencia. El resultado fue una proliferación de las artes, trabajos manuales, ceremonias y rituales de un vigor y complicación no superados en la antigua América del Norte.

La notable cultura de forrajeo de la costa del Noroeste prosperó tanto gracias a un ambiente natural insólito. De este a oeste, metida entre el océano Pacífico por un lado y las montañas costeras de la Columbia Británica y las Cascadas de Washington y Oregón por el otro, raras veces tiene la región una anchura de 150 kilómetros. El océano, calentado por la corriente del Japón, humedece y entibia los vientos predominantes del oeste, e incluso en el invierno las montañas impiden el paso de casi todo el aire frío del interior e intensifican al mismo tiempo la precipitación: al elevarse y acercarse a las montañas, los vientos húmedos del océano se enfrían de tal modo que su humedad se condensa y cae. Así, un verde lujuriante cubre la faja al oeste de las montañas; al este, es el desierto.

En tiempos prehistóricos, toda la región estaba densamente arbolada; algunas partes del territorio de Puget Sound dan todavía sostén a una de las pocas pluviselvas que existen en la zona templada del mundo, extensión húmeda cubierta profusamente de abetos, pinos y cedros que alcanzan una altura de 45 a 60 metros, sobrepujados por el majestuoso pino de Oregón, de 75 metros. En los bordes de este

bosque siempre verde y casi impenetrable abundaban moderadamente los grandes animales de caza, como el venado y el anta, y diversas variedades de oso, y en las montañas vivían cabras y ovejas.

Pero el mar era, con mucho, una reserva más rica, pues daba ballenas, marsopas, focas, leones marinos, nutrias marinas, hipoglosos hasta de 250 kilos y esturiones de 500, cardúmenes de arenques y esperlanos, y el extraordinario eulacón o pez candela, tan aceitoso cuando se seca, que un hilo ensartado en él arde como la mecha de una vela. Los bajos de marea daban alimentos tales como almejas gigantes, seis de las cuales bastarían para dar de comer a una familia numerosa, mientras que en la primavera y el otoño, nubes de aves acuáticas migratorias incitaban el ingenio de los cazadores.

Pero el más rico de los recursos eran los ríos. Hasta siete veces al año, en el desove, los salmones llenaban las aguas de peces plateados y saltarines que podían pescarse a toneladas con lanza, red o trampas, y luego se secaban y ahumaban para su uso posterior. Ningún pueblo que hubiera aprendido a explotar estos recursos necesitaba haber pasado hambre a menudo, incluso en pleno invierno.

La naturaleza de los recursos de la región aseguraba que sus habitantes se establecerían en una buena parte de la costa y su vida se orientaría hacia el mar, orientación favorecida en casi todas partes por la misma topografía del terreno. De Puget Sound hacia el norte, las montañas se alzan, escarpadas, desde el mar, y la costa está cortada por profundos fiordos, tallados por los glaciares de la edad de hielo, cuyos restos descienden de los picos incluso en el siglo xx, y salpicada de islas cuyo tamaño va desde pequeñas rocas hasta la isla de Vancouver, de 460 kilómetros de largo. En una región como ésta, siempre era difícil viajar por tierra más de unos kilómetros, y en la mayoría de los lugares, físicamente imposible; pero usando sus barcas, los

hombres podían moverse con facilidad y seguridad aceptable entre los canales protegidos, explotando al mismo tiempo la vida marina.

Los primeros habitantes de este edén vivieron hace 8.000 años en el río Columbia inferior, entre Washington y Oregón, y cerca de la desembocadura del Fraser, en la Columbia Británica, donde cazaban focas además de animales terrestres. Pero la prodigalidad de la vida en la costa del Noroeste no se estableció sino hasta el año 1000 a. de J., aproximadamente. Surgió entre hombres al parecer emparentados con los esquimales ancestrales, descendientes de pueblos relativamente recién llegados de Asia, que hacia el mismo período estaban creando una cultura de caza marina en el Extremo Norte.

La prueba de esa relación familiar radica tanto en la anatomía como en las costumbres. Cuando en el siglo xix se estudió por primera vez a los indios de la costa del Noroeste, resultó que en ellos existía con mayor frecuencia que en otros indios el "pliegue mongoloide" que hace que los ojos orientales parezcan oblicuos, lo cual indicaba una posible infusión de genes mongoloides de los antiguos esquimales y aleutas. Además, entre los artefactos descubiertos en la costa, que se remontaban hacia el año 1000 a. de J., figuraban utensilios tan típicamente esquimales como los cuchillos semicirculares hechos de pizarra pulida y los arpones acodados, cuyas puntas tienen ganchos para fijarse en la herida a fin de que no se salgan de ella.

Pero, pese a los vínculos con los esquimales ancestrales, los indios del Noroeste crearon una vida singularmente suya. Su gran riqueza se basaba en la riqueza del ambiente, que no sólo proporcionaba abundancia de alimentos, sino también una serie de materias primas que podían aprovecharse para muchos propósitos, utilitarios y de otra índole.

En un país tan densamente arbolado, el material más importante era la madera, sobre todo la de cedro

Arte Abstracto Para una Manta

Una preciada posesión que entregaban los indios de la costa del Noroeste en el rito de donación de regalos conocido con el nombre de potlatch era la manta chilkat, túnica ceremonial bordada que llevaba el escudo animal de su dueño: en este caso, un pájaro.

Intrincadamente tejido con lana de cabra montés y fibra de corteza de cedro, el diseño evoca abstracciones de Picasso y de Braque. Al igual que sus

pinturas cubistas, combina múltiples perspectivas: se representa al animal cual partido por la mitad y extendido para dar una vista general, y algunas partes están repetidas. Los ojos del ave aparecen en pares arriba, cerca del centro; la porción que parece un rostro, en el centro, es su cuerpo; los símbolos de ojos dobles a cada lado son las alas; y las patas, con sus garras, están en la parte inferior.



amarillo y rojo que, aunque durable, era lo bastante blanda para trabajarla con azuelas de piedra o de hueso y con formones. En forma de troncos rectos, tablas partidas a mano, trozos cortados y fibra de corteza machacada, se transformaba en las preciadas propiedades de una sociedad materialista.

A los troncos de cedro, ahuecados con el fuego y las azuelas, se les podía dar la forma de una canoa llenándolas parcialmente de agua caliente para ablandar la madera. Se construían de muchos tamaños: pequeñas para viajar en los ríos, grandes para pescar —y en algunas tribus para cazar ballenas—, y muy grandes, de 18 metros de largo, para el comercio, la guerra y las visitas ceremoniales. Los troncos de cedro se convirtieron también en el medio de que se valió la célebre forma artística de estos indios, los postes totémicos. Ornamentalmente labrados con figuras de hombres, animales y seres sobrenaturales, los altísimos postes se erigían para honrar a jefes muertos, señalar las tumbas de personajes importantes o, con vanos de puerta recortados en la base, servir de entrada a las casas.

Con cedro se construían también las casas: con cuñas de madera dura o de asta se hendían los troncos para hacer tablas, en las que hábilmente se tallaban ranuras o muescas a fin de unirlos sin espigas. El resultado era una hermosa vivienda rectangular de 18 metros de largo y 15 de ancho, cuyo techo de caballete se apoyaba en enormes vigas de cedro sostenidas por gruesos postes de cedro. Aunque la mayoría de estas casas se diseñaban para ser estructuras permanentes, otras —gracias a la construcción sin espigas— podían desarmarse fácilmente cuando sus dueños tenían motivo para hacerlo. Estas viviendas desarmables eran comunes entre los indios de la costa del Noroeste, que habitualmente establecían sus hogares en varios sitios de pesca en el curso de un año; en cada lugar conservaban la armazón de una casa, y cuando llegaba el momento de

partir, era cosa sencilla quitar de una armazón las tablas del techo y las paredes y ponerlas en otra.

De las tablas de cedro salían incluso las cajas que constituían preciados muebles del hogar. Se hacían ingeniosamente: cortaban una tabla en forma de cruz y le hacían cortes de modo que las piezas laterales pudieran levantarse y asegurarse con clavijas o coserse en su lugar. Provistas de tapas, alisadas con arenisca o abrasivo de piel de tiburón, y por lo común pintadas o talladas primorosamente, en estas cajas se guardaba casi todo, desde aceite de ballena, foca o pez candela hasta cuerdas de tendones y puntas de repuesto para las flechas.

Con trozos de cedro se labraban máscaras ceremoniales, representaciones convencionales, pero vívidas, de hombres y bestias, provistas a veces de bisagras y cordones de cuero con los que se podían abrir las bocas para dejar ver otra máscara interior.

Incluso la corteza del cedro tenía usos múltiples. Con sus resistentes fibras se tejían mantas, esteras para cubrir las paredes y los pisos de las casas, cestas caladas para llevar peces, o cestas de tejido tan apretado que podían contener agua.

Aunque la madera constituía la principal materia prima, no era más que una de otras muchas que se usaban ingeniosamente, como las hebras del quelpo, que retorcían para hacer sedales, y el cuerno de la oveja montés, con el que tallaban cucharas o calentaban con vapor y extendían para hacer vasijas.

Al igual que muchos otros pueblos ricos, los indios del Noroeste acabaron obsesionándose con su riqueza. Llevaron el consumo ostentoso a un extremo que rara vez se ha visto en otra parte. En una ceremonia espectacular llamada potlatch —derrochador holgorio parecido a esas fiestas modernas que llaman la atención por su extravagancia—, regalaban enormes cantidades de objetos de valor para estrechar las amistades y patentizar el nivel social.

El custodio de la riqueza de la comunidad era su jefe principal, que en las ocasiones ceremoniales donaba el excedente a una reunión de convidados distinguidos. Se esperaba que quienes lo recibían, compartieran el regalo con su comitiva, y quedaban obligados a organizar una ceremonia recíproca de regalos en una ocasión futura. Los parentescos familiares basados en los grupos tribales, llamados mitades (páginas 72-74), entre cuyos miembros estaba prohibido el matrimonio, regulaban rígidamente quiénes podían recibir estos regalos. Podía organizarse un potlatch para un grupo no emparentado, o para un grupo al que perteneciera la esposa del jefe, pero no para miembros de la mitad del jefe.

El propósito de un potlatch era el mismo que el del consumo dispendioso de la sociedad moderna. En parte, exaltaba el prestigio de la comunidad del jefe, y en parte ponía de manifiesto la condición social de éste. Eran frecuentes las ocasiones para hacer esta ostentación de riqueza. El heredero del jefe supremo de una tribu tenía que justificar su derecho al puesto con un potlatch, o un jefe podía celebrar la mayoría de edad de su hijo mayor, conmemorar la muerte de otro jefe o dedicar la nueva casa de un hombre importante.

En tiempos prehistóricos, los potlatches eran, generalmente, ceremonias en que reinaba la cordialidad y se daban regalos, distribución de bienes que se proponía exaltar la condición social del donador. Pero después de que el contacto con los europeos desquició la sociedad tradicional, en la que la posición social era más o menos fija, los potlatches tendieron a volverse emulaciones enconadas pues los jefes, o incluso los plebeyos ricos que aspiraban a la jefatura, rivalizaban para demostrar su eminencia. Los regalos se tornaron fantásticamente pródigos. Y en algunos casos, un hombre se esforzaba por rebajar a otro destruyendo propiedades valiosas para indicar que su riqueza era casi ilimitada:

el equivalente indio de encender puros con billetes de diez dólares. Y la destrucción no se limitaba necesariamente a las posesiones puramente materiales; para jactarse de su riqueza ante un rival, quien daba el potlatch sacrificaba a veces varios esclavos: ordenaba que los mataran a golpes con una maza especial llamada mataesclavos y usaba los cadáveres como rodillos para arrastrar a la playa la canoa de su rival. Antes de que se pervirtiera de este modo el potlatch, los exploradores del siglo XVIII tuvieron la oportunidad de presenciar ceremonias en que se conservaba su carácter comunal. Con sus descripciones, es posible imaginar cómo era un potlatch en los años 1400 ó 1500, en el apogeo del poderío de los indios del Noroeste.

El espíritu motor y figura central del potlatch más notable de la estación es el jefe supremo de un grupo de aldeas isleñas situadas al sur de lo que un día será Juneau (Alaska). La ocasión es la erección de un poste de entrada ante la nueva casa del jefe, un poste de 3,5 metros de alto y 1,20 metros de diámetro, cubierto completamente con figuras labradas y pintadas que simbolizan el linaje del dueño de la casa, su condición social y sus títulos: formas humanas regordetas que miran con fijeza, una orca representada en forma convencional, y sobre ella un águila feroz. La parte inferior del poste tiene una gran abertura elíptica que será la entrada ceremonial de la casa cuando se erija el poste.

Tanto el poste como la casa que adornará son regalos de los invitados al potlatch —los parientes políticos del jefe, miembros de la mitad de su esposa—, y la ceremonia es la forma de pagarles. Durante los meses que pasaron derribando y partiendo árboles, tallando y construyendo, el jefe y su mitad han albergado y alimentado a los trabajadores y sus familias. Ahora, el jefe y sus subalternos deben aportar las enormes cantidades de alimentos para

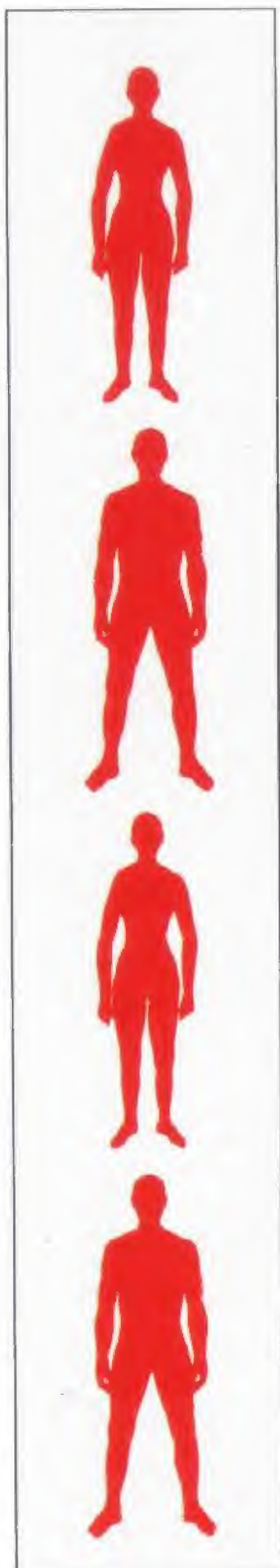
Orden Social Basado en las Mujeres

La mayoría de las sociedades indias estaba organizada según estrictas líneas de parentesco que se complicaron más cuando los indios se dedicaron al forrajeo o la agricultura y comenzaron a asentarse en un lugar, como puede verse en la estructura tribal (*abajo*) y en los arreglos de los matri-

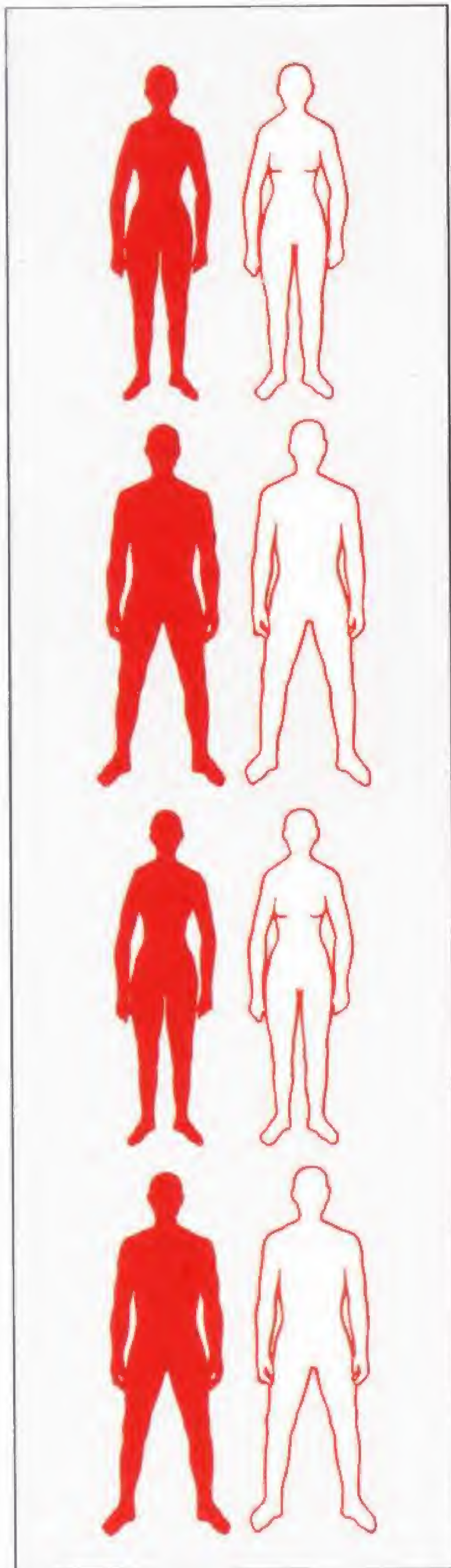
monios (*página 74*) de los ricos indios del Noroeste del Pacífico.

La unidad social fundamental no era la familia estricta que conocemos actualmente en el mundo occidental moderno, sino su lado femenino, llamado linaje, que comprendía una madre, sus hijos, sus hermanos, sus hermanas y

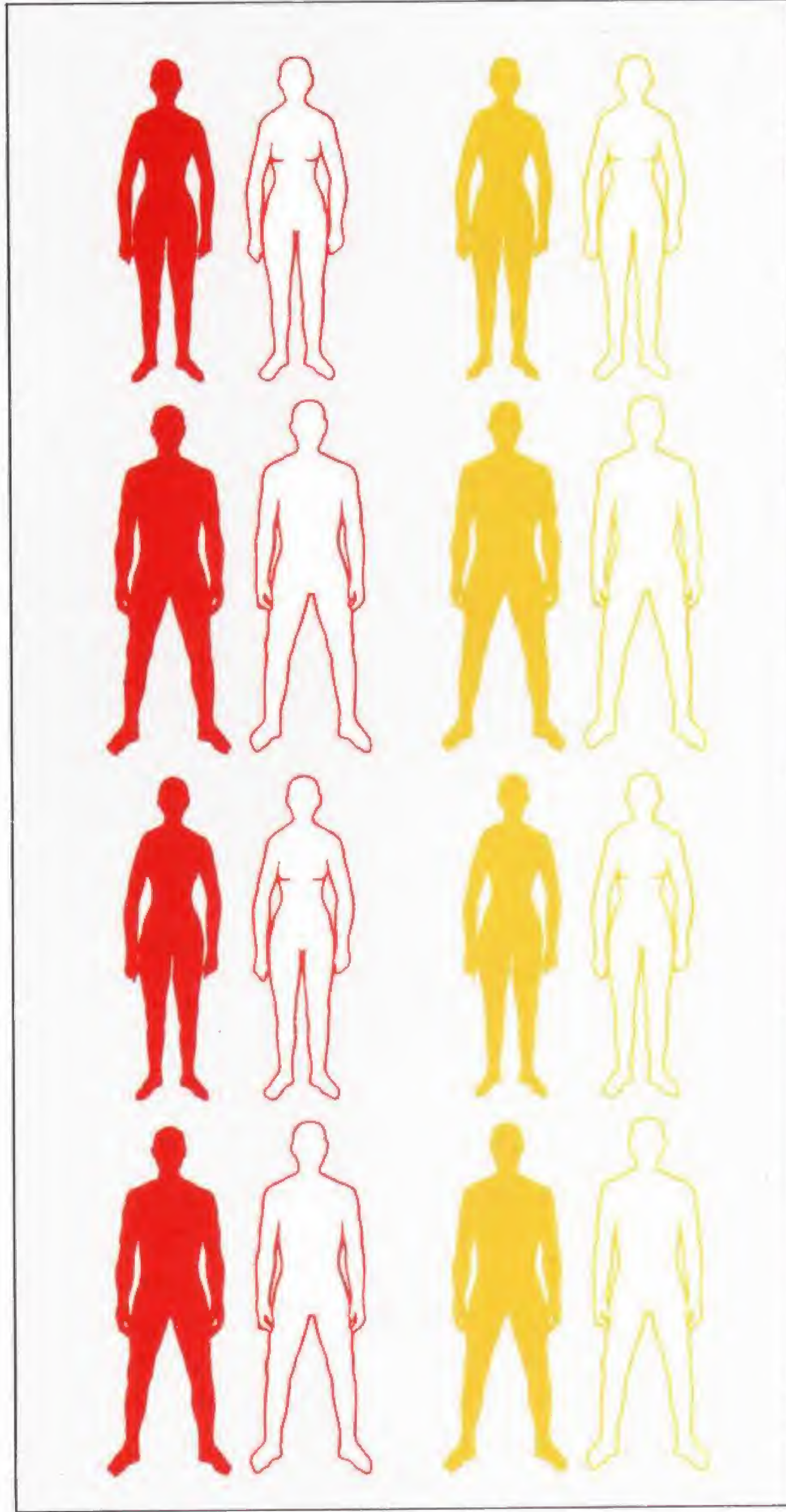
Linaje



Clan



Mitad



A la izquierda se muestra la unidad nuclear de una tribu, el parentesco matrilineal llamado linaje. La unión de dos linajes

la prole de sus hermanas. El lado masculino de la familia tlingit —el marido, sus hermanos, hermanas e hijos de sus hermanas— pertenecía siempre a otro linaje.

Dos o más linajes formaban el clan, cuyos miembros estaban vinculados por la creencia de que tenían un antepasa-

do común. A los clanes se les identificaba con un símbolo "totémico", que con mucha frecuencia era un animal. Un grupo de clanes formaba una "mitad"; dos mitades —llamadas el Cuervo y el Lobo, posiblemente por los nombres de los clanes— constituían la tribu misma de los tlingit.

El linaje que se derivaba de la madre confería automáticamente derechos y privilegios a sus miembros: decía a cada indio tlingit quién era, dónde podía pescar, cuáles eran sus símbolos totémicos, dónde podía vivir y, cosa que era la más importante de todas, con quién se podía casar.

Tribu



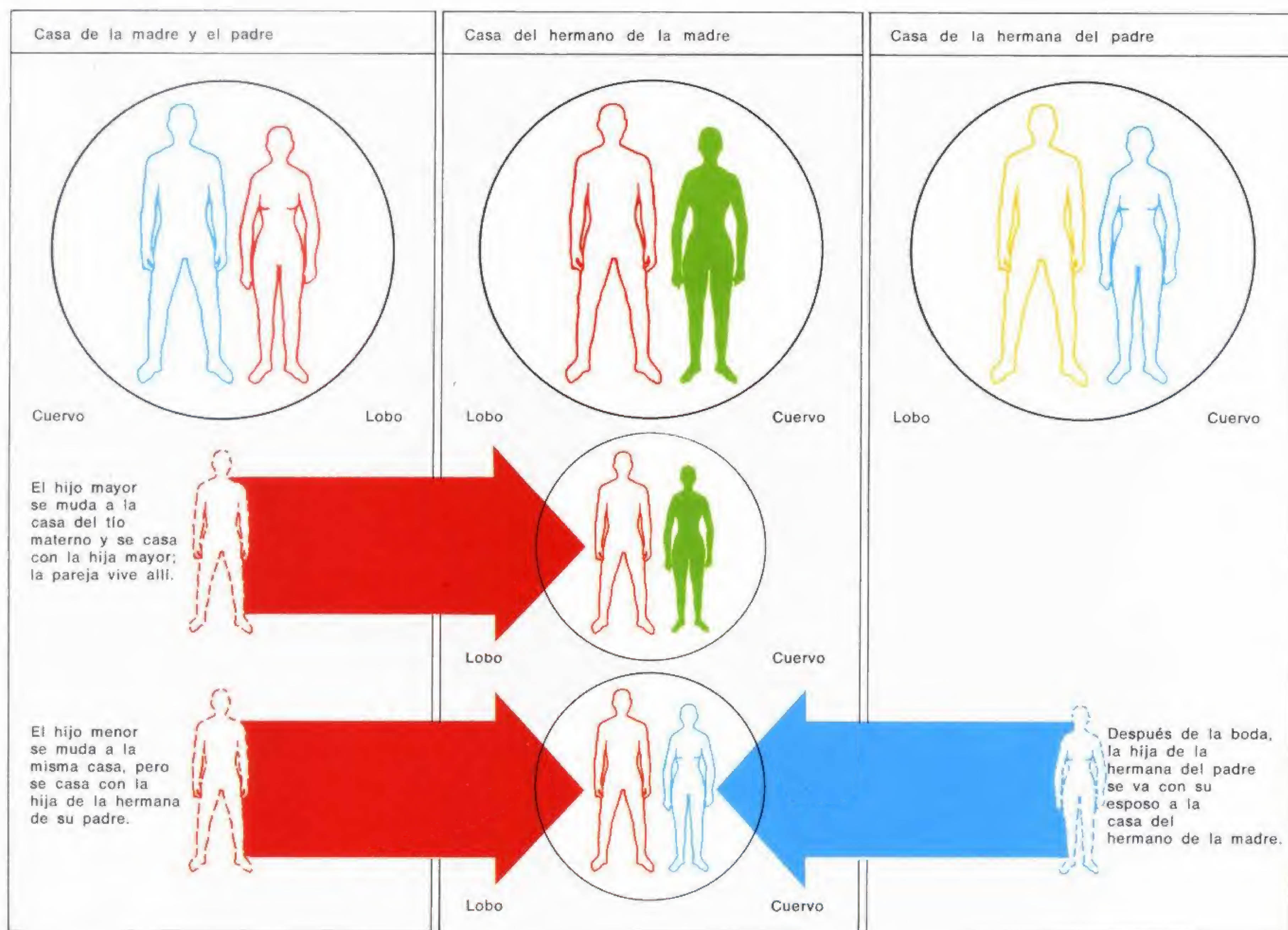
es un clan (cuadro central). Dos o más clanes constituyen una mitad (tercer cuadro); dos mitades forman una tribu (arriba).

El Casamiento Según las Reglas del Parentesco

En la compleja sociedad de los indios tlingit, la mitad determinaba previamente quién podía casarse con quién, vínculo que dependía de los linajes y el clan de la madre (*páginas anteriores*). El matrimonio dentro de una mitad —un Cuervo con un Cuervo o un Lobo con un Lobo— estaba prohibido, y a fin de impedir errores sentimentales, a los chicos y las chicas de la

misma mitad se les prohibía hablarse, aun cuando fueran primos.

Pero los matrimonios tlingit que estaban permitidos —uniones entre mitades, entre un Cuervo y un Lobo— unían también a parejas que estaban emparentadas por la sangre. Se les llama "primos cruzados": el padre de uno emparentado con la madre del otro, como se ve en el diagrama de abajo.



Aquí se muestra cómo casaban los tlingit a los hijos de tres parejas (círculos grandes) sin que hubiera matrimonio dentro de una mitad. A cada persona se le clasifica con su mitad: Cuervo o Lobo. A los 10 años, los chicos (figuras de puntos rojos) dejan la casa de sus padres para vivir en la del hermano de la madre, como indican

las flechas rojas. Al llegar a la mayoría de edad, el mayor se casa con la hija mayor de la casa (figura verde). A su vez, el menor se casa con la hija de la hermana de su padre (figura de puntos azules). Como el parentesco sigue la línea materna, los chicos pertenecen a la mitad del Lobo y las chicas a la mitad del Cuervo.

el festín que precederá a la donación de regalos. Incluso el plebeyo más humilde contribuye al máximo de su capacidad, pues sabe que participará en la distribución de regalos cuando su jefe sea el que los reciba en un potlatch posterior. Conforme se acumula esta riqueza, hay muchas idas y venidas entre la aldea natal del jefe y sus vecinas, y las canoas cargadas traen cajas llenas de salmón seco y aceite de pescado, mantas y túnicas de piel, mazas de guerra bellamente labradas, y vasijas. Mirando todo este movimiento, los chicos de las aldeas reúnen conchas, pedazos de palo y quizá una o dos pieles de conejo, y juegan a dar potlatches.

Cuando llega el día del potlatch, aparecen los distinguidos invitados vestidos con sus mejores y más ornamentadas ropas. Algunos llevan mantas ricamente orladas, cubiertas de complicados y polícromos dibujos de animales, aves y seres marinos; otros se han envuelto en túnicas de nutria marina, marmota o piel de oso negro. Del cuello de muchos cuelgan sartas de conchas de dentálidos, que parecen colmillos. Los invitados han venido desde sus aldeas en grandes piraguas ceremoniales, algunas de más de 15 metros de largo, con altas proas y popas primorosamente talladas y pintadas. Cuando desembarcan ante la nueva casa de su anfitrión, son recibidos por miembros inferiores de la comunidad, quienes les dan comida y capas y sombreros cónicos de fibra tejida de corteza de cedro para guardarse de la llovizna que ha comenzado a caer.

Al mediodía aparecen el anfitrión y su esposa. Son figuras muy vistosas. El jefe se ha cubierto con una manta orlada que tejió la esposa con el dibujo personal de su marido; hay en ella un águila representada cual si el animal se hubiera partido a lo largo, de modo que aparecen de perfil sus dos mitades, unidas por la espalda (*página 69*). En la cabeza, el jefe lleva un tocado con una cara humana tallada que tiene ojos de concha de oreja de mar,

y ribeteado con colas de armiño. Su esposa viste con menos adornos, pero ricamente, y lleva una túnica de pieles de visón guarnecida de marta. Los invitados se acercan desde la orilla, pasan junto al poste de entrada que aún no se erige y se encaminan hacia el hondo hoyo cavado frente a la casa para recibirlo. El jefe les da la bienvenida con frases tradicionales, y luego hace un ademán a su hermano menor, el cual da la señal para levantar el poste. Dejando escapar un grito, se adelantan todos los parientes del jefe, toman el pesado poste y lo alzan en su lugar. Entonces, mientras algunos lo apuntalan, otros echan tierra en el hoyo, alrededor de la base, y la apisonan con pedazos de tronco.

Colocado ya firmemente el poste en su lugar, el anfitrión, con una señal, indica a sus invitados que pasen por el hueco de la puerta que atraviesa su base y entren en la casa, donde se han puesto mantas y esteras alrededor del hoyo del fogón central. Han quitado los colgaderos de madera en que normalmente se guarda el salmón ahumado, y de las vigas cuelgan las finas mantas y lujosas túnicas que regalará el anfitrión; sobre el piso hay montones de otros objetos de valor, entre los que figuran platos y vasijas de madera esmeradamente tallados, collares de conchas de dentálidos, yelmos de madera, armaduras de tablillas cosidas de madera dura, y cajas y cestas rebosantes de salmón seco, semillas, algas marinas y otros manjares.

Pero antes de distribuir estas riquezas, hay un festín. Las mujeres traen bandejas de sabrosos y raros alimentos: salmón ahumado acompañado con cuencos de una salsa de grasa de foca; carne de ave y pescados de agua dulce asados en palos que los atraviesan; piernas de venado y oso; vasijas llenas de bayas, unas frescas, otras conservadas en aceite rancio de pez candela; pulpo e hipogloso cocidos en cajas de madera; y un manjar especial, hueva podrida de pescado y cabezas de hipogloso. Aunque

los invitados, por cortesía, engullen cuanto bocado les cabe en el estómago, hay mucho más de lo que pueden consumir incluso los más glotones; el sobrante se les dará para que se lo lleven a sus casas,

Cuando termina el convite en medio de un coro de corteses eructos, el anfitrión se pone lentamente en pie. Con monótona entonación cita su nombre y sus títulos, las grandes proezas de sus antepasados y sus propias hazañas como cazador, guerrero y organizador de potlatches. A una seña suya, un esclavo vierte en el fuego una caja de aceite de pez candela mientras el anfitrión explica que teme que sus invitados puedan sentir frío; se levantan grandes llamaradas, y los invitados que están más cerca tienen que cambiar de asiento para no chamuscarse, y quien da el potlatch experimenta una gran satisfacción por la sutil manera en que ha obligado a otros jefes a moverse hacia atrás, con lo que han dado realce a su prestigio.

Por último, llegan los regalos, que se ofrecen según el rango del que los recibe. Lo más valioso de todo son las mantas de fibra de corteza de cedro entretejidas con hilos de suave lana de cabra montés, algunas de color blanco natural, otras teñidas de negro, azul o amarillo para crear dibujos geométricos o diseños de animales en forma convencional; para hacer cada manta, una de las mujeres

ha tardado varios meses. Algunas de las mejores se entregan al invitado de mayor categoría, junto con cuatro túnicas de piel de nutria marina, diez de piel de marta y siete de piel de oso; los invitados de condición inferior se reparten las restantes, 35 túnicas de visón y 50 de piel de venado. El hermano del jefe inspecciona el reparto de regalos, cerciorándose de que correspondan al rango del que los recibe; cualquier error sería considerado una infracción a los buenos modales, que sólo se podría reparar con otro potlatch para no perder prestigio.

El potlatch prosigue dos o tres días más, y hay nuevos festines entremezclados con ceremonias religiosas, danzas y entregas de regalos hasta que desaparecen los montones de obsequios. El año que entra, o el que sigue, lo repetirá uno de los invitados o el jefe de alguna otra comunidad de la costa.

La vida suntuosa de los indios del Noroeste perduró casi hasta el siglo xx, y de algunas de sus costumbres se guardó constancia fotográfica (*páginas 77-87*). En ciertas partes de los Estados Unidos, como en el desierto, por ejemplo, continuó el forrajeo. Pero en otros —mucho antes de que llegaran los europeos—, muchos antiguos americanos se habían dedicado a la agricultura para dar sustento a poblaciones más numerosas, comunidades más sedentarias y sociedades cada día más complejas.

La Buena Vida en el Noroeste

Los primeros norteamericanos opulentos fueron los indios que vivían en la pródiga faja costera que se extendía de California a Alaska. Prosperando por el forrajeo, los indios se enriquecieron con la prodigalidad de la Naturaleza. Esta cómoda vida duró hasta principios del siglo xx, cuando se tomaron estas fotografías.

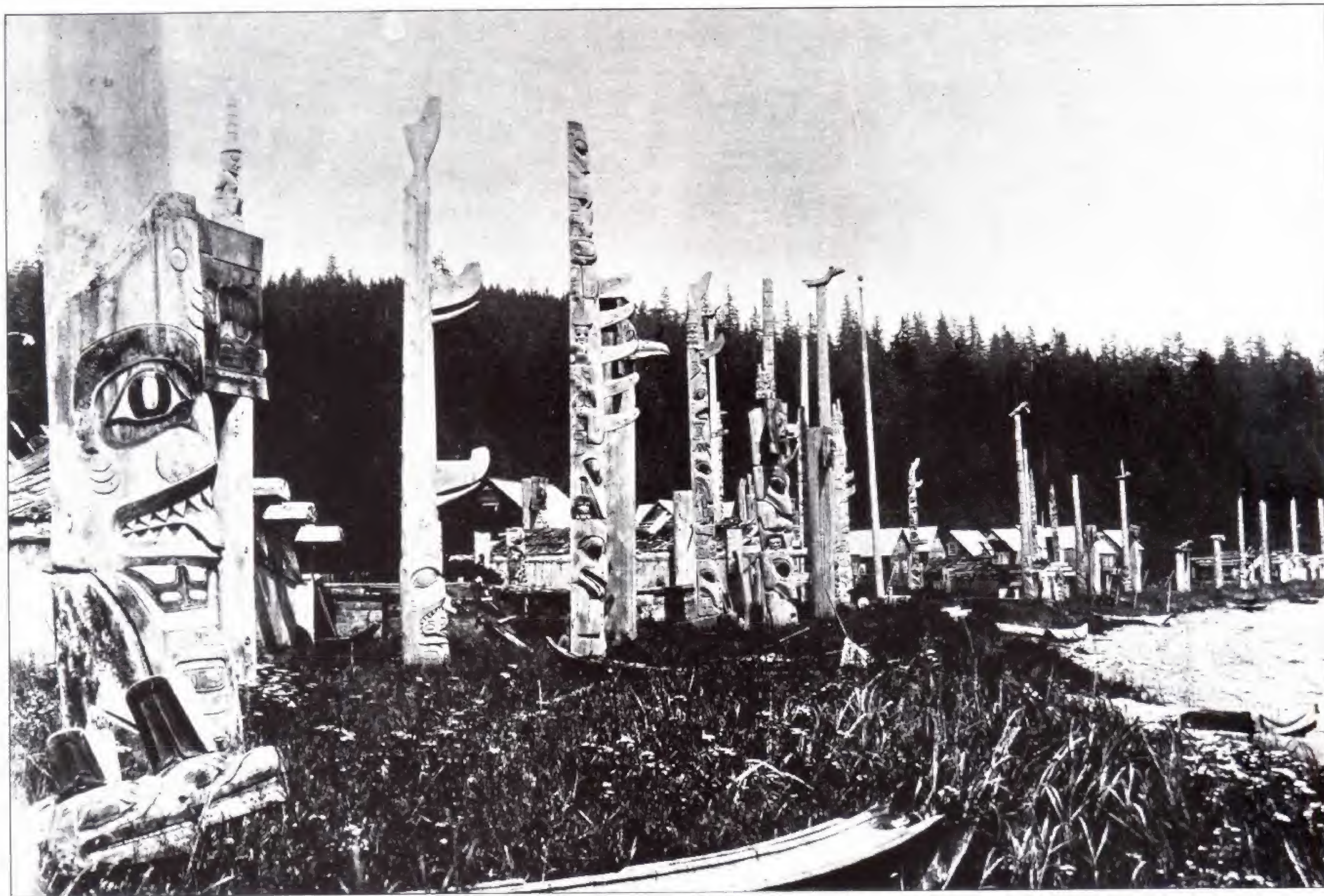
La riqueza trajo bendiciones y ma-

les a las tribus de la región. Permitted a los indios asentarse en un lugar y gozar del ocio. Tuvieron tiempo para reflexionar sobre los espíritus e inventar complicados ritos para honrarlos, adornar objetos y transformarlos en obras de arte. Mas la riqueza trajo también la estratificación social rígida, la ostentación y, con el transcurso del tiempo, el derroche.



Un séquito nupcial kwakiutl, fotografiado hacia 1900, llega a la orilla en una canoa que tiene un mascarón tallado y pintado.

Viviendo de la Riqueza de las Aguas



En el litoral de la isla Graham, frente a la costa de la Columbia Británica, las casas, postes totémicos y canoas de los aldeanos haida dan a la principal fuente de sus riquezas: el agua. Los haida, conocidos por ser los escultores más hábiles de la costa, siguieron erigiendo hasta fines del siglo XIX los altísimos postes totémicos ante sus casas, costumbre nacida de la vieja tradición de hacer los marcos de sus puertas con gruesos postes de madera labrada.

Las aguas del océano y de los pululantes ríos fueron las fuentes esenciales de riqueza de los indios de la costa del Noroeste, y supieron explotarlas al máximo. Complementaban el forrajeo con la caza de grandes mamíferos marinos: los nootka de la isla de Vancouver, en la Columbia Británica, y sus vecinos makah al sur del cabo Flattery se hicieron cazadores es-

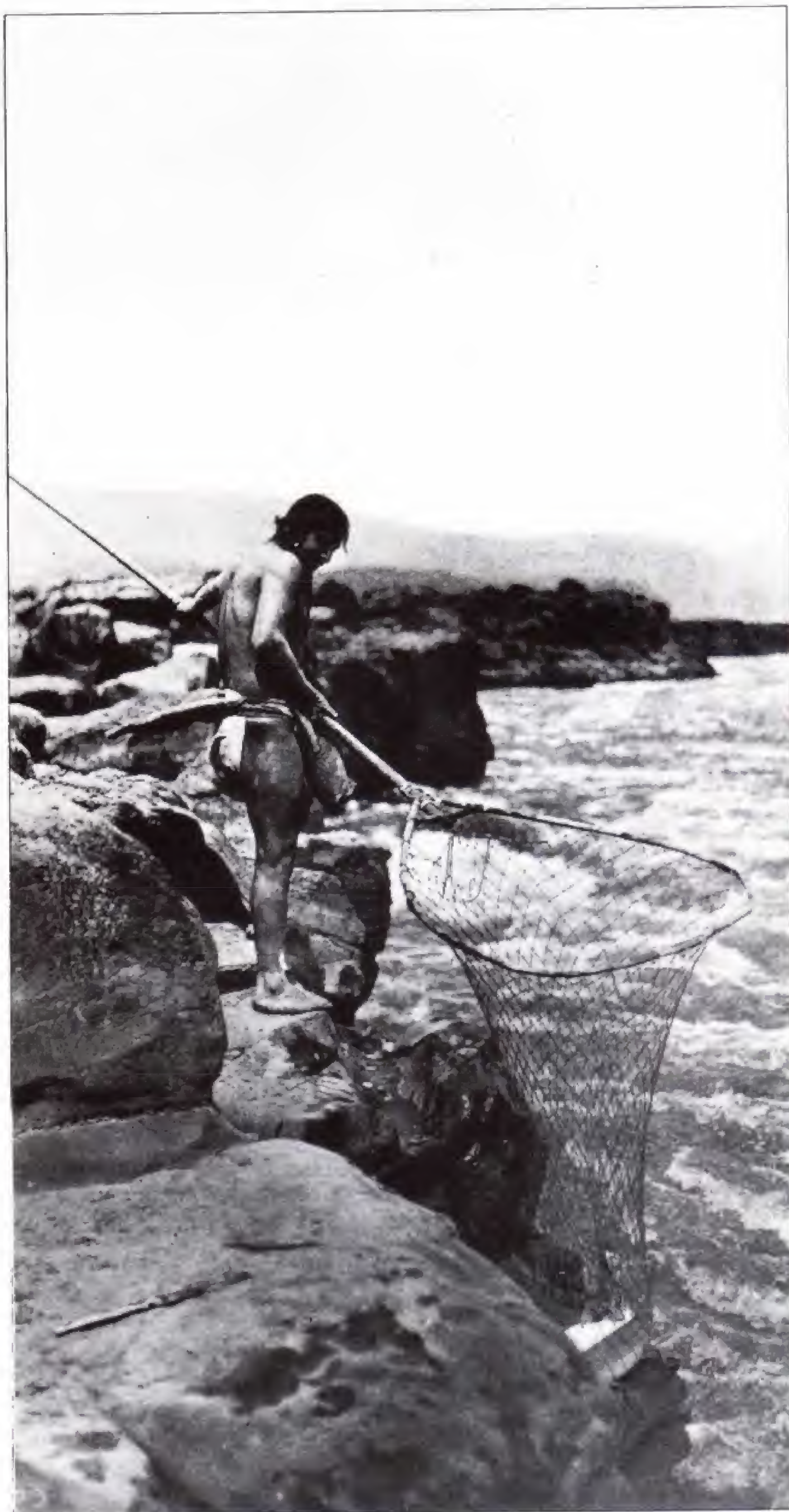
pecializados de ballenas, tan hábiles como los esquimales, más al norte.

Los wishram, kwakiutl y haida, al igual que la mayoría de las tribus del Noroeste, prosperaron también capturando animales menos prometedores que las ballenas o las focas. La vida marina en muchas otras formas —mamíferos pequeños, moluscos, hipogloso gigante y esturión— era abundante, y

de todos, el que más abundaba era el salmón. Luchando contra las corrientes para nadar aguas arriba a intervalos regulares y desovar en el agua dulce de los ríos y lagos del interior, donde habían nacido, los salmones parecían estar pidiendo que los pescaran; se les podía coger con redes y con lanzas, o, de vez en cuando, con una mano rápida.



Ballenero makah, y su arpón con flotadores de piel de foca.



Con una red de mango, un wishram pesca salmones en el río.

Un Potlatch: Nobleza Obliga



Un jefe tlingit luce sus galas diarias: un collar de uñas de oso gris, una corona de pulidos cuernos de cabra montés con borlas de plumón, un anillo que le atraviesa el tabique de la nariz y la pintura tradicional de la cara. A un potlatch, habría ido con una indumentaria todavía más vistosa.

Equipados con sus vestiduras más suntuosas, los invitados de alcurnia se reúnen para un potlatch. En el primer término, dos jefes tlingit de las aldeas vecinas celebran un rito sobre la efigie de una orca antes de que empiece el reparto de regalos. En el tocado se han labrado imágenes de aves. Sobre las tallas, los apilados cilindros de raíces tejidas de abeto indican el número de potlatches que ha dado cada uno de estos acaudalados hombres: el jefe de la derecha, dos; el de la izquierda, siete.



Aunque todos los miembros fuertes y sanos de una tribu participaban en la adquisición de la riqueza, los principales dueños de todos los bienes eran los jefes y los nobles. Pero estos aristócratas tenían la obligación de regalar una parte de sus riquezas en un potlatch. (La palabra se deriva de una forma del verbo "dar" que usan muchas de las tribus.)

Cuando un jefe daba un potlatch, entregaba a sus invitados buena parte de su riqueza, o incluso toda ella, confiando en que se le correspondería en un potlatch posterior. Un objeto de este pródigo desprendimiento era el de influir en los vecinos importantes: los recipientes aprovechaban la oportunidad para valorarlo. Tenía que demostrar lo inagotable de su riqueza y

su generosidad distribuyendo comida y objetos. Si, a diferencia del potlatch de abajo, el suceso resultaba un fiasco —pocos los regalos o escasa la comida del convite—, el anfitrión quedaba en una situación comprometida; en cambio, un potlatch verdaderamente espectacular le garantizaba que contaría con la lealtad de su pueblo y el apoyo de los jefes vecinos.



Complaciendo a los Espíritus de los Animales

Conscientes de las bendiciones con que los colmaba la Naturaleza, los indios del Noroeste idearon prácticas espirituales para asegurarse de que seguirían siendo ricos. Los animales, según sostenían los indios, vivían expresamente para alimentar al hombre; pero todo animal poseía un espíritu inmortal y voluntarioso que podía interrumpir la adquisición de riquezas y traer la enfermedad o la muerte. Por eso, con mucha frecuencia las prácticas religiosas consistían en honrar, adular y, en general, ganarse la buena voluntad del reino animal.

Los cazadores de ballenas establecían contacto espiritual con sus presas mediante un régimen de baños, ayunos, abstinencia sexual y contemplación en un santuario especial (*dercha*). También los pescadores de salmones se sentían obligados con los peces. Cuando el salmón iniciaba sus viajes para desovar, se creía que se estaba sacrificando en beneficio del hombre. Para agradecer este acto, a la primera redada se le agasajaba con discursos laudatorios y se le trataba como si fuera el invitado a un potlatch. Los huesos de las subsiguientes redadas, una vez despojados de la carne, se devolvían al mar, donde, según se creía, se materializaban de nuevo en forma de peces.

Una construcción ceremonial de los nootka, dedicada al sagrado propósito de la comunicación espiritual con las ballenas, construida con tablones. Se han puesto effgies labradas y cráneos humanos en la cabaña para llamar a las almas de los animales e instarlos a no huir, sino a cooperar con los cazadores.





Empleando los poderes místicos que le confirieron los espíritus, un chamán tlingit atiende a una enferma. Con la mano derecha, el hombre santo agita una sonaja esculpida en forma de cuervo; en la otra sostiene un hueso a través del cual soplará para ahuyentar el dolor de la paciente. Detrás del chamán se ve un tablero pintado que le ayuda a comunicarse con los espíritus.



Un joven cazador nootka de ballenas, envuelto en una manta tejida de fibras de corteza de cedro, inicia un largo y penoso rito previo a la cacería. Ya es un veterano en estas pruebas de autodisciplina, pues acaba de adquirir la condición de hombre adulto mediante días de ayuno, pruebas de resistencia bajo el agua y solitarias vigili-
as, esperando la aparición de los espíritus.



Una ceremonia kwakiutl para iniciar al hijo de un jefe en una sociedad secreta es una función de horror escenificada meticulosamente. Sus personajes representan monstruos disfrazados, entre ellos pájaros de enormes y engoznados picos que se abren para mostrar horripilantes máscaras en el interior. Los participantes bailan al rítmico alboroto de sonajas, pitos y voces desfiguradas. Hasta hace poco, estos ritos exóticos se celebraban en los meses invernales, cuando se creía que los espíritus estaban cerca y era más fácil comunicarse con ellos.





ORIGENES DEL HOMBRE

Títulos publicados

- 1 El Eslabón Perdido (I)**
- 2 El Eslabón Perdido (II)**
- 3 La Vida antes del Hombre (I)**
- 4 La Vida antes del Hombre (II)**
- 5 El Primer Hombre (I)**
- 6 El Primer Hombre (II)**
- 7 El Hombre de Neanderthal (I)**
- 8 El Hombre de Neanderthal (II)**
- 9 El Hombre de Cro-Magnon (I)**
- 10 El Hombre de Cro-Magnon (II)**
- 11 Los primeros Americanos (I)**

Próximo volumen

- 12 Los primeros Americanos (II)**
-

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

ORIGENES DEL HOMBRE

11

Los primeros
americanos (I)

